

Z-466



Leviatán

Revista de Pensamiento Socialista

FELIPE GONZALEZ: El socialismo, ayer, hoy y mañana

ALFONSO GUERRA: Estrategia de poder.

II Epoca - nº 1 TERCER TRIMESTRE 1978

Leviatán

REVISTA DE PENSAMIENTO SOCIALISTA

Director: Antonio Guerra.

Consejo de Redacción: Ignacio Sotelo, Francisco Fdez. Santos, Rafael Ballesteros, Miguel A. Pino, Gregorio Peces-Barba, Miguel Boyer, Emilio Menéndez del Valle, Joaquín Leguina, Enrique Gomariz, Manuel Chaves, Enrique Moral, Joaquín Azagra, Ernest Lluch, Enrique Iparagirre, José Félix Tezanos, José M.^a Maraval, José Luis López López.

Consejo de Dirección: Luis Gómez Llorente, Alfonso Guerra, Jorge Enjuto, Roberto Dorado, Elías Díaz, Antonio Guerra, José Rodríguez de la Borbolla.

Redacción y Administración: Mendoza Ríos n.º 3, teléfono 225930, Sevilla.

Edita: Fundación Pablo Iglesias (CEDIS).

Precio del ejemplar: 200 ptas.

Suscripción anual España (4 números): 800 ptas.

Suscripción anual Europa: 1.200 ptas.

Suscripción anual América y resto del mundo: 1.500 ptas.

Oferta especial estudiantes: 500 ptas.

Deposito legal: SE - 466 - 1978

Imprime: Gráficas del Sur - San Eloy, 51 - Sevilla

•

•

Leviatán

REVISTA DE PENSAMIENTO SOCIALISTA

7 466

II EPOCA - N.º 1 - TERCER TRIMESTRE 1978



INDICE

	Página
PRESENTACION	3
ENTREVISTA	
<i>Entrevista a Felipe González</i>	9
ANALISIS DE SITUACION	
<i>Estrategia de poder: Alfonso Guerra</i>	45
ENSAYOS Y OPINIONES	
<i>Marxismo y socialismo: Norberto Bobbio</i>	57
ACTUALIDAD POLITICA	
<i>Socialismo y Cultura: Ignacio Sotelo</i>	81
<i>El espacio electoral del PSOE: Enrique Gomariz</i>	99
<i>Criterios previos para una valoración de la Constitución: José Rodríguez de la Borbolla</i>	117
<i>Política exterior y neutralidad, I: Emilio Menéndez del Valle</i>	129
REVISTA DE LIBROS	
<i>La destrucción de la democracia en España: Paul Preston. (José Manuel Macarro Vera)</i>	147
<i>La izquierda del PSOE en la Segunda República: Santos Juliá. (Antonio Rodríguez Almodóvar)</i>	154

PRESENTACION

Al emprender esta segunda época de LEVIATAN, somos conscientes de que al utilizar este título enlazamos con la más destacada publicación teórica del socialismo español aparecida en los difíciles años 1934-36. Hemos querido asumir críticamente ese pasado haciéndonos responsables de él, sin evadirnos de problemas incómodos, teniendo en cuenta que nuestra guerra civil vino a cortar bruscamente un campo de discusión y polémica que la primera época de LEVIATAN tal vez había abierto, en algunas ocasiones, de manera un tanto simplista. La necesidad de planteamientos más científicos sería reclamada después por sus principales mentores, aunque, lamentablemente, ya no fuese posible hacerlo desde las mismas páginas de LEVIATAN.

Ante esta herencia de la historia del movimiento socialista en España, consideramos que la postura más honesta desde un punto de vista político e ideológico era volverse a plantear la problemática a la que LEVIATAN pretendió aportar una respuesta en otro tiempo. Esta problemática era —y es—, por decirlo en síntesis, la cuestión del modelo de sociedad que se desea construir y la manera de alcanzar este objetivo. Se trata de analizar el problema de los criterios que definen la sociedad socialista y el

Presentación

de la función del Estado, así como las diferentes etapas que han de cubrirse en el proceso de la transición al socialismo.

El debate sobre el socialismo, en estas vertientes, sigue hoy abierto, como en la primera época de LEVIATAN. El tiempo transcurrido desde entonces ha aportado enseñanzas, pero no ha producido fórmulas definitivas con relación al socialismo y su estrategia. Podría tal vez decirse que la historia de este período ha sido más bien un duro aprendizaje de lo que hay que evitar, pero esta experiencia no ha supuesto una lección sobre lo que significa una sociedad socialista y sobre la estrategia para llegar a ella. En realidad, sólo hemos tenido un aprendizaje negativo, por exclusión, marcado por el fascismo, por el estalinismo y por las insuficiencias reformistas en el terreno de la igualdad social. La compatibilidad entre libertad e igualdad —y para un socialista no cabe concebir una dimensión sin la otra— sigue ocupando un buen lugar en la polémica. Y esto nos da pie para pensar que este tema ha de constituir, sin duda, uno de los capítulos más importantes de la segunda época de esta revista.

De esta forma, LEVIATAN vuelve a afrontar aspectos fundamentales de la problemática del socialismo de la misma entidad de los que se ocupó en su primera época. Esta es la continuidad entre las dos etapas y este es el entronque crítico que quiere establecer con el pasado el LEVIATAN que hoy renace. Se trata de replantear en profundidad las cuestiones básicas del socialismo. Obviamente, no existe el propósito de defender, sin más, las fórmulas políticas del primer LEVIATAN. Tales fórmulas y la interpretación teórica subyacente dieron pie, en las circunstancias históricas de aquel tiempo, a una importante polémica dentro del socialismo español. Polémica que hoy ha de verse desde otra perspectiva, desde el distanciamiento que la historia un tanto trágica de la política socialista y antisocialista proporciona. Hemos dicho que no creemos que esa historia haya producido fórmulas ni respuestas incuestionables y definitivas a los temas cruciales del socialismo, como puede ser el tema de

la igualdad y de la fraternidad en la libertad. Desde este punto de vista, la reaparición de LEVIATAN coincide con el replanteamiento de cuestiones básicas en el movimiento socialista europeo. Un replanteamiento cada día más necesario en vista de las contradicciones y desigualdades del capitalismo avanzado y del falseamiento del socialismo en el sistema soviético. Un replanteamiento, insistimos, que afecta por un lado a temas ideológicos del socialismo histórico, mientras que por otra parte exige afrontar los temas específicos de la economía actual, así como los que conciernen a la sociedad civil y al Estado en la España de hoy.

En esta segunda y nueva etapa, LEVIATAN será, pues, una revista desde cuyas páginas se intentará abordar todas estas cuestiones de una manera crítica, no dogmática ni monolítica, y que, por supuesto, estará abierta a todas las perspectivas que supongan un enriquecimiento real para el debate socialista.

Leviatán

.

ENTREVISTA

Entrevista a Felipe González



LEVIATAN: Desde un punto de vista personal, creemos que todo el mundo piensa, que el dirigente político tiene una gran influencia y tiene una enorme responsabilidad en sí mismo. Pero, por otro lado, suele estar muy condicionado. Por ejemplo, recordamos que durante la campaña electoral, en cierto modo, todo el mundo estaba muy pendiente de ti y pensamos que tú te debías sentir un tanto objeto, un tanto controlado por todo un equipo técnico que te indicaba lo que tenías que hacer, y eso al líder político le

tiene que afectar. ¿Sucede realmente esto? ¿Se sufre ese supuesto complejo de caballo de carreras?

FELIPE GONZALEZ: Yo creo que es un problema muy complejo de analizar. Sin embargo, hay que ver este tema con sinceridad, que es uno de los grandes inconvenientes de la respuesta política. Yo pienso que en realidad estoy en la política, por un compromiso ético previo, a través de una evolución personal que ya he explicado algunas veces. Y en el año 74 esta evolución te sitúa en cabeza del Partido, y en el año 76 te vuelve a situar en cabeza del Partido y en el año 77, muy pocos

Entrevista a Felipe González

meses después de la reelección, no sólo te sitúa en cabeza del Partido, sino que te sitúa ante los ojos de la opinión pública como el segundo hombre del país, como contrapunto del hombre que ejerce el poder en el país, e incluso en la opinión de algunos malévolos, de muchos malévolos, como un producto del marketing político. Según algunos el Partido habría dicho que este hombre tiene las características personales para ser lanzado al mercado como un nuevo producto. Cuando tienes unos antecedentes primordialmente éticos en la actitud de compromiso político y llegas a esta situación, se produce algo que es preocupante, en cierta medida. Existe un grado de desrealización, desde el punto de vista personal, ya que la carga ética —que era el componente esencial en la lucha contra la dictadura— está hoy muy matizada. En efecto, hoy protagonizamos una lucha por realizar una alternativa de poder político concreto en un marco de convivencia democrática. Una lucha que ha de tener carácter colectivo, es decir, carácter partidario, y que, sin embargo, está fuertemente teñida de connotaciones personales, dentro y fuera del Partido.

Y respondiendo más claramente a vuestra pregunta, he de decir que a mí la campaña electoral no me ha producido ninguna frustración. El componente de personalidad propia que aporté a la campaña electoral no se ha visto en absoluto disminuido por la necesidad de un trabajo de equipo, y por la necesidad de someterme a una disciplina absolutamente rigurosa de equipo. Es más, yo diría que no hay otra forma de hacer política en la actualidad. Si damos un salto atrás y nos situamos en hace 50, ó 60, ó 70 años, nos damos cuenta que uno se planteaba una operación política electoral visitando, por ejemplo, Asturias. Pero cuando eso entra dentro de una dinámica distinta, que es la dinámica del jet, de la utilización de los medios de comunicación de masas, uno realmente siente un cierto complejo de caballo de carreras, al que se está preparando para que llegue el primero a la meta, y le están preparando otros, y le están dando la fórmula que él no conoce. Sin embargo, la proyección de personalidad que pude aportar en esta campaña, es mucho mayor que en la próxima, porque en la próxima probablemente todo estará más estudiado, muchísimo más fijado; los criterios que tú tienes que llevar serán mucho más fijados como criterios colectivos. La última campaña fue, fundamentalmente, el fruto de un esfuerzo colectivo, es cierto, pero en un plano de amistad, de reflexión de equipo. Porque cuando yo salía a dar un mitin no los llevaba

preparados con arreglo a un guión expresamente entregado. Eso sí, he recogido muchas sugerencias de equipo interesa insistir sobre el tema tal o insistir sobre el tema cual...», pero en fin, lo cierto es que el componente de espontaneidad de la última campaña se va a ver reducido en las próximas. Habrá mucha más dosis de preparación, de reflexión de equipo, que te darán las cosas probablemente más preparadas.

LEVIATAN: Cuando has respondido a esta pregunta has tocado un tema que efectivamente preocupa. Felipe González era una persona con un componente ético previo, ha llegado a conducir el Partido de una manera que él incluso admite como un tanto coyuntural. ¿Cuál ha sido el coste psicológico? ¿Está Felipe dentro de los mecanismos de la alta política en el sentido tradicional? ¿Este hombre, que está tan rápidamente haciéndose con la alta política, lo está haciendo a costa de que el componente ético se le esté escapando, o sea, a este hombre le falta la preparación y la madurez política necesaria para decir «admito que la alta política es necesaria pero sin desprenderme del componente ético»?

FELIPE GONZALEZ: Sí, vamos, lo que decía Carrillo, que seguimos actuando como aficionados, que somos unos aficionados de la política, o, lo que algunas veces piensan otros, que estamos ya metidos en la política en el sentido más peyorativo del término, y que nos hemos olvidado de los compromisos de tipo ético o de tipo ideológico que eran los que privaban durante la época de lucha contra la dictadura. Bueno, yo creo que llegar a la política en las circunstancias en que yo he llegado, me ha producido un efecto extraordinariamente curioso. Y es que no sólo estoy de acuerdo con lo que digo, con lo que hago hacia afuera, sino que además soy capaz de verme desde fuera. Es decir, no estoy tan metido en el personaje como para cegarme en la dinámica política. En ese sentido muchas veces lo que hago es recuperarme de un cierto mal que hay en el activismo político desenfrenado, que es la paranoia del activismo político, te creas unas fronteras, y todo lo que se salga de esas fronteras te irrita. Así en ese estado te pondría enfermo pensar que hay alguien que te va a comer el terreno por aquí o por allí, o que puedes fracasar, o que lo puedes hacer mal, etc. A mí eso no me ha pasado, al menos hasta el momento presente. Ha habido grados de tensión muy fuertes por la actividad política, pero he estado montones de veces fuera del personaje, incluso haciendo una conferencia pública.

Entrevista a Felipe González

Llega un momento en el propio curso de la conferencia en que estás fuera del personaje. Estás transmitiendo un mensaje, una opinión, y al mismo tiempo no dejándote encerrar por esa dinámica política que podría llegar a hacerte un tanto paranoico.

LEVIATAN: Y cuando estás fuera del personaje ¿quién está fuera, el Felipe diputado, líder político de la oposición o el Felipe que lucha por razones éticas contra la dictadura?

FELIPE GONZALEZ: El de siempre. Ambos mantienen, subconscientemente y a veces conscientemente, una identidad personal a lo largo de toda la trayectoria.

En cuanto al otro componente de la pregunta, sobre si la falta de profesionalización puede llegar a hacer pensar que te falta capacidad, yo pienso que no. La capacidad para hacer política depende de la existencia de un colectivo que proyecta un modelo de sociedad, y que marca un camino y unas etapas a cubrir en orden a ese modelo de sociedad. Es decir, tener una finalidad, en definitiva tener una estrategia y aplicar una táctica a la consecución de los objetivos estratégicos. Eso es lo que da la madurez política. Después te plantearán problemas muy grandes, como por ejemplo, la complejidad de la Administración del Estado moderno, que se ha convertido en una estructura con su propia lógica y que no tiene nada que ver con el quehacer político de hace cien años, donde la Administración estaba al servicio de los políticos. Ahora la Administración funciona objetivamente en una sociedad, prestando unos servicios, y el político tiene que instrumentalizar la Administración, pero no la tiene a su servicio, no la puede cambiar, quitar o poner. Entonces, la madurez política máxima se da cuando un organismo colectivo, como es un partido político, es capaz de fijarse una serie de objetivos con un modelo de sociedad y tener hecha una reflexión suficientemente elaborada en cuanto a los pasos que hay que dar para ir cubriendo ese modelo social. Y creo que el Partido Socialista, quizá por una acumulación ideológica muy poderosa durante los últimos años, esto lo ha elaborado mucho, muchísimo, mucho más que otros partidos que van más a salto de mata en el contexto social, o que otros que necesitan una readaptación o un lavado de cara para que la gente los crea. En ese sentido, el Partido Socialista es el que mayor capacidad puede tener para proyectarse en el futuro.

LEVIATAN: *¿Hasta qué punto en el aprendizaje político se puede valorar la influencia de la vida interna del Partido incluso en el período de la dictadura, es decir, en el hecho de haber permanecido como una estructura viva y con una vida «normal» durante el período de la dictadura?*

FELIPE GONZALEZ: Yo creo que lo que la dictadura ha producido en el Partido ha sido fundamentalmente una acumulación ideológica, así como una preocupación por parte de los cuadros de dirección del Partido de seguir y conocer las experiencias políticas de países que no son el nuestro. Es decir, se ha vivido mucho por referentes. Entonces, a mí me ha sorprendido personalmente mucho, cuando he estado en Italia haciendo unos cursillos o he estado en Francia discutiendo con algunos compañeros franceses, que nosotros conociésemos mejor autores y personalidades del mundo político y del mundo sindical italiano, que los propios compañeros italianos. O sea, que hemos seguido más a Basso, de lo que se ha seguido en Italia, por poner un ejemplo muy típico de una personalidad contradictoria. Hemos seguido más la evolución de algunos teóricos franceses como por ejemplo Touraine o Mallet o Gorz, que los propios compañeros franceses. Es decir, estábamos realizando una acumulación ideológica interna no en función del modelo social que vivíamos, sobre el que nos proyectábamos mucho menos, aunque asumíamos toda la dinámica del cambio, sino sobre el modelo político que propugnábamos. Durante los años 60 hicimos una acumulación teórica, fundamentalmente, con referencias a otros países, mientras que los compañeros de esos países no lo hacían porque estaban en una actividad política ordinaria.

Asimismo en estos años también hubo básicamente una acumulación de experiencia de vida democrática que no han tenido los que han pertenecido a una organización democrática, o los que han estado dentro de la estructura de la Administración del Estado. Estos conocen la complejidad de la Administración y el regate dentro de los mecanismos administrativos, pero no conocen cómo funciona un partido y en consecuencia cómo funciona la sociedad en general en términos democráticos. Esto es un bagaje esencial que también se ha adquirido, la capacidad de asumir críticas y de replicar un análisis crítico, y que no lo tiene nadie que no se haya visto confrontado con esas críticas en una vida orgánica, que si no normal por lo menos sí ha sido democrática.

Entrevista a Felipe González

LEVIATAN: Otro bagaje que hemos tenido todos los que hicimos política en los años difíciles, era esa mezcla de amistad y compañerismo que teníamos todos los que estábamos en la clandestinidad. Entonces, esa fuerte amistad que existe entre algunos miembros del Partido, se ha valorado a veces de una forma negativa, es decir, como un clan. Esa mezcla de aspectos positivos y negativos que tiene la amistad en el seno de la política ¿cómo la entiendes tú?

FELIPE GONZALEZ: Como un problema tremendamente difícil de resolver, porque, yo creo que a veces el haber permanecido unidos un poco familiarmente en la organización durante muchos años, te impide ver las posibilidades que ofrece la gente que está al margen del grupo inicial, e incluso que no conocías anteriormente aunque estuvieran en la lucha. Esto impide a veces ver positivamente los valores que se podrían incorporar. Pero de todas las maneras, cuando se habla de una relación amistosa y familiar en el Partido, se olvida que también dentro de esa relación amistosa, había fuertes polémicas o tensiones. O sea, que no todo el mundo está integrado dentro de un mismo tipo de pensamiento, aunque esté dentro de los límites ideológicos del Partido. Yo creo que hay que intentar objetivar la tarea política, que hay que tratar de salir de lo que es el componente de confianza personal a la hora de realizar un trabajo político, sobre todo en una etapa como la que estamos asumiendo ahora, donde hacen falta miles de personas trabajando, y trabajando con la responsabilidad que cada uno tiene que asumir. Hay una parte positiva de cohesión en esa experiencia y una parte evidentemente negativa de dificultades para salir de ese equipo inicial en que todo el mundo se conocía.

LEVIATAN: ¿La confianza es algo absolutamente inestimable e imprescindible a un cierto nivel?

FELIPE GONZALEZ: Yo creo que a un nivel estrictamente político es algo bastante importante. Y creo que es algo que será difícil de superar definitivamente, si es que se encara como un valor que hay que superar. Y digo a niveles políticos en el sentido estricto de la palabra, porque tendríamos que diferenciar entre un nivel político y un nivel técnico. A ti te puede merecer una confianza técnica absoluta el informe que te dé el especialista en una materia concreta, ya sea política exterior, como política económica o lo que sea. Pero claro, el compo-

nente de la confianza personal es algo que en política sigue funcionando, porque incluso en el ejercicio del derecho de voto, el ciudadano de alguna forma efectúa una cesión de una parcela de su soberanía personal. Cuando el votante se mete en la cabina de voto y deposita su papeleta hace una operación mental extraordinariamente compleja que podríamos simplificar en dos partes: por un lado un depósito de confianza en una alternativa ideológica. «Me inspiran confianza los socialistas, yo voto socialista». Por otro lado un depósito de confianza personal. «Yo lo que hago con esta papeleta de voto es renunciar a una parcela de mi soberanía en la gestión de la vida política del país, a través del Estado, o a través del Parlamento, y renuncio a esa parcela de mi soberanía en función de que este candidato, y concretamente este candidato, me inspira confianza. Punto». Entonces, hay un depósito de confianza del quehacer político, desde el ciudadano a ras de voto hasta el ciudadano que hace una política al nivel que quiera, que no lo puedes eliminar. Es un componente tremendamente difícil de eliminar. Lo que pasa es que eso tiene unos límites muy difíciles de establecer, porque eso no puede realmente terminarse consolidándose en la existencia de clanes más o menos familiares para la realización política. Es un poco lo que, en cierto modo, sugería la remodelación del Gobierno después de la caída o de la dimisión del profesor Fuentes Quintana. Esta remodelación sugería un poco la realización de un cierto nepotismo, si no familiar por lo menos de clan de amigos. Y eso es enormemente peligroso.

LEVIATAN: El problema entonces está en estar abiertos a dar más confianza.

FELIPE GONZALEZ: Evidentemente. Como cada vez es más compleja la vida política y cada vez tienes que hacer más cesiones, a la vez que se recibe soberanía por una decisión popular o por una decisión de partido, según a qué nivel estemos hablando, ya sea el aspecto político o el aspecto estrictamente interno; a la vez que se recibe soberanía se tiene que tener mayor capacidad y mayor adaptabilidad para ceder parcelas de poder, para compartir parcelas de poder en las diferentes áreas del Partido. Eso está claro.

LEVIATAN: Felipe, nos acordamos de que en esa película tan fabulosa que era «Viva Zapata», había un momento en que Zapata ante la

Entrevista a Felipe González

impotencia de transformar la sociedad, se vuelve a la sierra. Bueno, no estamos en la misma situación, pero cuando se observa de cerca la alta política, los vicios y los intereses que pululan dentro de ella, ¿existe alguna vez la tentación de irse y abandonarlo todo?

FELIPE GONZALEZ: Sí, es algo que yo llamo el complejo de base. El complejo de base existe en cualquier persona que sea honesta consigo misma. Yo pienso que es una reacción de base, una reacción de pureza, si quieres, de integridad, porque lo que es cierto, es que un determinado quehacer político hace que a veces haya que tener en cuenta mucho más lo que está ocurriendo, por poner un ejemplo, a 12 ó 14.000 Km. de tu frontera que lo que está ocurriendo dentro de tu frontera a 200 Km., en las organizaciones de base y en el sentir popular. A veces, la complejidad de la vida política te hace pensar que estamos dependiendo de decisiones, por ejemplo internacionales, de grandes potencias. Y eso tiene el peligro de que puedes caer en la tentación de pensar que todo eso es lo único importante e ir despegándote de los intereses populares; y eso en el momento en que eres capaz de escaparte del personaje y de mirarte desde fuera te produce un complejo de base tremendo, que te lo puede hacer emerger inmediatamente cualquier compañero, cualquiera, que te hace una pregunta directa o te interpela en un momento determinado.

LEVIATÁN: ¿Piensas que las bases mitifican al líder?

FELIPE GONZALEZ: Bueno, yo creo que la base más madura del Partido, la que tiene tal vez más bagaje o más experiencia política no mitifica en absoluto, no hay ninguna mística en esa base consciente. En una base más nueva, de más reciente incorporación al Partido, empiezo a notar que ya hay una cierta mística. Y en la base popular del Partido, en la base votante del Partido la hay incluso por la necesidad del propio señor que deposita su confianza en otro señor y que tiende a mitificarlo. Y si no lo mitifica, si le parece que es un ciudadano de tan a pie como él, y muchas veces cargado, como es verdad, con las mismas miserias del ciudadano cotidiano, pues, se dice, «no, este tipo no me sirve, yo necesito mitificarlo». Entonces, yo creo que estamos en un proceso de fomentar una dinámica contraria a la mitificación. ¿En qué medida se puede neutralizar ese proceso que puede llegar a ser en parte peligroso, en parte inevitable también para la función política? Porque yo creo que en la medida en que uno todavía

pueda seguir siendo asequible para cualquier ciudadano y vea que responde a los mismos parámetros de cualquier persona, exactamente a los mismos parámetros que cualquier persona, es difícil que se cree una coraza peligrosísima en torno a uno.

LEVIATAN: Nosotros queríamos que nos hicieras un poco el esquema de la etapa que va desarrollándose entre el llopismo y la renovación. En cierto modo se ha explicado, pero no del todo. Durante los años 60 hubo ya ya una serie de intentos de renovación del Partido que fracasaron, y solamente en Suresnes se logra romper la política de Llopis, el encastillamiento de Llopis. ¿Cómo se logra todo esto?

FELIPE GONZALEZ: Yo creo, que conozco mejor que otras personas la etapa que va desde el verano del 69 hasta nuestros días, esa etapa la conozco bastante bien. La etapa anterior la conozco mucho menos bien y tengo referencias de terceros, por consiguiente, lo que sí te puedo decir es que hubo un primer intento a través de la plataforma A.S.U., durante el año 56, que probablemente alguno de vosotros conoceréis mejor que yo, y que no cuajó. Y yo creo que no cuajó por una serie de razones que sería difícil analizar. Pero también quizás, por la propia personalidad de Prieto, que fue una de las personas que frenó ese proceso. Yo creo que por miedo; y tal vez porque todavía estaban mucho más enteros los hombres como Llopis, que tenía todavía mucha más capacidad de respuesta ante lo que pondrían ellos imaginar que era una invasión renovadora de la dirección del Partido Socialista, y lo frenaron. Yo creo que tampoco se puso una gran constancia en la renovación estructural del Partido por parte de los militantes del interior. También la edad influyó, no cabe la menor duda, y los miembros de la A.S.U. eran muy jóvenes. Entonces, desde la óptica en que yo lo veo, que es una óptica necesariamente desde Sevilla, porque nosotros habíamos empezado a actuar durante la década de los 60 en Sevilla, yo pienso que nosotros sí teníamos un proyecto de renovación orgánica del Partido para llevarlo a sus últimas consecuencias, con los límites que nos pusiese la realidad. Nosotros teníamos un planteamiento que no era puramente organicista, o sea, no era desmontar del poder a unos señores para poner en el poder a otros señores, de ninguna manera. Nuestro planteamiento tenía una carga, un componente ideológico evidente, como en toda renovación orgánica que no sea puramente burocrática, de lucha por unos puestos. Enton-

Entrevista a Felipe González

ces, había una carga política en esa renovación orgánica, y esa carga política la detectó desde el principio Llopis que inmediatamente dijo: «bueno, esta gente quiere quebrar la tradición del Partido durante los últimos 25 años, es decir, a partir de la segunda guerra mundial, de cierre total de fronteras con el PCE, y de coalición, incluso a veces formal, cuando no sentimental, con el movimiento anarquista en terreno sindical». Es decir, teniendo siempre delante el referente comunista. Entonces, una de las cosas que nosotros queríamos quebrar desde el principio era la deformación de actuar políticamente en función del referente comunista, negativa o positivamente. Porque también había la otra tentación, la tentación de actuar con el referente comunista en el sentido estúpidamente entreguista; esa tentación también existía y aún podrían hoy encontrarse residuos en algún sector de la organización. Entonces, nosotros lo que queríamos fundamentalmente era buscar la identidad del Partido en la nueva realidad española y proyectar al Partido en esa nueva realidad española defendiendo el espacio político socialista. Para defender ese espacio político, no podíamos tener ni negativa ni positivamente un referente comunista; sabíamos que algunas veces coincidiríamos con los comunistas en la lucha contra la dictadura, y que otras veces no íbamos a coincidir, y esa era nuestra línea de comportamiento. Entonces, independientemente de multitud de detalles anecdóticos que podría contar y que tal vez fuesen la salsa de la explicación, lo cierto es que en el año 69, en julio, yo personalmente llegué a Bayona, y concretamente los días 13 y 14 de julio participé por primera vez en mi vida en un Comité Nacional del Partido; y me encontré con un espectáculo que era para mí tremendamente difícil de asumir, porque era el espectáculo de una dirección de fuera, que desconocía lo que nosotros estábamos haciendo, por ejemplo, en Andalucía. Lo desconocían de una manera rotunda. En este Comité Nacional yo empecé a entablar contactos con otros miembros.

Para hacer una renovación del Partido hay que tener en cuenta un factor elementalísimo en el año 69, y yo diría que en toda la década de los 60. Y ese factor era que había que contar con la organización vasca y había que contar con la organización asturiana. Es decir, si no se contaba con esos dos pivotes que tenían sus reflejos, más que ninguna otra organización, en el exilio, reflejo organizado en cuadros; y que aquí habían conservado la tradición y la organización, y que, mal que bien, funcionaban bastante en estas dos zonas y tenían un

poder sustancial dentro y fuera de la frontera; pues bien, si no se contaba con esas federaciones no se podía ir a la renovación. Entonces, yo por primera vez conecté con compañeros tan conocidos como Nicolás Redondo y Enrique Mújica. Cuando acabó el Comité Nacional, y esa sí que es una anécdota reveladora, salieron a la puerta en una de las sesiones, cuando yo me marchaba, y me dijeron: «ten en cuenta que esto no es todo el Partido, tienes que tener un poco de paciencia, la organización en el interior va por otros caminos y no todo el mundo está de acuerdo con lo que te ha dicho Llopis, etc.». En realidad, lo que fundamentalmente pensaron es que se le habían dado unos datos sobre Andalucía que ellos no conocían y que esos datos eran mucho más esperanzadores que los que tenían, pese a un realismo crítico extraordinario que nosotros llevábamos a todos los análisis de la organización. Con esa nueva plataforma que ya nos puso en comunicación con el resto del Partido, empezamos a trabajar, fundamentalmente para hacer circular la sangre, la savia de la organización, en todos los sitios donde había Agrupaciones del Partido. Empezamos a viajar a Asturias, al País Vasco, a Madrid, mil veces a Madrid, más que a ningún otro sitio, tratando de recuperar la organización de Madrid y de ponerla en marcha porque funcionaba por círculos aislados. Por una parte estaba fulano, y por otra mengano, y por otra los restos de la A.S.U., y tal y cual; y muchas veces peleados entre ellos. Entonces tratamos de poner en marcha toda una dinámica de renovación. Nos sirvió de mucho apoyo, durante los años 70, un compañero que estuvo muchos años en la cárcel, el compañero Villegas, y que hasta que murió se entregó completamente cuando nosotros le explicamos la situación.

En definitiva estuvimos trabajando para poner en comunicación a toda la organización. Y llegamos al primer Congreso del Partido en que nosotros participábamos, que si mal no recuerdo fue el Congreso de agosto del 70. En agosto del 70 se produce por primera vez una intervención pública renovadora. Matizo, hubo una intervención en el 60 ó 61 de Gómez Llorente en un Congreso, con Prieto. Pero la primera confrontación trascendente entre un grupo que venía del interior y el exilio se produce en el Congreso del 70 con la ponencia de Organización y Estatutos. Esta ponencia contenía algo que era importantísimo, que era la responsabilidad de la toma de decisiones respecto a la marcha del Partido dentro y fuera de España. Nosotros

Entrevista a Felipe González

recabábamos para el interior la responsabilidad de la toma de decisiones políticas en el interior, y además recabábamos compartir la toma de decisiones respecto a la política internacional con la organización del exterior. Llopis se opuso muy duramente. Hay que tener en cuenta el factor de que sólo votaba el exilio; sólo se computaron los votos del exilio, los votos del interior no se computaban, no se contabilizaban a efecto de votos, porque se alegaba que no se podía regularizar la situación de cuotas, de carnets. La batalla, por consiguiente, había que darla respecto a los votos del exterior y no respecto a los votos del exterior e interior sumados. Entonces la relación de fuerzas hubiera sido favorable para nosotros. El resultado de este debate sobre la ponencia de Organización y Estatutos, fue que aproximadamente un 70 o un 75% de la organización del exilio votó la ponencia que nosotros defendíamos en un debate que duró 5 ó 6 horas. El debate fue entre Llopis y yo, siendo Presidente del Congreso Saborit. Llopis después de haber perdido la votación, en la que él había puesto todo su empeño, presentó de nuevo su candidatura para la Secretaría General; después de haber perdido la confianza de un 75% del Congreso en un voto particular suyo. Y la verdad es que nadie se opuso a la candidatura de Llopis, es decir, se había producido el primer paso en la renovación orgánica, pero no se habían tocado las figuras del Partido. Sería, entonces, a partir del año 70 cuando se forma una dirección compartida interior-exterior, pero con mucha más responsabilidades del interior ya asumidas.

En el año 71 se produce el Congreso de la UGT, que de alguna manera durante esa época tenía un cierto paralelismo de acontecimientos con el Partido. En este Congreso se desmonta toda la Ejecutiva anterior de UGT (hay que tener en cuenta que la figura indiscutible, Pascual Tomas, había muerto el año anterior, y que no existía ninguna figura indiscutible) y aparece un equipo nuevo de dirección de la Unión General de Trabajadores, interior-exterior, pero un equipo nuevo. Durante todo ese año la tensión había ido in crescendo, las discusiones políticas eran muy fuertes; entonces Llopis decía que, aunque en el último Congreso del Partido no se hablaba nada de la no colaboración con los comunistas, como tampoco se habían negado las decisiones de los anteriores Congresos, esas decisiones permanecían. Y que nosotros estábamos haciendo una política contraria a esas deci-

siones, con una mayor proximidad con organizaciones como el Partido Comunista en la lucha clandestina en el interior.

Al principio del 72, Llopis y los compañeros del exterior deciden convocar un Congreso extraordinario del Partido para marzo de ese mismo año, suspendiendo el Congreso ordinario que estaba previsto para el mes de agosto. Nosotros vimos la operación que intentaba montar Llopis; él decía que había que liquidar cuanto antes el conflicto interno de la Organización y que eso sólo podría hacerlo un Congreso extraordinario. Nuestra réplica en toda esa dinámica fue negarnos a la celebración del Congreso extraordinario y tomamos la decisión de adelantar el Congreso que se debía celebrar con carácter ordinario, lo que suponía que se podrían discutir todos los temas, entre otros, el de la renovación de la dirección del Partido.

Llopis no se pudo negar a esta propuesta, pero decidió suspender el Congreso y envió una circular en este sentido. Nosotros estábamos muy lanzados en ello, y recuerdo que en una reunión de la Comisión Ejecutiva del interior, que hicimos en Baracaldo, en casa de un compañero, en la cocina concretamente, hubo una decisión mayoritaria, con una gran presión por nuestra parte, de mantener el congreso en la fecha fijada, pese a la circular de Llopis. Entonces, el Congreso quedó fijado para el mes de agosto, que era la fecha normal de celebración.

En el mes de mayo había un congreso de la Internacional Socialista en Viena, y en Viena estuvimos Pablo Castellano y yo; Pablo Castellano como Secretario de Relaciones Internacionales y yo que lo iba acompañando. Allí hablamos con Llopis. Llopis nos dijo que estaba pensando si no sería necesario retrasar el Congreso porque el clima era muy tenso en el Partido; es decir, que las mismas razones que lo habían llevado a pedir un Congreso extraordinario y anticipado, lo llevaban ahora a retrasar ese Congreso. Cuando volvimos al interior, les dije a todos los compañeros de la Ejecutiva: «Llopis no convoca el Congreso, luego ya desde ahora hay que tener un mecanismo sustitutivo para que el Congreso se celebre». Una comisión se trasladó a Toulouse, hablaron con él y le dijeron que el Congreso se celebraría de todas las maneras; entonces Llopis dijo que no firmaba la circular, así que el resto de la Comisión Ejecutiva asumimos la responsabilidad de firmarla. En total la firmamos diez personas, de las quince que componían la dirección, y se puso en marcha el Congreso.

Entrevista a Felipe González

El Congreso de carácter extraordinario que volvió a pedir Llopis, dando un paso atrás, era una operación de mantenimiento en la Secretaría General. Si el Congreso era de carácter extraordinario, esto quería decir que en un mismo año era muy difícil de organizar, por falta de medios, dos Congresos. Lo que suponía prácticamente el aplazamiento por un año, por lo menos, del Congreso ordinario. En un año podían pasar muchas cosas y Llopis se mantenía como Secretario General fuera cual fuera el resultado de la discusión sobre la línea política.

Llopis declaró que el Congreso ordinario estaba mal convocado, que legalmente él era el que tenía que firmar la circular de convocatoria y que, por consiguiente, el Congreso no era legal. Nosotros celebramos el Congreso en Toulouse y Llopis no se presentó. Al desaparecer Llopis como Secretario General no quisimos plantear la alternativa de otro Secretario General, y dejamos vacante el puesto. Se organizó una Comisión Ejecutiva colegiada en la que no había Secretario General y en la que la Secretaría Política la ocupaba Nicolás Redondo, la de Organización me parece recordar que la ocupaba Enrique Mújica.

Ahí empieza una nueva etapa en el Partido, etapa en la que se plantea el reconocimiento por parte de la Internacional Socialista de uno u otro sector del Partido; entre nosotros y el sector de Llopis, fundamentalmente exiliados, con muy poca incidencia en el interior, que celebraron su Congreso en diciembre, y que paulatinamente se fueron durmiendo y disolviendo. Esta etapa yo creo que es extraordinariamente decisiva para la vida del Partido, que se hace mucho más dinámico en el interior y se va reforzando. Así fue pasando esta etapa y en el año 74 comienzan a producirse acontecimientos de una gran envergadura como es por ejemplo el 25 de abril en Portugal, la creación de la Junta Democrática y toda esa dinámica interna de la enfermedad de Franco. Entonces, en ese momento, se elabora un documento que ha marcado la línea política del Partido, incluso la del Congreso de Suresnes, que fue el documento de septiembre de 1974. En este documento es donde por primera vez se maneja públicamente el concepto de ruptura democrática en la vida política española. Creo que este documento condensa bien lo que había sido la actitud del Partido y marca de alguna forma la estrategia del Partido, así como nuestra independencia de una política seguidista que era la que imponían los

comunistas con su «pacto por la libertad». Pienso que tuvo mucha incidencia en la quiebra de la Junta Democrática como única alternativa en torno al Partido Comunista, al plantear una alternativa distinta a la del PCE.

Y así llegamos al Congreso de Suresnes que es la historia que todo el mundo conoce como punto de partida en la renovación del Partido, y que no es más que el resultado de una lucha, que llevaba ya algunos años, por la renovación de la organización.

LEVIATAN: Bueno, la historia de Llopis es lastimera a nivel individual. Un hombre que se mantiene en la cumbre del Partido durante tanto tiempo y que por dos años no llega a la muerte de Franco, con lo cual quizás hubiera variado su situación política personal.

FELIPE GONZALEZ: Yo creo que hay que establecer diferencias fundamentales. La dinámica del Partido, la dinámica renovadora del Partido, la incorporación de cuadros y de militantes al Partido, en el PSOE hubiera producido, por su esquema de democracia interna, un efecto fundamentalmente distinto al producido en el PCE. Es decir, yo no creo que Llopis hubiese sobrevivido a la renovación del Partido; lo que ocurre es que para Llopis eso era también extraordinariamente claro y por eso lo que no quería era la renovación. Yo pienso que su idea era mantener la estructura del Partido tal como él la mantenía, creyendo que la estructura de la burocracia del Partido le iba a permitir en el momento de la caída de Franco llegar a Madrid; y que llegar a Madrid suponía un elemento catalizador en torno al PSOE que a él le iba a permitir despegar otra vez con el Partido Socialista, sin haber hecho el esfuerzo de renovación que exigía sobre todo el cambio de las actitudes de la sociedad durante la década de los 60, es decir, el proceso de modernización del país. El cambio fundamental desde el punto de vista sociopolítico y económico del país durante esta década es lo que no creo que viera Llopis y por eso quería mantener su esquema de organización. Ahora bien, ese esquema de organización y poder en el Partido Socialista no se podía mantener más que dejando al PSOE en los niveles de organización que quería Llopis mantener, unos niveles de organización perfectamente controlables por falta de crecimiento, incluso dentro de unos mecanismos democráticos. Por ejemplo, no votaba el interior en los Congresos del Partido, aunque él utilizaba la mística del interior para renovar su propia candidatura. No había

Entrevista a Felipe González

análisis político en profundidad, no había datos de la realidad, había ciertas especulaciones, había un Llopis que se subía a la tribuna diciendo: «los que no pueden poner aquí sus rostros, yo hablo por ellos». Era la mística del interior: «yo diría cosas en este Congreso que la discreción no me permite decir», —era uno de sus latiguillos—, «pero yo os puedo asegurar que la situación de España es una situación que cambiará muy pronto. Contactos de altísimo nivel me permiten afirmar que la situación en el Ejército es tal o cual». Así, con cuatro latiguillos de este tipo dominaba a los compañeros en el exilio, desconectados de la realidad española. No a todos, pero sí a algunos; porque otros sabían de qué iba y le permitían seguir en el poder, en ese esquema de poder un poco cicatero de la organización que no se desarrolla, que mantiene la esencia purista de la tradición histórica, y que creía él que le iba a permitir llegar al interior y que en la Puerta del Sol lo reconocerían 200.000 ciudadanos: «ahí está Rodolfo Llopis, el líder del socialismo».

LEVIATAN: Es curioso, porque tanto en el PCE como en el PSOE, parece repetirse el problema del desconocimiento por parte del viejo líder de la transformación interna del país, de su desarrollo interno. Y por otro lado la repetición de latiguillos triunfalistas del tipo de «esto se hunde, esto no dura».

FELIPE GONZALEZ: Bueno, eso es lógico. Es lógico desde el punto de vista de una dirección en el exilio y es lógico que eso lo hubiesen empleado en la dirección del PCE y en la del PSOE. Lo que pasa es que en la dirección del PCE es mucho más sofisticado. La dirección del PCE, al cabo de una serie de meses, de años, de mandar informes desde el interior hacia el exterior hacía que los informes coincidieran necesariamente con lo que el Secretario General quería recibir como informe. Cosa que no ocurría en el Partido Socialista, donde a la dirección no le interesaba ni siquiera que llegasen esos informes.

LEVIATAN: Felipe, ¿qué es el pacto del Betis?

FELIPE GONZALEZ: Pues yo creo que eso del pacto del Betis fue una expresión de Pablo. Me parece que fue él el que inventó eso, y lo inventó de una manera muy curiosa, porque inmediatamente Enrique Mújica lo asumió con grandes carcajadas porque le divertía mucho. Enrique Mújica era el que lo asumía con grandes carcajadas y entonces

la irritación siempre se producía por parte de Nicolás Redondo, que decía casi gritando: «pero es que eso no es verdad». El pacto del Betis en realidad no existió nunca, aunque es absolutamente cierto que nosotros en todo el plan de renovación de la organización hemos tenido presente que no era posible si no se contaba con el apoyo de los vascos y los asturianos, y por tanto son dos organizaciones que nosotros hemos trabajado. Pero no a nivel de pacto político, sino a nivel de trabajar en la organización. Yo me he recorrido el País Vasco entero en el año 70 recogiendo dinero para la huelga de Siderúrgica Sevillana y conectando con los compañeros; he visto a todos los compañeros de Eibar, de San Sebastián, de Bilbao; he ido fábrica por fábrica; he hecho una labor de aproximación muy intensa y Alfonso ha ido conmigo en montones de esos viajes a Asturias y al País Vasco.

Por eso se daban unos niveles de comunicación bastante considerables con el País Vasco y con Asturias. La expresión surge del Congreso del 74, en un momento determinado en el que Nicolás Redondo dice: «yo no soy Secretario General del Partido Socialista Obrero Español. Punto». Se planteó el gran dilema, porque Nicolás era la persona indiscutible para candidato a la Secretaría General. Entonces Nicolás propone que yo sea el próximo Secretario General. La de Nicolás era una de las opiniones que avalaban eso, y otras de las opiniones eran la de alguna gente de Sevilla, menos intensamente de lo que la gente piensa en la actuación de Alfonso, y más intensamente en la actuación de Yáñez o Galeote o algún otro. Esto apareció efectivamente como una conexión entre el País Vasco y el Betis, el famoso pacto del Betis.

LEVIATAN: Es curioso pero la operación no nace muy consolidada.

FELIPE GONZALEZ: La operación fue de coyuntura. A los compañeros les da coraje que yo lo diga, pero es verdad. A mí me eligieron Secretario General del Partido por exclusión, porque no había otra persona que concitara mayor consenso en ese momento para cubrir el hueco; la cuestión es clarísima, fue por exclusión. Si hubiera habido cualquier persona, cualquier otra persona en la Organización, que hubiera sido una persona menos contestada que yo, ese hubiera sido el Secretario General. Yo era una persona que conectaba con la organización; yo estaba en Asturias y en el País Vasco y me conocía la

Entrevista a Felipe González

gente directamente, o sea, los compañeros que iban a votar en el Congreso. Me había recorrido toda España de cabo a rabo.

Y no sólo funcionó conmigo sino que funcionó con Alfonso. Cogíamos el R-8 de Alfonso y nos íbamos desde Sevilla hasta Asturias, bastantes veces, saliendo el viernes por la noche de Sevilla y llegando a Asturias por la mañana y estábamos el sábado y el domingo, y el domingo por la tarde nos montábamos en el coche; y el lunes por la mañana estábamos en Sevilla otra vez. En directo los mil kilómetros. Las reuniones de la Ejecutiva son para echarle de comer aparte; salíamos de Sevilla el viernes para ir a una reunión a Bayona, y cuando Alfonso había dimitido hacía los viajes yo solo. Entonces no había posibilidades de coger aviones. Así que en un fin de semana te tragabas 1.400 kilómetros de ida y otros 1.400 de vuelta.

LEVIATAN: ¿Sobre qué proposiciones políticas se partía? ¿Desde qué posiciones se planteaba la alternativa a la Junta Democrática? ¿Cómo se plantea el concepto nuestro de ruptura?

FELIPE GONZALEZ: Es tremendamente difícil hacer la síntesis, porque siempre se cae en simplificaciones que no dan toda la dimensión. Yo creo que la declaración de septiembre del 74 es absolutamente clara como elemento definitorio de la estrategia del Partido. Una declaración muy concisa en la que se llega, después de un análisis de la realidad política española, a una conclusión que en principio chocaba a alguna gente. El Partido Socialista tiene que tener su espacio político definido, su identidad propia; la Junta Democrática era una operación fundamentalmente equívoca, montada en torno a unos supuestos que no eran aceptables, de personalidades que no eran miembros de partidos, que no eran representativos; y de trasfondo el PCE controlando y supervisando todo este tinglado. El concepto para nosotros era el concepto de ruptura, no el de la alianza, como se planteaba entonces con el propio Conde de Barcelona en oposición teórica a su hijo D. Juan Carlos de Borbón, según la óptica de la Junta Democrática. A nosotros el planteamiento de desplazar a D. Juan Carlos a partir de D. Juan de Borbón nos parecía un planteamiento infantil, sin fundamento, y no íbamos a eso. Entonces, decidimos ya en ese momento la estrategia de conquista de parcelas de libertad, pensábamos que la única manera de ganar terreno era la de ir asentando parcelas de libertad progresivamente desde la óptica socialista y en un planteamiento

común de lucha con otros partidos, si se aceptaban unos presupuestos básicos elementales. Entre esos presupuestos se tenían que aceptar que las relaciones habían de establecerse entre organizaciones políticas en pie de igualdad, ya fueran estas organizaciones más o menos representativas; pero de ninguna manera confundir los términos de que tanto vale el voto del Partido Socialista como el voto de una supuesta personalidad. Veíamos oscura toda la operación de la Junta Democrática y la rechazamos. Afirmábamos la identidad del Partido, y cuando llegamos a la conclusión del aislamiento del Partido, nos dimos cuenta que no era tal aislamiento, sino un análisis de la realidad que nos despegaba del planteamiento de la Junta, que había que buscar acuerdos políticos. De ahí nace la idea, en el XIII Congreso, de buscar una alternativa democrática que cristalizó más tarde en la Plataforma de Convergencia Democrática, que fue el contrapunto de la Junta y que le quitó a la Junta el poder de concitar la alternativa. En la Junta había fundamentalmente personas; nosotros hicimos un planteamiento a través de organizaciones, más o menos representativas, pero de organizaciones. Yo creo que todo el diseño político se podría circunscribir desde el momento en que para nosotros el proceso de ruptura no era un proceso de corte total, pero tampoco era un proceso de supuestos compromisos con un sector de la monarquía que estaba en contra de otro sector de la monarquía, que nos parecía que no era verdad; no estábamos de acuerdo con parte de los análisis de la Junta Democrática como acabo de decir ni en cuanto a estructura de organización ni en cuanto a perspectivas políticas y creíamos que el Partido tenía una misión fundamental que era afianzar su espacio político y contribuir a la recuperación de las libertades conquistando parcelas de libertad. Cosa que después se hizo célebre también como acepción y la utilizaba mucha gente afianzándola y dando pasos progresivos hacia eso que nosotros denominábamos la ruptura democrática, y que desde un principio vimos no como un proceso de hundimiento total, sino como un proceso dialéctico: llegaría un momento en que esa acumulación de parcelas de libertad en el poder de sectores populares, iba a ser de tal naturaleza que el cambio iba a ser evidente.

LEVIATAN: Felipe, quizá la gente que ve desde fuera el proceso político se siente frustrada ante el término ruptura, quizá porque en ellos no ha llegado a calar esa interpretación de ruptura-reforma; y ha crea-

Entrevista a Felipe González

do en ciertos sectores un cierto desasosiego de que no se llega, de que no se alcanza esa ruptura, quizá porque no entienden el proceso.

FELIPE GONZALEZ: Y no sólo porque no entienden el proceso, sino porque a veces se producen frenos en el proceso. El problema del ritmo que se discutió en el Parlamento, y por ello le decía a Suárez que si subyacía en su interpretación del proceso de reforma un intento de frenar el proceso democrático, ya que decía que no se había asimilado por ser excesivamente veloz el cambio político. Yo creo que la frustración se produce justamente por lo contrario, porque en realidad sigo pensando que el planteamiento reformista es un planteamiento que no se ha dado más que en un procedimiento extraordinariamente superficial, pero que en los contenidos lo que se está produciendo es un planteamiento rupturista. Es decir, el despegue total de la sociedad respecto del régimen anterior tiene su reflejo a nivel institucional; un reflejo mucho más gradual porque las instituciones en muchos sitios, a muchos niveles, siguen siendo las instituciones del pasado. Pero la sociedad ha roto ya totalmente con el pasado en su conjunto, incluso la derecha. Después, hay burocracia, inercias burocráticas, instituciones del pasado que aún no han sido repuestas; es decir, que a ellas no ha llegado todavía el contenido rupturista, y eso produce determinadas frustraciones. Qué duda cabe que el que no haya ayuntamientos democráticos es un elemento frustrante de la tesis rupturista, incluso es un elemento ya denunciado por nosotros como un retraso de contenido de la reforma-ruptura que lo acerca más al modelo reformista, pero sin apoyo social; prueba de ello es que los sondeos de opinión se muestran más claramente cada día en favor de la tesis de contenido rupturista, se exprese como se exprese; es decir, engrosa más, yo creo, la intención de voto del PSOE y enflaquece cada día más la intención de voto de la UCD.

LEVIATAN: O sea, se podría decir que cuando el Partido planteó la tesis del compromiso constitucional, antes de las elecciones, ya se estaba previendo esta síntesis.

FELIPE GONZALEZ: Absolutamente, y antes incluso. Otro nivel era, el nivel de como te expresabas públicamente; en los tiempos en los que tenías el muro de la dictadura delante, empleabas una terminología distinta a la que podías emplear después, pero desde luego, el concepto había sido elaborado ya antes del XXVII Congreso y era encarado cla-

ramente, ya que el proceso político general era un proceso de reforma, en el cual había que introducir los contenidos rupturistas; había algo inexorable que era el referéndum, y del referéndum se iba a una convocatoria de elecciones generales; entonces, lo que había que discutir era si las relaciones de fuerza como resultado de esas elecciones generales, imponían un proceso de ruptura, que lo que quería decir en síntesis era un proceso constituyente, o si la relación de fuerza era tan desfavorable, que los que estaban haciendo la reforma podían seguir permitiéndose el lujo de hacer la reforma de las Leyes Fundamentales sin ningún contenido rupturista. Eso fue fundamentalmente la tesis del compromiso constitucional, tesis que se resuelve por la propia dinámica electoral; no hace falta llegar al compromiso constitucional porque una vez que llega el 15 de junio, el resultado de las elecciones hace que nadie se plantee siquiera el tema de si hay que hacer o no una nueva Constitución; ni siquiera Fraga, y por supuesto la UCD, que al otro día decía que había mantenido siempre la tesis de una nueva Constitución, pero antes de las elecciones no lo planteaba, o lo planteaba muy ambiguamente para salvar la cara. Yo recuerdo declaraciones de Suárez y contactos personales con Suárez, y Suárez no estaba por una nueva Constitución, aunque no se pronunciaba firmemente.

LEVIATAN: Bueno, en esa primera fase hubo tres hombres que tuvieron una gran relevancia: Arias, Fraga y Areilza. ¿Qué significado tuvieron en ese proceso?

FELIPE GONZALEZ: Bueno, ya en la época de Arias, indirectamente, había contactos con el aparato de poder. Después de la revolución portuguesa se superó por lo menos en un grado la relación con el aparato de poder. Había una relación con el poder totalmente indirecta, de terceras personas, de conexiones, pero había una cierta relación. Lo que pasa es que estaba completamente diluida, sin ningún mecanismo funcional; el primer contacto que yo tuve con el poder a nivel de máxima representación, creo que fue nuestra entrevista con Fraga. Con Areilza también tuvimos algunas conversaciones, no sé si antes o después de estas fechas. Ahora pueden decir lo que quieran, es lógico, cada uno tiene su posición, pero ni Fraga ni Areilza creían en una nueva Constitución. Creían en una fase evolutiva de reforma de las Leyes Fundamentales manteniendo la estructura de la Monarquía como algo indiscutible, que no se podía ni siquiera alegar, y como un

Entrevista a Felipe González

proceso de transformación paulatina, en el que había que asumir que no se podía tener prisa; ellos no veían llegar una confrontación electoral general de carácter rápida: Fraga y Areilza estaban en la misma tesis. El papel de Fraga y Areilza durante esa etapa era un papel distinto por la personalidad que tenía cada uno, pero convergentes en cuanto al modo en que se veían que se estaban produciendo las cosas que se tenían que producir. Fraga, en ese sentido, era absolutamente contundente. Su planteamiento era: «Nosotros controlamos cinco años el proceso, desde el poder, y dentro de cinco años ya veremos». Era un proceso evolutivo en el cual prácticamente ellos planteaban la óptica de ir cediendo parcelas de libertad y de poder a lo largo de los cinco años de evolución, para que hubiese, a los cinco años, un partido socialista, y desde luego, no hubiese un partido comunista.

LEVIATAN: Bueno, eso es lo que hace poco ha dicho Carrillo: que íbamos a aceptar la no existencia del PCE.

FELIPE GONZALEZ: Con una malignidad propia de su seso.

LEVIATAN: ¿De su sexo?

FELIPE GONZALEZ: No, de su seso.

LEVIATAN: Pero en los debates que hubo en el Partido nunca hemos estado en esa postura.

FELIPE GONZALEZ: Bueno, no sólo nunca hemos estado en esa postura, sino que, en fin, nosotros no sé qué méritos podemos tener en la legalización del PCE; ni me quiero apuntar el tanto, ni me interesa, porque al fin y al cabo no sería un mérito sino una coherencia con las ideas socialistas; pero lo que es cierto, es que nosotros a los poderes constituidos les hemos planteado hasta tal punto el tema, que parecía como un cierto chantaje. Nosotros no entrábamos dentro del juego político si no estaba legalizado el PCE. Así de claro era eso. Puede que el PCE no nos tenga que agradecer nada; en todo caso nos tendrá que agradecer que seamos socialistas; igual que nosotros, en el futuro, ojalá que no les tengamos que agradecer a ellos que sean comunistas, porque como se lo tengamos que agradecer y lleguen al poder, entonces ya no estaremos nosotros funcionando como partido legal. Que cambien, a lo mejor se lo agradecemos, que dejen de ser comunistas a lo mejor se lo agradecemos, porque tenemos la esperanza de que si tocan el poder no nos van a aniquilar.

LEVIATAN: ¿Cómo interpretas tú la aparición de Suárez en escena? ¿En función de qué, por qué está catapultado, y qué representa?

FELIPE GONZALEZ: Lo que representa es muy difícil de definirlo en pocas palabras, pero yo creo que estaba dentro de la operación de la sustitución de Arias, con el propio Rey. Él estaba en esa operación como mínimo desde el mes de marzo. Incluso estaba ya pensado como delfín, como hombre que podría pasar a ocupar la Presidencia del Gobierno; y esto lo digo no sólo por el conocimiento que se puede tener de esa etapa, sino por el propio hecho de que ya Suárez en ese momento intentó conectar con nosotros, para decirnos lo que iba a pasar, y nosotros lo rechazamos; la primera vez que Suárez quiso hablar con el Partido Socialista él era Ministro Secretario General del Movimiento y justamente por ser Ministro Secretario General del Movimiento nosotros le dijimos que no, que no aceptábamos la entrevista; esa entrevista se produciría el 2 de agosto una vez que fue elegido Presidente del Gobierno y reiteró la solicitud de mantener un contacto con el Partido. Yo creo que la operación se plantea desde dentro del poder por Juan Carlos y por el propio Suárez con el apoyo de Osorio; en esta operación estaban bastante al margen Fraga y Areilza, que no sabían por dónde les soplaba el viento en ese momento, digan lo que digan ahora. Fraga estaba absolutamente convencido en el mes de mayo de que tenía poder para cinco años, y Areilza estaba absolutamente convencido de que si había algún cambio, ese cambio le afectaría a él en la medida en que lo catapultaba a Presidencia del Gobierno. Yo creo que el Rey en eso actuó con mucho resorte interno, de carácter personal, no sólo político; entre otras cosas, porque tal vez estuviera cansado de recibir consejos de gente de generaciones superiores.

LEVIATAN: En un principio esta operación aparece como coyuntural. Sin embargo este fenómeno se prolonga y Suárez ya no aparece como una figura tan provisional, sino como un posible líder para una posible coalición.

FELIPE GONZALEZ: Al principio no, incluso Suárez no estaba seguro de eso. Cuando se legalizaron los partidos clásicos y otras muchas siglas que se metieron ahí, Suárez, al menos eso era lo que él decía, no estaba decidido a capitanear o a *liderar* un partido. Lo que pasa es que se produce un vacío evidente que en ese momento sólo llenaba, y mal, Alianza Popular; entonces Suárez, en la confrontación con AP o con

Fraga, le hace jugar de una manera extraordinariamente inteligente, desde el punto de vista táctico, el papel de una derecha franquista; queda libre el espacio político entre esa derecha franquista y la izquierda, y ese espacio político lo tiene que llenar alguien. Areilza se da cuenta de esa operación y se despega de Fraga, montando todo el tinglado del Partido Popular, pero Suárez ve que éste no cuaja, que ese espacio político está ahí y aterriza en él. El problema es que tarda mucho, yo creo que si hubiese tardado menos hubiese logrado cristalizar un poco más el modelo de organización.

LEVIATAN: En cualquier caso, parece ser que existe una cierta representación Suárez-UCD que no era la representación tradicional del gran capital español. Javier Pradera decía que Suárez-UCD representaban un poco más a los sectores de la burocracia, mientras, que por ejemplo Garrigues o Areilza representaban mucho más a los sectores del gran capital, y Pradera le añade una coletilla a esto en el sentido de estar más dispuesto a coaliciones con la burocracia del Estado que con el gran capital.

FELIPE GONZALEZ: Bueno lo que pasa, es que él siempre estereotipa el retrato psicológico; yo creo que lo hace con una gran capacidad de raciocinio político, porque la verdad es que todavía hay un sector de la burocracia del Estado que necesariamente tiene el complejo de azul; complejo que no tienen sectores de la burguesía que no han sido franquistas, como por ejemplo Garrigues que no se ha situado, que no se ha alineado con el franquismo, sino más bien frente al franquismo en una postura liberal de derechas. Entonces, todo ese sector de la burocracia con complejo de azul, es un sector que estaría más dispuesto, por una desideologización, o por una ocupación del poder de facto, por ejemplo a nacionalizar las eléctricas si eso es popular y da votos; y estaría mucho más dispuesto que el Sr. Garrigues, que desde luego, no nacionaliza las eléctricas aunque le demuestren matemáticamente que eso le va a dar no sé cuantos votos más, porque él no está sólo en función de un proyecto de voto, sino en función de la representación de unos intereses que no puede variar.

LEVIATAN: Se podía hablar en este sentido acerca de una especie de crisis orgánica de la burguesía española o del gran capital español.

FELIPE GONZALEZ: Yo creo, que más que una crisis orgánica lo que hay es una crisis de organización política, de referente político de

la burguesía española; y además, por una razón elementalísima; la burguesía española ha gobernado en este país con las limitaciones que el paternalismo requiere, es decir, sin necesidad de la organización o de la infraestructura política. La burocracia ha estado en gran medida al servicio de la oligarquía española. En el momento en el que se produce la quiebra de esa institucionalización del modelo franquista la oligarquía española necesita tener un referente político que no ha necesitado antes, en tanto que los que hemos estado frente al franquismo no hemos tenido más remedio que ir creando mediante nuestro aparato partidario un espacio político, y hemos tenido ya el aparato de partido preparado para el momento de la caída de la dictadura, cosa que la oligarquía no ha tenido.

LEVIATAN: Hablemos de la estrategia de otros grupos políticos de la izquierda para ocupar un espacio, así como de la posición que significó el no aceptar la Junta Democrática.

FELIPE GONZALEZ: Bueno, en este sentido yo creo que el modelo político de Carrillo, el modelo de crecimiento del Partido Comunista, contaba con un elemento fundamental, que era la suposición de que el PSOE iba a quedar definitivamente anquilosado en el espectro Llopis. Entonces, para Carrillo resulta extraordinariamente chocante la renovación del Partido Socialista y trata de sustituir la presencia de los socialistas del PSOE en sus operaciones políticas con otros socialistas (cosa que seguirá haciendo). Entonces, una de las cosas que más le ha molestado últimamente ha sido el proceso de unidad PSOE-PSP, porque el referente de otro interlocutor socialista que no sea el PSOE no le debe faltar, o no le puede faltar. Entonces, dentro de ese diseño, él sabía que la relación con el PSP no le causaba ningún daño, porque el espacio político que podía ocupar el PSP era muy limitado en relación con la potencialidad del Partido Comunista; la relación con Llopis (con una negatividad absoluta respecto al fenómeno comunista) tampoco le hacía mucho daño, porque era una burocratización que lo había dejado sin presencia real en el país. Entonces, lo que más le preocupaba, era el renacimiento de un Partido Socialista que ocupase el espacio político del socialismo, lo que quebraba todo su modelo de crecimiento, que tendía hacia el espacio político del socialismo democrático, abandonando al máximo el espacio político del comunismo clásico, porque el espacio político del comunismo clásico

Entrevista a Felipe González

él intuía que iba a ser extraordinariamente reducido. Pero ese análisis no sólo lo hace Carrillo, sino que lo hacemos también nosotros, hasta el punto, de que la primera vez que nos entrevistamos con Carrillo él comenta: «va a ser más difícil entenderse con esta gente que entenderse con Llopis», pese a que hacía 2 años que no hablaba con Llopis. Pero claro, entenderse políticamente de alguna forma significa también repartirse espacios políticos, y en ese reparto de espacios políticos era más fácil entenderse con Llopis. Nosotros no sólo estábamos construyendo un espacio político socialista en competencia con el PCE, por consiguiente cualquier operación que el PCE con su técnica tradicional tratara de capitalizar no podía ser asumida por nosotros. Nosotros no podíamos de ninguna manera sumarnos a una operación que era un bluf en torno al PCE, y que nos quitaba espacio político y protagonismo político. Los socialistas somos interlocutores por nosotros mismos, con nosotros no se podía negociar igual que se negociaba con Calvo Serer o con García Trevijano, o incluso con el Sr. Areilza, y tenemos nuestros propios condicionamientos y nuestros propios planteamientos. Así nace la confrontación fundamental entre el espacio político comunista y socialista, confrontación en la que, desde ese momento se va marcando la prioridad del espacio político socialista, se quiera o no, en la sociedad española.

LEVIATAN: ¿Se puede encontrar un hilo conductor común entre esta estrategia a nivel político y la estrategia que se siguió a escala sindical, con nuestra negativa a entrar en el Sindicato Vertical?

FELIPE GONZALEZ: No, no. Yo creo que eso responde a un criterio totalmente distinto; el criterio de identificación del espacio político del Partido, es un problema que surge a partir del año 70 y como una estrategia ofensiva, no defensiva frente al PCE, que era en definitiva y en el fondo lo que planteaba Llopis. Sin embargo, el planteamiento sindical del PCE se resumía básicamente a un planteamiento de entrismo, planteamiento por otra parte muy típico del PCE. Esta táctica la siguen practicando a todos los niveles: «donde quiera que pueda meter el pie lo meto; ya veremos después lo que pasa, pero yo meto el pie donde sea, pase lo que pase». Cuando ellos dicen que nosotros abandonamos los sitios tienen razón; por ejemplo abandonamos el Consejo Rector de Televisión. El PCE no lo abandonará nunca, nunca abandonará un organismo aunque sea absolutamente obsoleto, caduco, por-

que dentro de su estrategia está el entrismo en el aparato del Estado. Entonces, ellos desde el año 50 se empiezan a plantear el entrismo sindical. Nosotros, por la tradición de partido o por la tradición de la UGT, desde el principio rechazamos eso, y no sólo rechazamos eso, sino que rechazamos la participación en la operación CC.OO. cuando todavía no era una plataforma controlada por el PCE, sino que se siguió la fórmula de hacer permanecer a la UGT. Lo que pasa, es que el elemento de permanencia de la UGT era infinitamente más difícil y más peligroso planteado desde la óptica de Llopis o desde la óptica del exilio que la permanencia o supervivencia del PSOE a nivel político. La dinámica sindical imponía estar en la lucha sindical con una estructura organizada más o menos fluida y entonces o bien participabas en el aparato sindical o bien creabas una estructura paralela de participación y no participación que fue lo que hizo el PCE con CC. OO.; el entrismo en la O. S. y la organización paralela; hasta que el juguete presentaba una lucha muy frontal con ausencia total de representantes dentro de las fábricas. Ahora viene a replantearse el tema si fue o no interesante nuestra postura ante esa operación. Yo creo que es un preterible histórico que tiene muy poco sentido replanteárselo salvo en discusiones internas, entre otras cosas, porque tal vez si no lo hubiéramos planteado así no hubiéramos tenido la identidad que tenemos.

LEVIATAN: Cambiando de tema hay un asunto que nos gustaría que nos explicases y es el tema de ese presunto «mariage», de ese presunto noviazgo, como le han dado por llamarlo la prensa entre el PSOE y la UCD.

FELIPE GONZALEZ: Yo debo decir que la estrategia de alternativa de UCD, es una estrategia que el Partido ha seguido dentro de los límites que permitía el proceso político español, que es un proceso político no normal y que no ha sido una estrategia seguida hasta la irracionalidad, sino una estrategia flexible de alternativa frente a UCD, pero que desde luego no puede dar pie en un análisis objetivo de la realidad española a ningún tipo de consideración de maridaje o de noviazgo con UCD. Y te voy a decir por qué: Porque entonces es que no habría ninguna oposición en este país, absolutamente ninguna, salvo la de los extraparlamentarios, lo cual quiere decir que no habría ninguna oposición con representatividad popular suficiente; porque el

Entrevista a Felipe González

PSOE dentro de todo el espectro político ha sido el único partido de oposición a la UCD.

Lo que ocurre es que hay un problema de imagen pública. Hay un primer punto enormemente importante desde una esfera sociopolítica, y es que cada vez que yo he visto a Suárez, mi entrevista con Suárez ha tenido más valor que diez entrevistas de cualquier otra persona con el Presidente del Gobierno. Hay inmediatamente una amplificación de la imagen en función de la importancia del partido, y lógicamente esa amplificación de la imagen se produce tanto en el caso en el que nosotros decimos que el nivel de presión tiene que ser hasta aquí, que entonces se interpreta como que no queremos presionar excesivamente, como cuando aumentamos el nivel de presión hasta el límite que creemos que hay que aumentarlo, y entonces la prensa lo considera excesivo y explosivo. Tanto en una como en otra postura hay una amplificación de la imagen, y dentro de esa amplificación de la imagen hay que buscar un hilo conductor y el hilo conductor yo creo que es extraordinariamente coherente desde el punto de vista de la estrategia del Partido. Desde el mes de junio del 77 para acá nosotros hemos ido dando pasos dentro de una delimitación estratégica que fundamentalmente tenía tres objetivos: la liquidación de residuos autocríticos, la elaboración de una nueva Constitución y de nuevos marcos de convivencia democrática, y la solución de la crisis económica sobre todo en lo que respecta a un cambio de vida de los españoles. Esos grandes alineamientos estratégicos a nivel parlamentario, que después tienen su proyección municipalista o sindicalista, se están siguiendo con absoluto rigor.

Cuando vemos que el Gobierno está imprimiendo un cierto retraso a cualquiera de estos tres elementos de estrategia, aumentamos la presión; y la aumentamos a veces hasta el límite del puñetazo en la mesa, que es lo que llama extraordinariamente la atención. Cuando vemos que el ritmo es aceptable con la presión media, aceptamos el ritmo; entonces esto se puede interpretar como un acercamiento a la UCD. La negociación de los acuerdos de la Moncloa también se puede interpretar como la única operación posible de superación de la crisis económica, con el único resultado positivo desde la óptica de la oposición, de repartir las cargas con justicia. ¿Cómo se transmite eso a la imagen pública? Yo creo que por encima de las valoraciones que se hacen algunas veces desde algunos medios de comunicación de masas,

desde algunos, (que algunos se hacen desde la óptica del Gobierno y otros se hacen desde la óptica de otros grupos políticos que quieren erosionar esa imagen), sigo pensando que el resultado global lo entiende muy bien la gente de la calle, y tanto entiende, que se mantiene el prestigio político del Partido sobre el conjunto de la población, en tanto que se deteriorara el prestigio político de otras organizaciones. Sin embargo, esto a nivel de clase política puede tener una cierta importancia. Existe un problema de comunicación, pero esa falta de comunicación es imposible de superar porque a la gente, incluso dentro del Partido, lo que realmente le llega es la información de prensa y la información de televisión, y ni en prensa ni en televisión tenemos la incidencia suficiente como para dar nuestra alternativa. Se provocó un conflicto como el de la salida de la ponencia constitucional; nuestra postura, que era una postura extraordinariamente razonable y que salió adelante en casi su totalidad, no fue bien entendida; pero no fue bien entendida porque no tuvimos tampoco mecanismos de difusión. A nivel orgánico los mecanismos que tenemos son las circulares y el periódico; en la circular se explicó, y en el periódico se explicó, pero el militante quiera que no, está mucho más pendiente de la letra impresa exógena que de la endógena; está siempre más preocupado por la información que llega de fuera de la organización que por la que viene de dentro.

LEVIATAN: La prensa, o por lo menos cierta prensa, o por lo menos cierto personaje de la prensa en tres meses ha hablado en varias ocasiones de la existencia de tensiones en la Comisión Ejecutiva. Incluso habla concretamente de tensiones entre tú y Alfonso Guerra, y otras veces entre radicales y moderados. ¿Qué hay de esto?

FELIPE GONZALEZ: Lo curioso es que hasta ahora no ha habido ni una sola vez en que coincida alguna tensión o alguna discusión en la Comisión Ejecutiva, con un análisis hecho desde fuera. Lo cual de alguna manera supone el reconocimiento de que en cualquier organismo de dirección se plantean tensiones o discusiones, de eso no cabe la menor duda. Desde luego uno de los fallos fundamentales es el tratar de atribuir uno de los focos de tensión a posibles enfrentamientos entre Alfonso y yo; la realidad es que, a lo mejor tengo que decir que incluso lamentablemente, Alfonso y yo nunca discrepamos. Nunca hay una discusión frontal de posiciones entre Alfonso y yo; no te digo que no

Entrevista a Felipe González

haya discrepancias de criterios, pero no son nunca en temas que puedan crear una dinámica tensa en el interior de la Ejecutiva. Respecto al tema radicales-moderados o marxistas-socialdemócratas hay un dato que habría que tener en cuenta. Independientemente de como se sienta el secretario general, independientemente de como se sienta ubicado dentro del espectro ideológico de la organización, independientemente de eso, tiene que mantener una posición sin correr por el plano inclinado ni de la izquierda de la organización, ni de la derecha de la organización. Yo creo que el papel de un secretario general de una organización siempre tiene que ser un papel de nuclear posiciones, no de apoyar incondicionalmente ningún tipo de posiciones del partido, independientemente de su ubicación personal, de donde se sienta más cómodo ideológicamente. Creo que eso sería enormemente peligroso. Entonces, cualquier persona que vea cual ha sido la trayectoria desde el punto de vista político que hemos seguido nosotros, no puede esperar de ninguna manera que yo esté apoyando a cualquier sector del Partido, no puede ubicarme personalmente. De ninguna manera se me ocurre hacer una distinción especial, por ejemplo, con la organización de Sevilla, de ninguna manera, represente lo que represente esa organización para mí a nivel personal, no lo hago, no lo hago porque no me da la gana, porque estoy convencido de que no es ese mi papel en el Partido, y por consiguiente no estoy dispuesto a hacerlo.

Salvando eso, yo no ocupo ni el centro, ni la derecha, ni la izquierda del Partido. Creo que estoy haciendo el papel que tengo que hacer, el papel de coordinar esfuerzos y de representar al Partido tal como creo que hay que hacerlo, y tal como creen todos los compañeros que tengo que hacerlo, pues en realidad mi papel tiene todas las limitaciones de un equipo de dirección.

También se establecen muchas elucubraciones inútiles con eso de la izquierda y la derecha dentro de una organización. Yo he visto análisis bellísimos desde el punto de vista marxista que conducen exactamente al mismo resultado que análisis más o menos bellos desde el punto de vista socialdemócrata. Exactamente al mismo resultado, y uno de los dos análisis tiene que estar equivocado, si es verdad que existe una diferencia entre un planteamiento marxista y un planteamiento socialdemócrata. Yo he visto personas en la Ejecutiva que pueden estar simbolizando lo que vulgarmente se llama la posición marxista-pura y la posición socialdemócrata, que están coincidiendo montones de veces; y coinciden por ejemplo en temas como cuándo se

debe producir la alternativa de poder y en qué condiciones, como cuándo se deben producir coaliciones con otras fuerzas políticas. Entonces coincide el análisis más puro con el análisis más impuro, hablando en términos muy típicos de nuestra organización. Por supuesto que existen dentro del Partido posiciones más radicales y menos radicales, posiciones más moderadas y menos moderadas. Sin duda alguna. Pero muchas veces no se corresponden con esa delimitación que a veces se trata de hacer, en cierto modo dogmática, de línea divisoria entre el análisis marxista y el análisis socialdemócrata.

Aparte de esto, en la dirección no cristalizan posiciones permanentes. Estas posiciones varían cuando se trata de un tema u otro tema y también dependen del momento psicológico de cada uno. Uno no es independiente de sus propios humores, entonces hay momentos en que uno por sus propios condicionamientos psicológicos está en una posición más radicalizada y otras veces está en una posición mucho más concesiva. Pero de todas formas el elemento unificador fundamental está en que no hay diez decisiones fundamentales del Partido que dividan los votos por igual, sino que en cada una de estas diez decisiones los votos se componen de una manera totalmente distinta, y quien diga lo contrario desde fuera de la organización está mintiendo. Se consitan mayorías y minorías en función de cada tema de análisis y en cada tema se suscita una polémica especial que se resuelve por unas mayorías o minorías y muchas veces por consenso, aunque siempre hay alguien que para la historia dice: «que conste que yo al menos en esta votación me abstengo, que conste en acta porque para la historia es importante».

LEVIATAN: Creemos que hay un problema que está sin resolver en el seno del Partido. Hasta ahora los grupos de dirección del Partido, la Comisión Ejecutiva y el Comité Federal estaban volcados hacia la vida interna del Partido, debido a que durante la dictadura, la vida externa era mínima. Pero con la nueva situación democrática del país surgen nuevos grupos de dirección del Partido ubicados en el Parlamento, en los gobiernos autonómicos, en los Ayuntamientos e incluso, cuando se llegue a él, en el Gobierno. ¿Cómo se resuelve esto para que la dirección política del Partido, no quede dispersa?

FELIPE GONZALEZ: Yo creo que este es uno de los grandes problemas no resueltos suficientemente y que se planteará a mi juicio para el

Entrevista a Felipe González

próximo Congreso. Yo creo que la dirección del Partido tiene que cubrir todas las áreas sobre las que se proyecta la estrategia del Partido, y las tiene que cubrir desde la misma dirección del Partido, desde el propio aparato ejecutivo del Partido, con los apoyos técnicos que sean necesarios. Pero no se puede dar nunca, nunca puede haber una subordinación, como ocurre en muchos países, del Partido en tanto que organización al resto de los aparatos de poder. Nunca puede haber una subordinación al grupo parlamentario del partido como organización, porque crearía una dinámica en que la élite es la que domina, e incluso el poder ejecutivo se constituiría en grupo dominante sobre la ejecutiva de dirección del Partido en el momento en que éste acceda al poder. Hay muchos países con esa problemática y habría que estudiar para el próximo Congreso un nuevo modelo de dirección del Partido.

La dirección del Partido tiene que virar en dos direcciones distintas. Tiene que ser una dirección de organización y ser al mismo tiempo una dirección de sociedad en su conjunto, es decir, tiene que resolver los problemas de la organización y tiene que resolver los problemas de la sociedad, tiene que tener un proyecto interno y un proyecto externo, los cuales son perfectamente homologables pero no los pueden ocupar de ninguna manera las mismas personas. Tiene que haber gente dentro de la dirección que esté proyectada hacia el exterior del Partido, hacia la vida sindical, municipal, parlamentaria, autonómica y hacia el poder ejecutivo y gente que esté dedicada fundamentalmente al régimen interno del Partido. Y esos dos tipos de gente dentro de la misma Comisión Ejecutiva.

LEVIATAN: Y ya en este asunto, y para terminar, suponiendo que lleguemos al Gobierno, cuál es el papel del Partido y el papel de la UGT en esas circunstancias.

FELIPE GONZALEZ: Es un papel muy difícil, yo creo que en realidad el papel del Partido es un papel fundamentalmente de programa de reformas. De alguna forma habría que decir que lo que se puede hacer en un futuro inmediato, en el terreno político-económico es una lectura progresiva de los acuerdos de la Moncloa; si el plazo es inmediato con una profundización de la Reforma Fiscal, sin salirse del límite; en un programa fundamentalmente de reformas y de reformas no excesivamente ambiciosas, de reforma de la Administración del Estado, de

afianzamiento del poder popular a nivel municipal, y de consolidación del proceso autonómico con unos ritmos que no sean precipitados, sino que adecúen a la propia descentralización del aparato burocrático del Estado con la transferencia de funciones. En realidad es un papel fundamentalmente de fortalecimiento de la democracia y superación de la crisis económica en ese marco.

LEVIATAN: No, cuando te hacíamos la pregunta, no era tanto sobre el Partido como Gobierno, sino sobre el papel que juega el Partido-organización cuando el Partido está en el Gobierno. Porque ahí puede haber una serie de tensiones, la base puede quedar un tanto aislada de la cúspide del Gobierno, y la UGT puede tener un papel difícil que jugar.

FELIPE GONZALEZ: Hombre, yo creo, y con esto acabo, yo creo que lo fundamental sería encontrar un mecanismo de participación pública a través de la organización del Partido en todo lo que son debates claves de la vida política; habría que encontrar mecanismos de participación a nivel de decisiones en el tema energético, en el tema del desempleo, en el tema de la empresa pública; y eso se puede conseguir si somos capaces de agilizarlo. Debemos conseguir que la gente sea corresponsable de las grandes decisiones, debemos conseguir un vehículo de participación y de discusión; entonces, creo que todavía eso no está construido y existe el peligro de un despegue de la base.

El otro día me vinieron a ver unos mineros asturianos, a consultarme sobre los últimos conflictos laborales. Les dije: «miren ustedes plantéense ustedes el conflicto como quieran; ahora enfrente se van a encontrar, esta tarde cuando vayan a verlo, a un señor que se llama Rafael Calvo Ortega. Pues bien, piensen que si el conflicto en vez de haberse planteado hoy se plantea dentro de ocho meses, a lo mejor resulta que abren la puerta y se encuentran la cara de un señor que se llama Nicolás Redondo, que está sentado en el sillón del Sr. Calvo Ortega, y ahora ustedes díganme lo que tienen que decir a Nicolás Redondo no lo que van a decir a Calvo Ortega, porque se trata de Hunosa, empresa del sector público, con 8 ó 9.000 millones de pesetas de pérdida con cargo al presupuesto del Estado. Quiero que me digan qué es lo que hay que hacer con la productividad de la empresa, con el absentismo, con la ordenación del trabajo, y con el salario de los trabajadores. Entonces creo que ese tipo de compromiso de partici-

Entrevista a Felipe González

pación es algo que se puede generar, porque estos hombres daban respuestas extraordinariamente lúcidas, y extraordinariamente conscientes. Entonces, creo, que hay una cierta depreciación de lo que entendemos como base, porque muchas veces identificamos base, con la persona que grita en una determinada asamblea, y que no siente los problemas de verdad de la gente, los problemas de la clase trabajadora, los problemas reales del país no los siente; no, es el estudiante de universidad, que es perfectamente respetable, pero que no tiene idea de lo que está pasando. Son personas muy respetables desde el punto de vista ideológico y a lo mejor te plantean el problema de la revolución. Pero yo creo que el debate es posible, o sea, que un Gobierno Socialista es capaz a través de la vía política, de la vía orgánica, de la vía municipal, del problema de las autonomías, es capaz de hacer que sus decisiones sean asumidas no sólo por la organización, sino por la mayor parte de la población, porque hay también mucho terreno que recorrer todavía en este país, de democratización, de participación popular, de reforma de las estructuras, y la gente se va a sentir cómoda pese a que va a haber un sector en la organización que va a decir «esto no es, nosotros queremos la revolución total».

ANALISIS DE SITUACION

Estrategia de poder

ALFONSO GUERRA

Al comenzar 1978 el país despierta de un sueño benéfico y agradable: las elecciones del 15 de junio. Después de muchos años sin posibilidad de optar políticamente, el pueblo español fundió sus ilusiones con papeletas de votos y urnas secretas. Ahora toca la reflexión. La remisión de las esperanzas demasiado veloces, la consciencia de los graves problemas con que se encuentra la reciente democracia. El origen de la crisis no está en la democracia, pero los nuevos usos sociales, la libertad, han de responsabilizarse de los males que aquejan a la patria.

Históricamente la democracia recibe una penosa herencia de injusticia social, de escasez, de imprevisión, de frustraciones individuales y colectivas. Este panorama se vertebra sobre dos situaciones angustiosas, la una lamentable, la crisis económica, la otra favorable, la necesaria consolidación de la democracia. Ninguna es menos importante ni fácil en su resolución.

El peligro que acecha a nuestra sociedad está en una real o aparente polarización política: derechas contra izquierdas. Las amargas experiencias derivadas del enfrentamiento feroz en los años de la pasada guerra alimentan permanentemente un a veces no oculto deseo de volver a agitar los viejos fantasmas de la intolerancia. Por ello la dialéctica izquierda-derecha se pretende sustituirla con la que opone a los

demócratas contra los que no lo son. Así se amplía el espectro de apoyo a la democracia a todos los que creen en ella, aun desde distintas posiciones ideológicas, y a la vez se aísla a los enemigos de la forma democrática de convivencia.

Pero el drama, a veces, está en descubrir a los demócratas, porque la izquierda aún no ha encontrado un interlocutor válido, sólido, duradero, en las fuerzas de la derecha. Se puede decir que la derecha no existirá hasta que desaparezca la experiencia de poder de Unión de Centro Democrático. Porque su esencia es *estar* en el poder, mantenerlo, antes que ejercerlo.

La variedad política antes del 15 de junio, «la selva de siglas», ha quedado en suspenso mientras las formaciones políticas más favorecidas por el voto popular reorientan sus estrategias. Las elecciones de junio trajeron algunas sorpresas. Para muchos fue una revelación inesperada el rechazo de las siglas que avalaban los herederos formales de la dictadura, los que añoraban el testamento del general. Para otros, la sorpresa fue el importante impulso popular que recibió el PSOE, que ofrecía un programa de cambio de la sociedad —*cambiar la vida*—, de libertad —*la libertad está en tu mano*—, y una imagen de juventud, de corte con la política del pasado, representada ejemplarmente por el líder Felipe González.

El Parlamento surgido de aquellas elecciones enfrenta en teoría a dos grandes bloques, equilibrados en votantes: conservadores (UCD) y progresistas (todos los que se destacaron por su combate o actitud contra la dictadura, y especialmente el PSOE), y jugando de árbitro, de péndulo en las votaciones, los escasos representantes de Alianza Popular.

Para el Partido Socialista la democracia representativa, indirecta, se completa con la democracia directa, popular. La delegación que los ciudadanos hacen en sus representantes políticos no garantiza suficientemente la participación de los pueblos. Se hace necesario combinar la vía parlamentaria a la democracia con la actuación directa de los representados.

Instituciones políticas y sociales útiles para la recepción de la acción ciudadana son los ayuntamientos y los sindicatos. Concebidos los ayuntamientos como centros abiertos de participación y los sindicatos como agrupaciones libres y democráticas de los trabajadores en la lucha por la defensa de sus intereses.

Actividad parlamentaria, acción municipal y lucha sindical.

Fundamentándose la acción de los socialistas sobre este tipo de representación parlamentaria, sindical y municipal, es decir sobre la actividad legislativa que haga evolucionar las normas de la sociedad civil y sobre la acción de la movilización de las masas que presionen sobre un aparato de poder que se resista a eliminar los obstáculos que impiden la redistribución de la riqueza y el ejercicio de la libertad, nada es tan lógico como que la estrategia del Partido Socialista se dirija a consolidar la presencia progresista en los tres frentes descritos.

En la presente situación el PSOE cuenta con un capital político que le atribuye la categoría de *alternativa de poder*. En el espacio de representación parlamentaria, y tras el logrado proceso unitario con el resto de las fuerzas socialistas, el Partido Socialista suma 125 diputados, 50 senadores y una creciente credibilidad popular. Se equivocan los que recurren insistentemente a las derrotas parlamentarias del socialismo. Los votos mandan, y mientras UCD sea la minoría mayoritaria es lógico y democrático que sus planteamientos triunfen sobre los de los socialistas. Pero la opinión pública es perfectamente receptiva al sentido de las posiciones que adoptan los socialistas y comprende y acepta que unos tienen la fuerza de los votos y otros la fuerza de la razón y la voluntad de beneficiar a los más a costa de los menos. Claro que no se puede confundir la opinión pública con los reducidos grupos de ciudadanos que *están* en la política.

Desde el punto de vista sindical, las fuerzas políticas más importantes, UCD y PSOE, se encuentran en posiciones muy diferentes. El partido del Gobierno no tiene una alternativa sindical, aunque parece seguro que pretende aproximarse a una de las *terceras fuerzas* que emergen de las elecciones sindicales en curso. No sería nada sorprendente que en pocos meses uno de los sindicatos menores abandonase su fraseología de izquierda y comenzara a tratar la acción sindical como un testimonio obrero-cristiano-demócrata.

Por el contrario, el PSOE cuenta con el apoyo —al que a la vez apoya— del sindicato de inspiración socialista UGT. La Unión General de Trabajadores compite con otro sindicalismo, el comunista de CC. OO. al que aventaja, aunque la manipulación informativa de comunistas y gobierno Suárez esté forzando la imagen contraria. Baste observar que en las grandes empresas triunfa UGT, y que la publi-

cidad de resultados coloca a idéntico nivel a los representantes de grandes, medianas y pequeñas empresas, tengan tras de sí miles de trabajadores o media docena. Esta razón explica por qué no se publican los votos que obtienen las centrales y sí sólo el número de representantes. Pero es que aún es más determinante, porque el triunfo en las grandes empresas significa disponer de los sectores punta a la hora de construir el sindicalismo en nuestro país. Las movilizaciones, las reivindicaciones, el movimiento sindical está canalizado siempre por los trabajadores de las empresas con grandes concentraciones obreras.

Municipalmente los partidos aún no pueden conocer su influencia real, porque a pesar de los riesgos que ello supone, el gobierno Suárez viene retrasando la confrontación que renueve y democratice las corporaciones locales. Sin embargo, puede hacerse una doble valoración que confirma a los socialistas una perspectiva de presencia notable en los futuros ayuntamientos democráticos. Por una parte, ninguna fuerza política puede ofrecer una trayectoria de ejecución municipal como el PSOE, nadie como los socialistas dejan huella de integridad y de gestión honesta en los ayuntamientos. Además, las intenciones de votos que se recogen cada día en encuestas y sondeos conceden un papel fundamental al Partido Socialista en la tarea municipal que se pondrá en marcha tras las elecciones locales.

Se completa así el tipo de representación que define la estrategia de los socialistas: representación parlamentaria, solidaridad obrera y apoyo popular. Con esta perspectiva global intentemos analizar las acciones que realicen este diseño estratégico.

En grandes líneas, la actividad socialista se impulsa tendencialmente a un proceso que parte de la consolidación de la democracia y que se cumple en la transformación social de la sociedad capitalista imperante en nuestro país. No nos estamos refiriendo al modelo final de la sociedad socialista, sino que circunscribimos nuestro análisis, en este momento, a la realidad que hoy tenemos ante nosotros y a la posibilidad de quebrar el modelo de sociedad en beneficio de los trabajadores. Y sin olvidar que la concepción de trabajador se amplía a todos los que apoyan su supervivencia en la contraprestación de un salario por su actividad laboral, excluyendo, por tanto, sólo a los parásitos sociales.

La consolidación democrática supone aquí y ahora encontrar un marco de aceptación general que establezca las reglas del juego demo-

crático. Era preciso elaborar una Constitución. Y junto al trabajo constitucional los socialistas tratan de suprimir los vestigios de la etapa anterior, en un esfuerzo parlamentario en el que los votos a veces no son tan importantes como el impulso que crea en el gobierno de solucionar situaciones autoritarias del pasado, aunque sólo sea por la obligación moral que les crea rechazar los proyectos socialistas tendentes a limpiar del aparato político del Estado situaciones de inseguridad jurídica y arbitrariedades.

Simultáneamente a la acción parlamentaria y, en parte, gracias a ella, que muestra la posición de los socialistas en defensa de los trabajadores, el Partido se organiza, crea una infraestructura necesaria para emprender en un futuro no lejano tareas de gobierno con medidas que exijan contar con el apoyo de la población, mediatizada hoy por unos medios informativos en poder de los sectores conservadores de la sociedad.

Si la labor parlamentaria apoya la tarea de organización interna del Partido, ésta influye sobre los procesos electorales, creando las condiciones idóneas para el triunfo en las elecciones municipales, sindicales y legislativas. Cumplidos estos procesos electorales, los socialistas habrán de realizar un trabajo concreto en los ayuntamientos y en el sindicato que nuevamente accionará la máquina de la organización interna del Partido. Es así, de una forma dialéctica, como las acciones públicas a las que se dirige la estructuración de un partido democrático y la propia organización se relacionan dinámicamente.

Trabajo social y crecimiento del Partido, organización y tareas concretas en la sociedad completarán el *bipartidismo imperfecto*, acercando a los socialistas a un acceso al Gobierno que posibilite una tarea de transformación de las estructuras sociales, económicas y políticas, necesaria para alcanzar un sistema democrático, libre y justo que abra un proceso de transición al socialismo. Se trata de hacer realidad la alternativa de poder que figura en el programa socialista.

Alternativa de poder.

¿Pero cómo hacer realidad lo que para algunos no es más que un *slogan*? En algunas ocasiones se le recuerda al Partido Socialista que su opción histórica no está en el poder sino en la oposición. Se preten-

de fundar tal observación en la imposibilidad —a juicio de los que así piensan— de que los poderes tradicionales del país, Ejército, Iglesia, institución monárquica y gran empresariado y banca, no aceptarían las medidas transformadoras que obviamente pondría en práctica un gobierno de socialistas. Aconsejan, en consecuencia; que los socialistas se mantengan en la oposición durante años a fin de lograr una credibilidad social que los convierta en artífices posibles de un cambio al acceder al poder. Olvidan que hoy las fuerzas que lucharon contra la dictadura poseen mayor credibilidad que las vinculadas al régimen anterior. Se cree más en los proyectos socialistas que en los procedentes de una formación amorfa como UCD. No existe en las condiciones políticas actuales necesidad de un forzado «calvario» de oposición para los socialistas, sino que, por el contrario, alcanzada una mayoría parlamentaria, el acceso al poder de los socialistas no sería contestado desde los poderes tradicionales, entre otras razones, porque la propia institución monárquica conoce que su supervivencia depende de que ejerza su jefatura bajo un gobierno socialista.

Pero volvamos a plantearnos cómo realizar la alternativa de poder de los socialistas.

En nuestro boceto estratégico atendemos a distintas etapas del proceso: a corto, a medio y a largo plazo. Establecemos objetivos a cubrir y táctica necesaria para cubrir esos objetivos.

Para marcar una estrategia general es preciso planear sobre los grandes temas nacionales, para de ellos concluir cuáles son las acciones internas de una organización socialista que la capaciten para dar respuestas concretas a los problemas concretos.

En un plazo inmediato, ya lo hemos dicho, hay que procurar la consolidación de la democracia, afianzar el bipartidismo imperfecto y lograr sensibilizar a la población sobre la expectativa del socialismo como alternativa cierta. Tácticamente estos objetivos se cumplen por la redacción de una Constitución que fije los métodos democráticos, por una legislación preconstitucional que allane el terreno para la convivencia, eliminando los obstáculos de las leyes del pasado y con una decidida acción encaminada a la salida de la grave crisis económica que sufre el país, con una atención especial a las capas sociales menos favorecidas y sobre todo con un plan enérgico de lucha contra el paro.

En la consecución de estos objetivos, la unidad de los socialistas puede multiplicar la capacidad de apoyo popular a los proyectos socia-

listas. En estas fechas todos los socialistas españoles militan bajo la bandera del partido que fundara Pablo Iglesias, añadiendo un índice de responsabilidad y capacidad a la opción socialista.

Si los análisis que hacemos se verifican por la realidad estaríamos a las puertas de una experiencia única en Europa y tal vez en el mundo: la posibilidad de construir un modelo de sociedad —no hay modelos que imitar— que, cercano a la realidad política de nuestro país, trascienda los límites de nuestra geografía para impulsar un socialismo transformador en la Europa del Sur, que extienda su influencia al centro y norte de Europa, por una parte, y al mundo mediterráneo y latinoamericano, por otra.

La situación.

La complejidad de la situación política y económica del país exige de cualesquiera fórmulas esquemáticas.

La aprobación de la Constitución coloca al Parlamento ante el dilema de su disolución o la prolongación de la legislatura.

Durante la campaña electoral de 1977 los socialistas fuimos insistentes en nuestro deseo, por exigencias políticas, de que las Cortes que surgieran de la primera confrontación electoral fueran constituyentes, implicando en este concepto la elaboración de un texto constitucional y la posterior disolución de las Cámaras. Otros grupos políticos, entre ellos los comunistas, hicieron declaraciones semejantes. Hoy ante la alternativa real, los socialistas volvemos a estar en solitario. En política, a veces, la soledad es la única forma de mantener la independencia.

El Gobierno de UCD intenta, como ya hizo tantas veces, emparedar al Partido Socialista entre el partido del Gobierno y los comunistas. Ambos se necesitan mutuamente. El espacio político que hoy ocupa el Partido Comunista no se corresponde con su exiguo 9% de apoyo popular. Se debe al favor del Gobierno Suárez que en permanente operación publicitaria *bombea* la política del PCE y de su Secretario General. A cambio, los comunistas garantizan al Gobierno Suárez, una actitud *responsable*, pantalla que esconde el colaboracionismo más incondicional. Si a esta simbiosis política UCD-PCE, añadimos el espíritu de servicio de la minoría catalana de Jordi Pujol, se

puede aventurar sin grandes riesgos que las elecciones generales no se celebrarán inmediatamente después del Referéndum Constitucional.

Sin embargo, Unión de Centro Democrático no puede seguir gobernando como hasta ahora, como minoría mayoritaria. Necesita una alianza permanente que le garantice la tranquilidad en el Parlamento. Y esta alianza se le presenta difícil.

En un amplio ejercicio de hipótesis, UCD conducirá su política de coalición sobre la base de un nuevo pacto económico que reemplace a los Acuerdos de la Moncloa. A partir de esta salida inicial, a UCD se le ofrecen cinco posibilidades: coalición con AP (que los ucedistas dicen rechazar en su voluntad de borrar su identificación con el franquismo); acuerdo con la Minoría Catalana (ya comprometida, pero insuficiente para gobernar con amplia garantía, ya que les aporta pocos escaños); alianza con el PSOE (de la que UCD no se hace ilusiones porque conoce la posición socialista al respecto); gobernar sola (actitud difícil, contando además con las posibles deserciones post-constitucionales); convocar nuevas elecciones generales.

Sin entrar en el análisis detallado de cada una de las salidas políticas que se derivan de la aprobación de la Constitución, bástenos decir que la actitud de los socialistas se orienta a conseguir cuanto antes la convocatoria de elecciones legislativas, que clarifiquen definitivamente el panorama político y haga posible un gobierno estable de la nación.

En base al análisis anterior la estrategia del Partido Socialista habría de encaminarse por:

- La aprobación de la Constitución, como marco general de convivencia y garantía de libertades.
- La ruptura de la política de *consenso* o acuerdo, a partir de la aprobación del texto Constitucional. Rechazo de la renovación de los acuerdos económicos. Los compromisos económicos se alinean en la relación empresarios-centrales sindicales, no entre Gobierno y partidos de la oposición.
- La negativa a una política de coalición gubernamental con UCD, partido conservador con el que no son posible las transformaciones económicas y sociales que exige la realidad española.
- La exigencia de convocatoria de elecciones generales. Es preciso ampliar el espectro electoral socialista, abriéndose a los votantes *naturales* de la izquierda, que por falta de información o por

miedo votaron a UCD. (Reflexiónese sobre el siguiente dato: en las elecciones de junio de 1977 la renta media más alta de los votantes correspondió a AP, seguida de PCE, PSOE y UCD).

- La elaboración de una estrategia de poder concreta: técnica, programática y organizativa, que garantice los cuadros técnicos necesarios, el programa de gobierno y la adaptación del esquema organizativo del Partido a la nueva realidad.
- El triunfo electoral para gobernar y gobernar para transformar.

Estas son algunas reflexiones que merece el presente análisis de situación que pronto, ante el alud de acontecimientos que se avecinan, será necesario completar con próximos estudios de coyuntura.

ENSAYOS Y OPINIONES

Marxismo y socialismo

NORBERTO BOBBIO

Artículo aparecido originalmente en el número de mayo de 1978 de la revista socialista italiana MONDOOPERARIO. La introducción ha sido realizada por MARIA DOLORES LEZCANO.

Uno de los reproches que han sido lanzados al proyecto socialista, también en el interior del mismo Partido, es el de ser poco marxista, o no serlo del todo. Así la discusión en torno al proyecto ha sido la enésima ocasión para encender una nueva disputa alrededor de la vitalidad, continuidad, actualidad, permanencia, validez, veracidad, etc.... del marxismo. Como no puedo ocultar mis dudas sobre la oportunidad y sobre la fecundidad de un debate planteado de esta manera, me permito hacer algunas observaciones sin otra pretensión que la de llevar un poco de agua al molino común.

Para fijar rápidamente el punto de partida desde el que comienzo estas observaciones y para no ocultar sus límites frente a aquellos que parten de un punto de vista distinto, antepongo que se tratan de observaciones de alguien que no se considera marxista, al menos en el sentido en que de ordinario se entiende esta palabra; ni tampoco un marxólogo», si por «marxólogo» se entiende alguien que haya hecho de la obra de Marx el principal objeto de sus propios estudios. He leído y releído a Marx, especialmente la obra histórica y filosófica, como se lee un clásico; como he leído a Platón y Aristóteles, Hobbes y Rousseau, Kant y Hegel, o por referirnos a nuestros días, a Pareto o Weber. No soy marxista como no soy platónico o aristotélico, kantiano o hegeliano. Me sentí atraído enseguida por la fascinación de las obras

de Marx, especialmente en los años de la liberación y de la reconstrucción, cuando traduje y presenté los «Manuscritos económicos-filosóficos de 1844». Pero no puedo silenciar que en los mismos años introduje la primera traducción completa del «De cive» de Hobbes, un autor cuya importancia decisiva en la historia del pensamiento político, o mejor en la reflexión sobre el nacimiento del estado moderno, no era aún reconocido como es unánimemente reconocido ahora. Creo que han atraído en uno y en otro el aspecto realista, despreocupado, desencantado pero no indiferente, frente a la crudeza de la historia, a la dureza de las condiciones objetivas que los hombres deben afrontar para sobrevivir, al necesario despliegue de los remedios que imaginarán para no sucumbir. Aunque consciente, sabiendo que estoy dando una razón psicológica y por este motivo fragilísima, debo agregar que la fascinación que Marx ha ejercido sobre mí por la fuerza de su crítica de las cosas, ha sido atenuada y a veces derribada en una suerte de invencibles aversiones por la intolerancia, la manera despreciativa, incitante y feroz de las que el autor de la «Ideología alemana» y de la «Sagrada familia» con su fiel amigo Engels, ha dado tantas pruebas en la crítica de los hombres. De todos modos no he dudado jamás que Marx sea un gran pensador, de cuyos conceptos nadie cuyo juicio no sea oscurecido por una postura previa pueda prescindir.

Digo esto no para hacer una fácil autobiografía, que no interesa a nadie, sino únicamente por explicar el punto de vista en el que me muevo, que no es aquél habitual y francamente aburrido de la disputa entre marxistas y no marxistas, o sea, entre dos posturas previas, y ni aún aquél de los convertidos (género que se va difundiendo); esto es, de aquéllos que habiendo sido marxistas y ahora no siéndolo, eran tan puntillosamente marxistas primero, cuanto son otro tanto puntillosamente marxófobos ahora. Sólo aquéllos que se arrodillan frente a un ídolo sienten el deseo de abatirlo cuando se ponen de pie. Quien no ha aireado jamás la bandera con el escrito «Todo en Marx, nada fuera de Marx, nada contra Marx» no siente el deseo de unirse al coro de los súbditos rebeldes.

La doctrina y la realidad.

Opino que la potencia del ingenio de Marx está sobre todo en la crítica: en la crítica más que en el sistema. Pero los partidarios que

han hecho de su pensamiento un «ismo» contrariamente a su intención (hay casi que avergonzarse de repetir tanto, convirtiéndola en vulgar y banal, la frase de Marx «yo no soy un marxista») han debido preferir a la crítica el sistema, que no existía, un sistema entre otros que habían sido reconstruidos cada vez (no habiendo existido jamás) en forma distinta. Desde los primeros años Marx había expresado el propósito de dedicar su obra a la crítica de la economía, de la política, de la moral, de la religión, etc.... Comenzó a desembarazarse de la crítica hecha por los otros, y después se dio a la crítica de la crítica, más bien con aquel característico lenguaje consecuencia de la influencia de los mismos jóvenes hegelianos que censuraba; a la crítica de la crítica. Dirigió la mayor parte de su energía a criticar la economía política, aplazando la otra a una época que no llegaría jamás, y escribió una obra monumental dedicada a criticar la sociedad capitalista. Una de sus preocupaciones constantes fue la crítica de la ideología de la que ha nacido directamente un nuevo campo de búsqueda, la sociología del conocimiento.

Pero no se trata de medir los méritos y los deméritos de Marx: una operación, después de todo, que no presumo de saber hacer y que va también más allá de la intención que me he propuesto. Se trata de evidenciar de una vez las consecuencias de las transformaciones de la obra de Marx en una doctrina completa o completable, de la que se puedan extraer por vía deductiva respuestas válidas para cada clase de problemas: últimamente, algunos juristas italianos de los que conozco la seriedad profesional y la inclinación, como habrían dicho nuestros padres, por la gente de bien, han dado vida a una revista con el propósito de señalar la importancia y la actualidad de la obra de Marx para el desenvolvimiento del derecho penal, o sea de una disciplina de la que Marx no se había ocupado jamás. Son consecuencias, para el progreso de las Ciencias sociales, desastrosas. No hay nada que desaliente más el esfuerzo de la investigación, que la ilusión de poder extraer toda la responsabilidad de un texto o de su interpretación.

Me disgusta volver otra vez al argumento, pero es verdaderamente inagotable. Vuelvo a él porque no ha sido señalada debidamente, a mi parecer, una típica deformación de cada doctrinarismo que se rige por el principio de autoridad y favorece por eso la utilidad: cuando la realidad contrasta con la doctrina, el doctrinario, antes de reconocer que la doctrina ha interpretado mal la realidad, tiende a demostrar

Norberto Bobbio

que ha sido interpretada mal la doctrina, y acaba por buscar la solución en el contraste entre doctrina y realidad, no en una nueva interpretación de la realidad, sino en una nueva interpretación de la doctrina.

No deseo añadir que las operaciones de este género me parecen trabajo en balde para el progreso de nuestro conocimiento. Sin embargo, es de una operación así de la que nacen los diversos marxismos (sobre los cuales hablaré más adelante). La mayor parte de los distintos marxismos han nacido del descubrimiento de un problema no resuelto o resuelto en forma insuficiente por Marx. En vez de actuar como el científico que busca sustituir por una teoría adecuada una inadecuada, el doctrinario sigue la vía inversa, la de sustituir una interpretación naturalmente correcta por una interpretación naturalmente incorrecta de la doctrina. Así ocurre que en el patrimonio de una doctrina no nos encontramos de frente, no a la sucesión de una teoría por otra, sino al choque de una interpretación del texto con otra interpretación, que puede ser interesante también, pero que es a menudo, por el adelanto de nuestro conocimiento de la realidad, inútil y francamente molesta.

Téngase en cuenta, por ejemplo, la discusión sin fin sobre la dictadura del proletariado que ha sido continuada en Francia cuando, en el XXII Congreso de PCF, se decidió abandonar la noción y eliminarla cuando fuera posible de los estatutos del partido. Que el problema haya nacido de la constatación de lo que ha ocurrido en la Unión Soviética, donde la tan proclamada y esperada dictadura del proletariado se ha transformado en la dictadura de un partido (o incluso de la clase dirigente del partido) todos los han comprendido. Ahora, cualquiera que tenga interés en comprender posteriormente por qué esto ha ocurrido y cómo se puede actuar para que no suceda en otros países donde el paso de un estado capitalista a un estado socialista no se ha verificado aún, deberá bien que estudiar la variedad de fases de la revolución; qué luchas internas y externas han conducido a los bolcheviques a tomar el poder; a tomarlo en este modo, etc.... De aquí que a veces la discusión se dirija contra la interpretación de los textos: ¿Qué entendía Marx? ¿Qué entendía Lenin por «doctrina del proletariado»? No tengo dificultad en admitir que Marx y Lenin entendieron por dictadura del proletariado una cosa muy distinta de la dictadura de Stalin o de Bresnev, y acaso también una cosa buena, bella y saludable. Pero hablemos

claro: es un flaco consuelo. No invento un supuesto para demostrar una tesis: por parte de los que defienden la dictadura del proletariado se esperaba que sostuviesen que el Estado soviético no es una dictadura, o bien que es una dictadura provisional, destinada a acabar con el fin del período excepcional del estado de transición. Y, por el contrario, no. El argumento principal, como leo en un libro reciente cuyo autor es un marxista reincidente, es el típico argumento del doctrinario: ir a ver, citando todos los tectos necesarios y algunos más; qué entendió Lenin cuando habló de la dictadura del proletariado; y enseñar que la entendía en manera diferente de aquellos que querían que no se hablase más de ella. Después de esto, el lector tiene igualmente el derecho de decir: bien, pero no me importa tanto lo que ha dicho Lenin, cuanto lo que realmente ocurrió en el país de la revolución de la cual Lenin fue el gran protagonista. ¿Quién me garantiza que no suceda lo mismo en un país en el que un partido declara que el estado de transición será la dictadura del proletariado? ¿Una buena cita de Lenin?

Qué marxismo.

Volviendo al punto de partida, se trata de preguntarse qué sentido tenía, y en primer lugar si tenían un sentido, el dar un juicio sobre el proyecto socialista en base de su mayor o menor (permítanme este término) «marxicidad».

Ante todo necesitarían estar de acuerdo en qué cosa se entiende por marxismo, o bien si allí están y cuáles son los elementos en base a los que se puede decir que un programa es marxista o no; en segundo lugar si estos elementos son o no son hoy aceptables. Esto quiere decir que para que un proyecto pueda correcta y provechosamente ser juzgado marxista, es preciso en primer lugar que el criterio de juicio sea consistente, en segundo lugar que valga la pena emplearlo en el caso en cuestión.

Supongamos que un crítico literario mantenga que cada obra de crítica literaria deba ser juzgada en base a la mayor o menor correspondencia con la teoría estética de Croce. Este hombre deberá ante todo explicar en qué consiste la teoría de Croce, distinguiéndola de otras teorías y de otras interpretaciones de la misma; en segundo lugar,

demostrar que la teoría estética de Croce o la interpretación que él da de ella, es el único criterio válido para juzgar la bondad o no de una crítica literaria. Puede dispensarse de la segunda demostración solamente operando en el interior de un universo en el que la asunción de aquel criterio antes que la de otro sea considerada indiscutible, y de ahí su aplicación obligatoria. Así el caso del juez en un sistema jurídico en el que a él le viene atribuida la función de declarar el derecho, no de creerlo. En este caso el deber del juez es únicamente aquél de encontrar el criterio (vulgo, la disposición legislativa) en base al cual una cierta conducta debe ser juzgada, pero no demostrar también la validez del criterio porque la validez está presupuesta. Me pregunto —y pregunto a aquellos que introducen el criterio de marxismo para juzgar el proyecto— si el juicio en este caso es comparable al del juez o más bien al del crítico literario crociano. A mí me parece que la respuesta no es dudosa: el juicio al que nos estamos enfrentando es asimilable al segundo caso y no al primero. Para asimilarlo al primero necesitarían admitir que no existe socialismo fuera del marxismo (y eso es históricamente falso), o bien, que el marxismo, aunque no sea la única teoría socialista posible, es vinculante para los adheridos a un determinado partido socialista, lo cual puede ser de hecho cierto desde el momento en que no es del todo excluyente que la obligación de ser marxista forme parte de la disciplina de un partido que se reclama del socialismo; pero no es de hecho verdad, al menos sin prueba en contrario (pero esta prueba deberá ser suministrada por aquellos que lo sostengan), para el partido socialista italiano.

Puesto que los problemas son dos, conviene tratarlos separadamente. Comienzo por el primero, es decir por la existencia del criterio: el problema de qué se entiende hoy por marxismo. Tengo la impresión de que la respuesta a esta pregunta se ha vuelto más difícil y de cualquier modo es muy controvertida al menos por dos razones: a) porque hay muchos marxismos; b) porque desde muchas partes viene declarada con particular fuerza, incluso en el ámbito de la izquierda, la crisis del marxismo. No quiero decir que los dos argumentos no sean ajustables. Quiero, no obstante, añadir que sería necesario tomar la acción y discutirla, antes de pasar a otra. No son ajustables pero son, no podemos dejar de reconocerlo, perturbadoras. En efecto, si hay muchos marxismos (y en la línea de los hechos esta constatación es indiscutible) conviene precisar antes de asumir el marxismo como criterio

de juicio, a cuál de ellos nos referimos. Si es verdad que hay en la actualidad una crisis del marxismo (también esta afirmación en la línea de los hechos es cierta), es necesario tomarla de frente y quizás refutarla, pero no bastante, después de haberla demostrado inconsistente. Lo que se puede tranquilamente excluir, y que hoy se puede hacer en apariencia, es llamar al debate al marxismo sin redefinirlo, sin declarar que de qué marxismo se quiere hablar, y pronunciar la acusación de leso marxismo sin ocuparse de las lesiones que ha recibido en cien años de historia y que hoy son más visibles que nunca.

Que hoy existen muchos marxismos, más o menos tantos como marxistas, no lo pone en duda nadie, yo mismo he hablado de eso y no es el caso de volver a ello. El marxismo de la iglesia ha cedido el paso al marxismo de las sectas, o de las escuelas, el cual a su vez se encuentra con el marxismo de las grandes personalidades (como Ernst Bloch) irreductible a cualquier iglesia, secta o escuela. Sobre esto se debe decir aún alguna cosa: no es que existan tantos marxistas, sino que existen doctrinas, sectas o escuelas que llamándose marxistas, sostienen tesis contradictorias, tan encontradas entre sí como para ser irreconciliables. No digo que estas contradicciones no sean explicables: lo son, sólo con pensar en la complejidad de la obra de Marx que se extiende a una duración de cuarenta años, y por miles de miles de páginas, y que inevitablemente presenta a todos los intérpretes, como es notorio, soluciones distintas respecto al «¿Qué hacer?», según los tiempos y las circunstancias. El argumento de autoridad es el más servicial de los argumentos, como bien saben teólogos y juristas que encuentran siempre el texto apto para la tesis explicada con anterioridad. Tan servicial que una discusión fundada sobre la autoridad se aleja desde el texto a la interpretación del mismo, es decir, cuando una sola de las posibles interpretaciones es declarada auténtica y oficial para la custodia de la ortodoxia. Tan servicial que, salvo el caso de la existencia de un intérprete autorizado y reconocido, como en el ámbito de la III Internacional es Lenin intérprete de Marx y después Stalin intérprete de Lenin, las batallas de las citas son las únicas batallas en las que no hay ni vencedores ni vencidos.

Las disputas inútiles.

Me ha sucedido el tener que exhumar recientemente la disputa surgida entre el ala derecha y el ala izquierda del PSI, desde 1917 en adelante, respecto al juicio sobre la mayor o menor correspondencia de la revolución de octubre a la filosofía de la historia de Marx. Si se exceptúa el célebre artículo en el que Gramsci sostiene con una punta de paradoja que la revolución había sido hecha contra «El Capital» y por tanto contra la teoría de Marx, tanto los partidarios como los detractores de la acción de Lenin no trabajaron mucho para encontrar sus valiosos textos, o la aún más valiosa interpretación de los mismos textos para sostener cada uno una tesis que era la opuesta a la otra. Si pensamos en los ríos de tinta que fueron vertidos en aquellos años para dar un sentido al dicho de Marx de que la violencia es la partera de la historia. ¿Una afirmación de este género justificaba o condenaba la toma violenta del poder de los bolcheviques? Que la violencia es la matrona de la historia quería decir que la violencia estaba justificada, pero con una condición, que fuese empleada en el momento justo, esto es, cuando el parto estaba a punto.

Pero el desenlace que miraba Lenin, la transformación de una sociedad capitalista aún poco desarrollada como aquella rusa, en una sociedad socialista ¿era oportuno o prematuro? ¿Pero después, si Marx había dicho que la violencia es la partera de la historia, no había dicho Engels, párrafo también citadísimo de «La guerra de los campesinos en Alemania», que lo peor que puede suceder al jefe de un partido radical, es el llegar obligado a asumir el poder cuando el movimiento no estaba aún maduro? Esto es un ejemplo entre mil, pero se podría continuar. Baste recordar ahora que uno de los textos clásicos del leninismo, «Estado y revolución», es esencialmente un comentario de los textos marxistas y engelianos, y que a fuerza de citas se desarrollaron algunas famosas batallas entre marxistas, como aquella entre Lenin y Kautski. ¿No está claro que estas batallas han sido posibles únicamente porque el número enorme de textos a disposición de los beligerantes y las distintas interpretaciones siempre posibles de cualquiera de ellos les han ofrecido un material inagotable de argumentos en pro y en contra?

Además de esto, disputas así, consideradas a distancia de años, parecen anacrónicas, y enjuiciar aquello que acaeció realmente pese a

los textos, inútil e incluso, respecto a la verdad del marxismo, contraproducente. Una de las razones de la crisis del marxismo, en realidad, hay que buscarla en el hecho de que con aquellas disputas se propusieron establecer un nexo entre la verdad del marxismo y el destino de la revolución. Una vez delimitado el problema en los términos en que los proponía aquél que argumentaba en base al principio de autoridad, o sea, que una revolución debía ser conforme a los dictámenes del marxismo, si el análisis de los hechos inducía a opinar que la revolución no fue una revolución marxista, la conclusión debía ser que la revolución era una revolución equivocada, pero a la larga se acabaría por sostener lo contrario, esto es que la revolución fue una revolución marxista verdaderamente, como habían afirmado sus autores, pero, considerados los efectos, el que se equivocó fue Marx. Justamente esta inversión del juicio está sucediendo en nuestros propios ojos: la crisis del marxismo, francamente, no es sólo objetiva, sino que es también subjetiva, personal, existencial; existe el estado de duda primero, de laceración después, finalmente de rotura y de liberación, en que cae el marxista, el cual frente al stalinismo últimamente desvelado, y a la inmovilidad de las estructuras de la sociedad soviética no obstante la apertura, comienza a preguntarse, primero horrorizado, después desconcertado, pero atraído por el descubrimiento, si la responsabilidad no debe ser buscada más lejos, en la misma conducta de Lenin, y aún más lejos, en la misma teoría de Marx.

He observado en otra ocasión que, si en los principios de la revolución el nexo entre marxismo y revolución había sido utilizado sobre todo para condenar esta última, sesenta años después el mismo nexo viene ahora utilizado sobre todo para condenar a Marx. Me ha hecho un cierto efecto leer, en la entrevista que Roy Medvedev, uno de los más inteligentes y culturalmente sólidos representantes del «disenso», ha concedido a Piero Ostellino, que «en Rusia eran más bien los mencheviques los que seguían estrechamente la fórmula de Marx, y no los bolcheviques».

Ah. ¡Estas benditas fórmulas! Los mencheviques por tanto habrían tenido razón según las fórmulas. Pero según la historia quien ha tenido razón, con o sin Marx, ha sido Lenin.

Si a la distancia de algunas décadas nos aparece en toda su inutilidad la disputa de si la revolución de octubre había respetado las previsiones de Marx, me pregunto qué pensará dentro de cincuenta años

un historiador de la discusión que hoy divide a algunos autorizados miembros del partido socialista, en cuanto a «cuánto» marxismo comprende un proyecto que se propone trazar un cuadro de la situación interna e internacional (situación más confusa que nunca y objetivamente tan poco revolucionaria que también grupos autoproclamándose revolucionarios están contreñidos a practicar el terrorismo, esto es a ejecutar acciones que tienen el único efecto, como reconocen otros grupos no sospechosos de «revisionismo», de acelerar la contrarrevolución) y que se propone sacar algunas orientaciones para una política de reformismo no cambiante o, para usar una fórmula de Antonio Giolitti, de «socialismo posible»; de un proyecto, digo, que por su misma naturaleza debe ser juzgado sobre la base de su capacidad de individualizar los grandes problemas de la sociedad contemporánea y de indicar soluciones consonantes a la inspiración fundamental, originaria e irrenunciable del socialismo democrático, y que en cuanto tal vale sobre todo por aquel tanto de método democrático y de contenido socialista que implica, y también por la combinación de uno y otro que alcanza persuasivamente a sugerir. El historiador futuro juzgará el árbol por sus frutos. Dudo que lo juzque intentando descubrir las raíces. Sin metáforas, dudo que lo condenen, si lo condenan, por haber sido demasiado poco marxista, que absuelvan por haber sido fiel a la doctrina de los Padres.

La crisis del marxismo.

Que el marxismo está en crisis, para pasar al segundo punto, no lo digo yo. Al contrario, confieso cándidamente que viviendo en contacto con los jóvenes universitarios que han demostrado en estos años por el marxismo un interés espasmódico sin precedentes, especialmente después del 1968, no me había dado cuenta. He desaprobado, sí, la marxomanía; no había previsto la aproximación del fantasma de la marxofobia: aludo, como el lector habrá comprendido a los «nuevos filósofos». Claro que cuando hablo de crisis del marxismo no me refiero a los enterradores que alzan un macabro estandarte en que figura un cráneo y dos tibias cruzadas con la inscripción «Marx ha muerto». Está en la memoria de todos el infortunio acaecido al gran Croce cuando en el 1938 escribió el famoso ensayo en el que contó una

historia de cuarenta años titulada «Cómo nació y cómo murió (justamente cómo murió) el marxismo teórico en Italia». Ahora el marxismo ha nacido en Italia y fuera de Italia, al menos tres o cuatro veces. Me refiero por consiguiente a la consciencia que ha ido madurando en el interior del mismo campo marxista, de que la obra de Marx debe ser propuesta a la crítica teórica, histórica, política, como cualquier obra del pensamiento humano, enfrentada con las otras grandes obras que han iluminado el curso de la historia, inserta en el desarrollo del progreso del conocimiento humano.

Añado —pero es una larga disertación que se debiera hacer en otro lugar— que la crisis del marxismo, entendida como toma de consciencia crítica frente a la obra de Marx y, aún más, de la escolástica que derivó de ella, es algo bien distinto de tantas otras crisis del marxismo que han producido en diferentes tiempos híbridas y estériles combinaciones de la filosofía de Marx con otras filosofías, o bien los distintos «revisionismos» (en sentido filosófico). Por qué razones y con qué fines el marxismo ha sido conjugado con las más distintas filosofías, también opuestas entre sí, del positivismo al neo-kantismo, del bergsonismo a la fenomenología, del estructuralismo al psicoanálisis, es un problema que no ha sido aún profundizado como merecía. No sé si ha habido otras filosofías que hayan sufrido semejantes pruebas: tanto más sorprendente tal prueba para una obra de pensamiento como la de Marx, pues no siendo sistemática es perentoria y tiene siempre el aire de decir a quien se le aproxima, con un cierto descaro, «o conmigo o contra mí». Sin embargo, la historia de la fortuna de la filosofía de Marx está marcada por estas extrañas uniones. Así que mientras estas combinaciones revisionistas son operaciones típicamente filosóficas, que han tenido de cuando en cuando el fin o de atenuar la caricia agresiva de la crítica adversa de Marx para mostrar al contrario su respetabilidad, o de acreditarla hacia los filósofos adoctrinados para mostrar la legitimidad en cuanto filosofía, hoy la crisis del marxismo se presenta como renuncia del marxismo dogmático (donde el genitivo indica esta vez no el sujeto sino objeto de la negación) o, como se dice también, como búsqueda del núcleo científico de la obra de Marx, y por tanto de la contribución de Marx a la construcción de la empresa colectiva y progresiva que es la ciencia, o la ciencia de la sociedad que no tolera ningún «ismo», como en su lugar tolera, o más bien implica, la filosofía.

Que hoy la crisis del marxismo se desenvuelve como crítica de una doctrina que ha tenido la pretensión de presentarse como ciencia y por tanto como crítica científica (el marxismo como paso del socialismo utópico al socialismo científico), es algo que no está en duda. Aduzco de eso algún ejemplo. En Italia el caso más interesante es el de Lucio Colletti, el cual ha repetido muchas veces, en ensayos críticos, en artículos, en declaraciones, la imagen que ha tenido el más largo eco sobre el tema. En una de sus últimas intervenciones, la entrevista efectuada y recogida por Mughini para esta revista, ha dicho con palabras que podría hacer más de la primera a la última, que «no se trata de cancelar la obra de Marx, que sigue siendo clásica, sino de tener el valor de recoger el desafío de la historia y de discutir otra vez todo, sin el temor de cometer «sacrilegio». En otro artículo aparecido en «L'Espresso» explica en qué debe consistir «discutir todo»: significa comenzar a poner en duda otra vez el «estado del marxismo» como ciencia, o su lógica, con el objeto de analizar el interior no sólo de su teoría política, que ya fue acusada muchas veces de tener lagunas, incluso de contradictoria y en cierto modo superficial, sino también su teoría económica, construida sobre presupuestos finales, y toda llena de cierta «melancolía filosófica» cuya ciencia le importa un bledo.

Otro caso aún más «llamativo» es el de Althusser, que en el Congreso veneciano de «El Manifiesto» ha anunciado la «crisis del marxismo» después de haber hecho creer por tantos años desde una cátedra a una marea de devotos discípulos que para estar iniciados en la verdadera ciencia era necesario «leer El Capital». Me parece comprender que de ahora en adelante leer El Capital no bastará. Se necesitará leer alguna otra cosa. ¿Qué cosa? Althusser no lo dice, pero afirma que la crisis del marxismo viene de lejos y naturalmente la hace nacer en el estalinismo, con aquella típica operación «reductio ad Stalinum» con la que todos los partidos comunistas continúan descargando desde hace veinte años en el padre muerto y desenterrado su complejo de culpa. Pero deja entender, queriendo ir al fondo de la dificultad que el marxismo no ha resuelto, que el análisis crítico tiene que ir hasta el mismo Marx; y para comenzar observa que en Marx y en Lenin se encuentran dos lagunas «de grandes dimensiones»; es decir, faltan bien una teoría del Estado, bien una teoría de las organizaciones, de las luchas de clase, del partido y del sindicato. Si estas lagunas deben llenarse, como diría un jurista, con el método de la autointegración o con el de

la heterointegración, esto es, quedándose en el sistema, o saliendo de él. Althusser por ahora no lo precisa. Pero queda el hecho de que si las lagunas son de gran alcance, la insuficiencia del marxismo es grave y probablemente para sanarlo no se basta a sí mismo.

Marxismo y Ciencias Sociales.

Menos clamoroso, al menos por ahora, pero aún significativo es el caso de Roy Medvedev que en la entrevista ya citada hace algunas declaraciones que me parecen dignas de la máxima reflexión, no tanto por la novedad cuanto por parte de quien provienen y por su sensatez. Después de haber reconocido que Marx produjo con sus obras un giro radical en las ciencias sociales, no comprende por qué sus descubrimientos deben ser personalizados hasta el punto de constituir un «ismo», como no sucede y no sucedió con otros científicos. Si los que estudian el movimiento de los cuerpos celestes se llaman astrónomos y no galileanos, los estudiosos del mundo animal se llaman biólogos y no darwinistas, no se ve por tanto, por qué los estudiosos de la sociedad deban llamarse marxistas, no obstante los méritos de Marx, y no simplemente economistas o sociólogos. En el último siglo han surgido infinidad de problemas, argumenta él, de los que Marx y Engels no podían tener ninguna sospecha, y no podían quedar irresueltos porque los padres fundadores no los afrontaran. Por otro lado, sea la praxis social, sean los nuevos estudios, han demostrado que no todas las cuestiones estaban correctamente resueltas por Marx y Engels, lo que no debe maravillarnos «porque esto sucede en el desarrollo de todas las ciencias». De aquí las conclusiones que me parecen perfectas: «justamente a fin de facilitar la desenvoltura de las ciencias sociales es mejor hablar hoy no de marxismo-leninismo sino de socialismo científico».

He citado a un disidente. Umberto Cerroni no es un disidente. Es un marxista no dogmático. Pero las conclusiones que añade no son muy distintas. En un ensayo titulado «Problemas de las transiciones al socialismo», dedicado por consiguiente a un tema crucial, critica la manía de la citación de Marx, y después afirma que el marxismo debe reconstruirse como «ciencia social en progreso» que se debe medir «con todas las propuestas teóricas serias e integrarse con todas las adquisi-

ciones analíticas fundamentales». Cómo se distinguen las propuestas serias de las no serias, las adquisiciones analíticas fundadas de las infundadas; aquí radica la dificultad. La respuesta a esta pregunta es ni más ni menos que el problema de la ciencia. Por esto el jugo del discurso de Cerroni es bastante claro: si la obra de Marx ha de ser considerada una obra científica, debe ser sometida, como todas las obras que entran en la empresa colectiva de la Ciencia social, a continua revisión. Cerroni no se para aquí. Inmediatamente afirma, que si se trata de agregar las «nuevas adquisiciones» alrededor de un principio teórico «consistente e irrenunciable», éste no puede ser otro que «la explicación científico-analítica, enseñada por Marx, de la sociedad moderna considerada como un sistema histórico-material, dirigido por su propia regularidad, sobre cuyas explicaciones vuelve continuamente a experimentar sus hipótesis y si es necesario, a corregirlas».

Pregunto: ¿Quién no está dispuesto a aceptar la hipótesis de que la sociedad moderna (¿y por qué no también la sociedad antigua?) sea un sistema histórico-materialista sostenido por su propia regularidad? Quien no cree que una formación social tenga su propia regularidad no pierde tiempo en ser científico social. Se confía a la fuerza de la casualidad, o a los designios misteriosos de una inescrutable providencia. En otras palabras, si para decirse marxista basta con tan poco, ¿quién no está dispuesto a llamarse marxista?

La cuestión del Estado.

He dicho que los puntos a discutir son dos: si existe y cuál será el criterio en base al cual el proyecto socialista puede ser juzgado marxista o no; y si ese criterio, supuesto que exista, es un criterio válido para este fin. El debate sobre la crisis del marxismo, en el mismo momento en que se pone en duda la existencia del criterio sirve también para introducir la discusión sobre el segundo punto. En efecto si el marxismo está en crisis, si la crisis del marxismo consiste, como habíamos visto en los ejemplos citados (pero se podrían citar muchos otros) en la inadecuación de su estatuto científico (Colletti) en las lagunas de gran alcance (Althusser), en la supervivencia de los problemas que Marx y Engels no habían podido prever (Medvedev) quiere decir también que se ha vuelto un criterio insuficiente o inadecuado para

enjuiciar la perspectiva de un partido socialista en el año de gracia de 1978.

Entre las lagunas Althusser ha mencionado, como se ha dicho, la falta de una teoría del Estado. No es una novedad. Eso no excluye que la afirmación, proviniendo de un estudioso preparadísimo y escuchadísimo del marxismo, asuma en el debate actual un enorme relieve. Sólo después del debate desarrollado en Italia hace dos años sobre el mismo argumento, se me ha ocurrido leer por primera vez el famoso manual en el que Bucharin se había propuesto trazar la línea fundamental de una teoría del materialismo histórico. Cuál no sería mi sorpresa al constatar que en esta summa filosófica del marxismo, escrita en los años en los que el partido bolchevique estaba construyendo un nuevo Estado, al problema de las instituciones políticas le son dedicadas pocas e insignificantes páginas, donde se lee, repetida de diversas formas, la tesis de que el Estado es el instrumento de dominio de una clase y que «la estructura económica de una sociedad determina también su estructura político estatal». Ni una mención sobre cuál sean los órganos del poder estatal, sobre cuáles son las instituciones por las que los ciudadanos ejercitan un control sobre este poder; ni siquiera la más ligera cita a los temas clásicos de las formas de gobierno, de la democracia y de la dictadura, de la representación y del poder. Una vez más me ha parecido claro cuáles han sido lo funestos efectos de las teorías marxistas y engelianas, según los cuales el Estado es el conjunto de los aparatos represivos y por ello es tanto más Estado cuanto más represivo. Pensé por contraste en un texto como «Federalist» que acompañó el nacimiento de la Constitución americana, y en la cuantía de ideas sobre la república y sobre la democracia, sobre el estado unitario, sobre la Confederación y sobre el Estado federal, sobre la separación y el equilibrio de los poderes, que los tres autores habían sembrado en él, a manos llenas. Bien sé que la teoría del Estado como instrumento represivo al servicio de una clase ha sido criticada y rechazada por parte de muchos marxistas. Pero este cambio de ruta, que por otro lado se produjo a través de una reinterpretación de textos marxistas, es decir, no abandonando una vez más la teoría, sino dando de ella una nueva interpretación, no ha hecho otra cosa que aumentar la confusión. Hoy se encuentran marxistas dispuestos a jurar sobre la autonomía relativa del político; pero se trata de una tesis para sostener la cual no hace falta acudir a Marx.

Hay otros que, para rechazar la insinuación de que la Unión Soviética no es un país socialista, llegan a sostener que es un país socialista en la base pero con una superestructura iliberal, es decir, llegan a aceptar la tesis tan poco marxista de que base económica y superestructura política vayan cada una por su cuenta.

Pero no es de este problema que, me doy cuenta muy bien, pide una disertación mucho más amplia y articulada, del que quiero hablar. Me limito a añadir una observación más específica, que me parece hasta el momento descuidada, sobre la insuficiencia de la teoría marxista del Estado. La definición del Estado como instrumento de dominio de clase lo determina en sus relaciones con los individuos o grupos, o clases, que están en su interior; no lo determina en absoluto en sus relaciones con los demás Estados. Sin embargo, es en esas relaciones donde se manifiesta de manera eminente la naturaleza del poder político; es decir, del poder que para hacerse valorar recurre en última instancia a la fuerza. En sus relaciones con los otros Estados, un Estado no es absoluto, o no lo es necesariamente, un instrumento de dominio de clase, o por lo menos no lo es en el mismo sentido en que lo es en su interior. No es el instrumento de dominio de una clase dominante sobre la propia clase dominada, sino que es, cuando lo es, un instrumento de dominio de una clase dominante respecto a otras clases dominantes. Desde este punto de vista es mucho más explicativa la vieja teoría, nunca desmentida históricamente, de los Estados-potencia, que no aquella marxista; y, en cuanto relacionada a ella, la teoría de élites al poder, que no aquella clasicista. Con la teoría del Estado como dominio de clases no se puede comprender la naturaleza del Estado capitalista (mucho menos, para decir verdad, la del Estado soviético, a menos que se invente una «nueva clase» que no tiene nada que ver con las clases en sentido marxista), no se puede explicar las relaciones de dominio, de conflicto, de guerra potencial o actual entre Estados, que sólo en raras ocasiones pueden ser interpretadas como manifestaciones de lucha entre la clase dominante y la dominada, y son, al contrario, eminentemente relaciones de poder no controlado por ninguna ley superior entre clases dominantes cada una en el interior del propio Estado.

El gran teatro donde se juegan los destinos del mundo es la comunidad internacional (comunidad entendida como «lucus a non lucendo»): los actores de este teatro son las élites del poder en sus respec-

tivos estados. Tomemos el ejemplo no hipotético, de que una clase dominada, o, para ser más precisos, los representantes históricos de clase, toman el poder. Una vez conquistado el poder, la clase un tiempo dominada, también en la hipótesis (esta, sí, hipotética de que empiece el proceso de eliminación de las clases en el interior del Estado en que ha tomado el poder, se vuelve (y no puede no volverse), una clase dominante respecto a las clases dominantes de los otros Estados. Aun en el caso en que la potencia de los dos Estados sea muy desigual, la relación entre la clase dominante de uno y la clase dominante del otro, aún si es en el caso específico una relación de superior a inferior, no puede ser comparada a la relación entre clases antagonistas en sentido marxista, que es una relación basada sobre el distinto lugar que la una y la otra ocupan en el proceso de producción. Pero existen muchos casos en que hay Estados de igual potencia, sea esta potencia la máxima hoy existente en el mundo, sea la mínima: una clase dominante de un Estado de potencia aún pequeña, si está forzada a bajar la cabeza frente a la clase dominante de un Estado más fuerte, no tardará en encontrar la ocasión de demostrar toda la potencia de que dispone en cuanto Estado soberano respecto a otro Estado más débil. Sólo quien ha continuado repitiendo que el Estado es el instrumento de dominio de clase ha debido sentirse desorientado frente al conflicto ruso-chino, y no puede darse una explicación plausible de la guerra entre Vietnam y Camboya, o entre Somalia y Etiopía. ¿Pero, entonces, el primer paso para lograr una explicación no será el abandono de uno de los cánones sagrados del marxismo —según el cual el buen marxista se distingue del pérfido ideólogo—, aquel principio según el cual la lucha de clases es el motor de la historia?

El hombre y la naturaleza.

Además de amplias lagunas existen también como hemos visto, cosas que Marx no había podido prever. No voy a hacer ahora aquí el elenco, porque son muchas. No es culpa de Marx si, no obstante la potencia de su imaginación científica que hasta el más visceral de los anti-marxistas no le puede negar, la aceleración de la historia ha sido tan vertiginosa en estos últimos cien años que hace aparecer sus previsiones o demasiado tímidas respecto a las dimensiones del progreso

técnico (¿estamos olvidando que pies humanos han dejado sus huellas sobre la arena de la luna?), o demasiado poco catastróficas respecto a las discusiones de los posibles efectos destructivos del mismo progreso (¿nos damos cuenta que por primera vez, que podría ser también la última, el hombre se ha apoderado de instrumentos de destrucción capaces de aniquilar cada forma de vida sobre la tierra con la misma rapidez con que se aplasta un hormiguero?). De esas novedades imprevistas al menos una tiene que estar continuamente presente, porque pone en cuestión cada proyecto de sociedad futura que no la tenga en cuenta: la limitación de los recursos. De las pocas cosas que tenemos seguridad, una es esta: la raza humana vive en un universo acabado. En un universo acabado el desarrollo de la vida del hombre está garantizado únicamente por un estado continuo de equilibrio entre aumento de población y aumento de los recursos. Sin embargo, hasta ahora esto, que es el problema de los problemas, no había estado planteado con la misma fuerza con la que nosotros estamos forzados a plantearlo si queremos sobrevivir (a menos que la astucia de la razón nos haya hecho inventar armas potentemente destructivas para restablecer con medios drásticos el equilibrio). Una tesis de Marx que no merecería ser mencionada si no hubiese sido replanteada en estos años en ciertos círculos radicales que, desilusionados por el socialismo científico, están revalorizando el marxismo utópico, es la tesis según la cual en la sociedad comunista debería valer el principio «a cada uno según sus necesidades» que es lo que más contrasta con la necesaria previsión de la insuficiencia de los recursos respecto al aumento indiscriminado de la población. Que pueda ser dado a cada uno según sus necesidades es una máxima que da que pensar no sólo a una sociedad de fácil abundancia, sino incluso al mundo de las fábulas donde cada uno estuviese en posesión del mantel mágico al que bastase con decir «mesita adérezate» para encontrarse frente a una mesa repleta. Es una máxima, además de vaga, anacrónica, no menos que la tesis de extinción del Estado, adaptada a los tiempos dominados por la idea del progreso indefinido. Después de dos milenios, el mito prometeico del hombre señor de la naturaleza está en crisis: la naturaleza enseñoreada se rebela, como el esclavo de otros tiempos (de todos los tiempos). El gran tema de Marx ha sido el de la explotación del hombre por el hombre. Pero hoy nadie puede evitar plantearse también el problema de la explotación, por unos hombres compleja-

mente considerados, de la naturaleza. Hasta ahora se ha considerado ilícito, al menos moralmente, tratar al hombre como objeto, pero ahora también la naturaleza, parece pretender no ser considerada más como un objeto. Hasta ahora ha sido considerada innoble la relación de explotación cuando existe entre hombre y hombre, pero ha sido exaltada como prueba de superioridad del hombre sobre todos los otros seres cuando existe entre el hombre y la naturaleza: quien es más capaz de utilizar la naturaleza para su propio fin, ha ocupado hasta ahora el primer lugar en la competición para la conquista de la riqueza y la potencia. Marx había planteado con energía el problema de la alienación del hombre respecto a otro hombre; pero en la alienación, el ser otro de sí, para usar el concepto hegeliano, ha sido siempre considerado el carácter propio de la naturaleza, hasta el punto que sólo la alienación permanente y total de la naturaleza, o sea, su completa sumisión al dominio del hombre hubiera consentido al hombre de apoderarse completamente de sí mismo, de realizar el «*regnum hominis*».

¿Pero cómo es posible ignorar el problema de la sumisión incondicional de la naturaleza al poder del hombre? ¿Es posible aún ignorar que una ética humanística, cuya máxima fundamental podría ser formulada en esta forma «Trata a cada hombre como persona, o sea, como fin en sí mismo, y la naturaleza como cosa, o sea, como medio», llevada a las extremas consecuencias puede producir el efecto de una revancha de la naturaleza sobre el hombre? Pero estas son preguntas a las que se puede dar una respuesta solamente tomando consciencia de la transformación radical —y hasta hace pocas decenas imprevisible e imprevista— ocurrida en las relaciones entre el hombre y la naturaleza, y no consultando textos famosos. El proyecto socialista ha dedicado un párrafo al problema, el titulado «La rotura del equilibrio ecológico» ¿No hubiera debido hacerlo porque el problema no había formado parte jamás hasta ahora en el horizonte del marxismo?

El proyecto socialista.

Me paro aquí, al menos por ahora. He buscado desarrollar dos puntos: si existe algún acuerdo sobre la definición de marxismo, tal que consienta jugar si el proyecto es marxista o no; si, supuesto que exista, lo que hoy se puede aún llamar marxismo (y lo que se le puede

deducir en toda la extensión posible y con todas las actualizaciones comparables con los principios) sea tal para permitir dar unas respuestas exhaustivas a los problemas de hoy. Vuelvo al proyecto: con mis observaciones he querido demostrar que el proyecto de un partido socialista tiene el derecho de no ser ni marxista ni antimarxista, sino que ante todo (pidiendo excusas al Sr. De la Palisse) tiene el deber de ser socialista, es decir de dar al movimiento obrero y a todos los que, no obstante las ambiciones en que hemos caído, retengan que no ha llegado el momento de renunciar a luchar por una sociedad aún más libre y más justa, indicaciones para el futuro sin negar las transformaciones —que yo no dudo en llamar revolucionarias— acaecidas también allí donde no han tenido lugar revoluciones en el sentido propio de la palabra, en un siglo de desarrollo del proceso democrático del cual los partidos socialistas han sido en Europa, aunque con fortuna alterna, los protagonistas. Y después ¿no es quizás el PSI un partido laico, que debería hacer de su laicismo uno de los caracteres distintivos respecto al partido comunista? ¿Y qué significa ser laico sino ante todo estar dispuestos a la renuncia, que puede también ser dolorosa, de jurar «in verba magistri»? Me inclino ante la fe que mueve montañas pero no puedo olvidar que muchas veces en la historia las montañas desenfrenadas han sepultado pueblos enteros bajo sus ruinas.

En una concepción laica de la historia se inserta perfectamente el tema del socialismo posible; sobre el que me voy a hacer una última consideración. Socialismo posible quiere decir dos cosas, según el esquema clásico para el cual la posibilidad es siempre, como posibilidad positiva, lo opuesto de la imposibilidad y, como posibilidad negativa, lo opuesto de la necesidad: a) que el socialismo no es imposible, y en este sentido hablar de socialismo posible significa que la propuesta de una sociedad socialista no es una utopía; b) que no es necesario; y en este sentido, hablar de socialismo posible significa afirmar que la venida de una sociedad socialista no es inevitable. Socialismo posible significa en otras palabras, que el socialismo puede llegar a ser real por la obra consciente e inteligente de los hombres, pero puede también no llegar a serlo, y su futuro no está garantizado por la fuerza irresistible de las cosas. Para concluir me parece que el proyecto se mueve en esta dirección y es interpretable en ambos sentidos: en el sentido de que tiene los pies suficientemente en tierra para no ser cambiado por uno de tantos viajes a las islas felices en las que los

utópicos solían colocar su sociedad ideal, de los que está llena la historia del pensamiento socialista (y a las que no se sustrae siquiera el pensamiento realista de Marx con su tesis de la extinción del estado y del reino de la libertad que deberá seguir al reino de la necesidad), ni por una de tantas profecías sobre el fin inminente y necesario del capitalismo que, aún pronunciándose mil veces en el curso de este último siglo, jamás se han verificado (y no han ocurrido justamente en los países capitalistas). «En el dilema propuesto nuevamente entre socialismo y barbarie, ésta última puede siempre prevalecer» leo en el proyecto al inicio del capítulo segundo. De ahí la afirmación de que «la posibilidad de dar una salida socialista a la crisis de nuestro tiempo confía no en el automatismo de los procesos de transformación en curso, sino en la capacidad del movimiento obrero de guiar estos procesos, sobre la base de un análisis actualizado de la realidad y de una verificación constante de los caracteres propios del socialismo, a la luz de una experiencia más que centenaria». Actualización y verificación son dos caracteres esenciales de cada procedimiento científico. Si se quiere aún hoy hablar de socialismo científico, se debe hablar no respecto a las conclusiones, sino al método.

ACTUALIDAD POLITICA

Socialismo y Cultura

IGNACIO SOTELO

Difícilmente pueden encontrarse vocablos con mayor número de significaciones, y que a la vez despierten emociones más contrarias, que socialismo y cultura. Si, sin más preámbulos, pusiéramos en relación conceptos tan poco claros, y hablásemos del «aporte socialista a la cultura», e incluso de una «cultura socialista», la confusión podría alcanzar cotas considerables. En rigor, no nos queda otro camino que comenzar por definir lo que entendemos por socialismo y por cultura, como supuesto previo para cualquier reflexión sobre el modo en que se relacionan.

Al preguntarnos por lo que entendemos por socialismo, no podemos —como sería aconsejable de contar con el tiempo necesario— empezar por una introducción histórica, que presentase en su contexto propio, los significados más importantes que ha tenido este vocablo, desde que aparece en Francia hacia 1830, ni queremos reducirnos a algunas especulaciones abstractas sobre lo que debiera significar este concepto, contraponiendo opiniones y barajando de seguro los tópicos más extendidos. Si no cabe un planteamiento histórico, y renunciamos a uno especulativo, no nos queda otra opción, que concretar nuestra pregunta a una situación determinada y preguntarnos, no lo que ha significado el socialismo en las distintas épocas y países, ni lo que debería significar en general, sino, simplemente, lo que significa hoy para los socialistas españoles.

Lo que los socialistas españoles entendemos *hoy* por socialismo, depende en gran medida de lo que entendieron generaciones anteriores de dentro y de fuera de nuestras fronteras. Limitándonos al presente, no nos libramos de la necesidad de un planteamiento histórico. Tan fácilmente no cabe saltarse la Historia. Ahora bien, centrarse en el presente tiene por lo menos la ventaja de comenzar por la realidad que más directamente nos afecta: el pasado nos importa únicamente conservarlo iluminado desde el presente. Vale la pena que mantengamos nuestra pregunta: ¿Qué entendemos hoy los socialistas españoles por socialismo?

Evidentemente existe un consenso básico —que, en último término, es lo que da sentido y unidad al Partido— tanto en los fines —acabar con la explotación del hombre, realizando las condiciones objetivas para el libre desenvolvimiento de cada individuo— como en los medios: llevar a cabo este proceso de emancipación por la vía democrática, es decir, aceptando la voluntad mayoritaria, en un marco político en el que se respeten las libertades y derechos fundamentales de los ciudadanos. Para los socialistas, lo esencial, en todo caso, es la relación intrínseca entre fines y medios, de modo que no cabe concebir la libertad real que se pretende, sin la profundización de la democracia. Como enunció Rosa Luxemburg hace más de setenta años: no hay socialismo sin democracia, pero tampoco democracia sin socialismo. Por lo general, los que ponen demasiado énfasis en la primera parte, suelen olvidar la segunda.

Importa formular explícitamente dos corolarios contenidos en esta definición. 1. El socialismo se concibe como un orden social, cualitativamente distinto del que hoy existe, que llamamos capitalista. La propiedad privada de los bienes de producción, las relaciones salariales, la división vertical del trabajo y la producción de mercancías, son elementos constitutivos de la sociedad capitalista, que denunciamos como opresivos, y por tanto incompatibles con la libertad real a la que aspira el socialismo. 2. No cabe una transformación repentina ni violenta del orden capitalista establecido, y ello porque no basta la eliminación de la propiedad privada de los bienes de producción para realizar el socialismo. Ciertamente resultan incompatibles propiedad privada y socialismo, pero también lo son propiedad estatal y socialismo. La socialización de la economía se presenta como un proceso,

mucho más complejo y largo, de lo que imaginaran los clásicos del XIX.

A menudo, estos dos corolarios se han entremezclado de tal forma, que el uno ha terminado por obnubilar al otro. El hecho de que el camino hacia el socialismo se haya presentado mucho más largo y difícil de lo que se pensó en un principio —por un lado, el capitalismo, lejos de estar a punto de saltar, destruido por sus contradicciones internas, ha dado prueba de una dinámica y de una capacidad creadora, verdaderamente impresionante; por otro, la eliminación de la propiedad privada de los bienes de producción, se ha revelado como un factor insuficiente para caminar seguro hacia el socialismo— ha llevado consigo, bien eliminar la meta socialista del horizonte histórico, bien identificar el socialismo con el colectivismo burocrático, que inesperadamente resultó de la estatalización de la economía.

A la eliminación de una alternativa socialista, cualitativamente distinta del orden social establecido, llamamos específicamente «socialdemocracia», así como que hay que llamar «colectivismo burocrático» a la identificación de la propiedad estatal con el socialismo. Los socialdemócratas, por su insistencia unilateral en el segundo corolario —no cabe una transformación repentina ni violenta del orden establecido— acaban por negar la posibilidad misma de un orden distinto del existente. Las relaciones capitalistas de producción se convierten así en el único modelo apropiado para una economía «moderna» y «eficaz», sobre la que podría funcionar una «democracia». En vez de afirmar que no hay democracia sin socialismo, el socialdemócrata, confundiendo con el liberal, insiste en que sólo resulta posible la democracia, allí donde impera la libre empresa: prueba, el régimen despótico que ha surgido en los países que han eliminado la propiedad privada de los bienes de producción.

Lo que caracteriza a nuestra comprensión actual del socialismo, es un distanciamiento crítico, tanto de la socialdemocracia, que en último término, elimina de su horizonte la «meta final» de una sociedad distinta, como la tesis revolucionaria, que se aferra a la idea de cambiar de repente y por la violencia el orden establecido. Creo que hay que enterrar con honradez la noción revolucionaria de la conquista del poder por la clase obrera, —uno de nuestros más viejos y queridos mitos— sin por ello, aceptar la sociedad capitalista, como la única

posible, a la que habría tan sólo que practicar algunos remiendos, aprendiendo a controlar las crisis, y propiciando un mejor reparto de la renta nacional.

Fundamental, me parece en todo caso, reconocer la complementariedad y mutua dependencia del reformismo socialdemócrata con el revolucionarismo verbal y dogmático. Mientras la única alternativa a la socialdemocracia sea la revolución, la socialdemocracia se desarrollará tranquilamente. Mientras se creyó que la política socialista consistía exclusivamente en preparar a la clase trabajadora para el gran día en que conquistaría el poder político, cuyo primer acto revolucionario consistiría en la nacionalización de todos los bienes de producción, los partidos socialistas, a la espera de la hora H, entretenían sus socios revolucionarios con una política en extremo pragmática, a ojo de buen cubero, interesados exclusivamente en mantener la base electoral, sin poder concebir alternativa socialista alguna. Mientras dominasen relaciones capitalistas de producción, y el aparato estatal fuese controlado por la burguesía, se consideraba imposible cualquier política socialista. Los partidos socialistas a la espera de esta incierta hora H, no podían realizar otra política que la que encajase en el sistema. En caso contrario, tendríamos el contragolpe de derechas, ya que las «condiciones objetivas» nunca están lo suficientemente maduras para el asalto final. Si se acepta que, en un régimen capitalista y demoburgués, no cabe una política socialista, y se comprueba que la hora revolucionaria se evapora en un futuro incierto, no cabe en la práctica, más que aceptar a regañadientes, el orden social dado, por lo menos para este período histórico. Si además, lo comparamos con la sociedad «revolucionaria», surgida de la nacionalización de los bienes de producción, el «colectivismo burocrático» que ha realizado el modelo soviético que pretende ser la única alternativa real al capitalismo avanzado, entonces sí que la socialdemocracia se confirma como la única salida posible.

Como el peligro más serio que amenaza al socialismo español, es su conversión socialdemócrata, conviene insistir en la significación propia de este concepto, así como en su dependencia ideológica de una concepción desfasada del socialismo. Sé que en determinados medios existe una auténtica aversión a diferenciar «socialismo democrático» y «socialdemocracia», proclamando que, o bien estos dos conceptos son idénticos, o bien que las diferencias teóricas que pudieran construirse,

no tendrían significación política práctica. Por mi parte creo que las diferencias entre estos dos conceptos son fundamentales, por lo pronto sólo el socialismo descubre en el horizonte un modelo de sociedad, cualitativamente distinto del actual, perspectiva que es significativa, desde luego, si incide sobre la política diaria del partido. Hay, en el fondo, dos tipos de socialdemocratismo: uno abierto y descarado, que niega simplemente la posibilidad de un orden social distinto del existente, reduciendo el fin del socialismo democrático a conseguir más justicia y libertad, en el interior del mismo sistema; otro, práctico, que manteniendo en teoría los fines que propugna nuestro programa máximo, no es capaz de concebir y de aplicar una política, aquí y ahora, que de algún modo integre la perspectiva por la que se lucha. En una lejanía imprecisa, se sigue manteniendo la meta socialista, pero no está asumida en la política cotidiana: se dice que en la etapa actual, una política socialista no tendría sentido, dando por supuesto, que por la propia dinámica del desarrollo objetivo de la historia, llegará un día en que, efectivamente, se pueda hacer una política socialista.

Y cuando se pregunta, en qué pueda consistir esta política socialista, que hoy parece imposible y que mañana habrá madurado por sí misma, nos encontramos a menudo, que no se piensa más que en la nacionalización de la economía, entiéndase su estatalización. Cuando nos preguntamos por una política socialista, no estamos abogando, evidentemente, por el control estatal de la economía. En un pasado se pudo creer, que la ampliación del sector estatal, hasta llegar al absoluto monopolio del Estado sobre la economía, era el camino que llevaba al socialismo. La experiencia soviética, con la aparición de una nueva formación social, que no siendo capitalista, está a millones luz del socialismo, ha puesto de manifiesto, cómo cabe la industrialización de un país, con un sistema social distinto del capitalismo, sin que por ello, se aproxime al socialismo.

Estas consideraciones sobre lo que significa el socialismo para los socialistas españoles, nos han llevado a comprobar, algo que de ningún modo puede sorprender: desde el momento en que no nos conformamos con unos cuantos tópicos generales, las cosas son todo, menos clara. Lo que caracteriza a nuestra situación, es que el socialismo que pretendemos, no lo descubrimos realizado, ni en vías de realización, en ninguna parte del mundo. Yo no sé, si esta es su fuerza o su debilidad.

En todo caso, ya no cabe creer que el modelo soviético, o la práctica socialdemócrata del norte de Europa, llevan sin más al socialismo. Nos encontramos en una situación pareja a la de antes de la primera Guerra Mundial —el socialismo aparece como una perspectiva histórica, sin que haya entrado en vías de realización— pero a diferencia de aquella época, nuestra generación arrastra una experiencia, que invalida la mayor parte de los supuestos que entonces pasaban por científicos. Nunca como ahora, los socialistas estuvieron tan indecisos de lo que pueda ser una política socialista, adecuada a los condicionamientos del momento. Justamente esta ignorancia, es el arma más fuerte que blande a su favor la socialdemocracia. En la práctica, terminamos todos más o menos socialdemócratas, porque no sabemos con rigor, qué puede significar socialismo en nuestros días. Pero se trata de no aceptar resignadamente, sino de salir de esta situación, para ello hay que empezar por reconocerla reflexionando sobre sus causas, así como las formas de superarlas. Si llegamos a convencernos de que el socialismo es imposible, o no está al alcance de la mano en muchas generaciones, digámoslo claramente, pero de ningún modo vendamos un viejo liberalismo remozado, como si se tratase del socialismo que anhelan los pueblos.

La crítica del orden social establecido resulta eficaz únicamente si incluye una perspectiva del nuevo, así como el modo de llegar a él. A este respecto, está casi todo por hacer. El capitalismo avanzado de hoy, muy poco tiene que ver con el capitalismo inicial que describió Marx. Es trivial el señalarlo, pero no basta con dejar constancia de las diferencias; de lo que se trata es de integrarlas en una perspectiva socialista. La sociedad contemporánea altamente desarrollada, nos ofrece nuevas posibilidades para avanzar hacia el socialismo, pero también nuevos peligros y desvíos notables. Nuevas oportunidades, sin duda, en las distintas formas de organización social al margen del Estado y demás instituciones paraestatales. El conocimiento fundamental que nos ha proporcionado la terrible experiencia histórica de este siglo XX, es que los cambios sustanciales que nuestra sociedad precisa, no pueden ser impuestos desde el poder. Los procesos sociales que cuentan, tienen su propia dinámica al margen del Estado. El Estado no antecede a la sociedad, sino que va a su zaga.

Hay que reconocer, que en el pasado los socialistas pecamos de estatistas. Hubo un tiempo en el que la estatificación de la economía y

de la sociedad, se presentó como panacea universal. La historia vivida nos obliga a corregir un estatismo, tan simplista como resbaladizo. El socialista no es estatista, sino que como su nombre indica, socialista, es decir, su ámbito es la sociedad y su fin la libertad. El Estado, en cuanto instrumento de la clase dominante, impide el libre desenvolvimiento de la sociedad. Los socialistas no vamos a caer en el error contrario, diluyéndonos en un anarquismo, todo lo atractivo que requiera, pero que olvida condicionamientos objetivos, y sobre todo, el posible papel liberador que en determinadas condiciones también puede desempeñar el Estado. Pero de lo que ya no podemos dudar, es de que cuando más socialismo, es decir más instituciones y colectivos autónomos regidos democráticamente, menos Estado se precisa. La tesis de la desaparición progresiva del Estado, según avanza el socialismo, ha ganado posibilidad, después de las experiencias tenidas con el estatismo burocrático.

Así como el camino hacia el socialismo, pasa por la potentación y desarrollo democrático de la sociedad, el peligro más grave que nos amenaza es la congelación burocrática, el poder burocrático, en partidos y organizaciones. La sociedad libre y justa que atribuimos al socialismo, es una sociedad democrática, es decir, como lo expresaron los clásicos, una «asociación de hombres libres», la antítesis cabal de las formas burocráticas.

Todo esto quiere decir que los socialistas, a diferencia de los demás partidos burgueses, no pueden agotar su actividad en el plano estatal. Su labor sindical y de organización democrática de colectivos de acción social, económica y cultural, es la base mínima imprescindible para llevar a cabo transformaciones desde el poder. Los socialistas en el Gobierno pueden ir tan lejos como lo permita la sociedad sobre la que actúan. No perdamos de vista un hecho fundamental: no es la política ni son los políticos los que abren nuevos caminos; éstos sólo pueden institucionalizar legalmente, lo que la sociedad ha madurado como reivindicación inexcusable. Desde el Estado se cierran procesos, que se iniciaron en la sociedad. Es en la sociedad, en sus formas de producción, como en sus formas de pensar y de comportarse, donde tienen que operarse los cambios, que permitan plantear políticamente la cuestión del socialismo. La dimensión política no es la prioritaria en la marcha hacia el socialismo. Soy consciente de la ruptura que esta frase implica frente a una prestigiosa tradición. Pero desde el momento

que se ha superado el viejo estatismo, que conduce al burocratismo de una nueva y amenazadora formación social, no cabe otra opción. Permitidme que para volver a nuestro tema, no intercale un largo paréntesis sobre el significado de esta nueva formación social del colectivismo burocrático, experiencia histórica fundamental que nos obliga a repensar todo el pensamiento socialista heredado.

Sin apenas haberlo advertido, hemos engarzado ya con el segundo concepto, que hilvana nuestras reflexiones: el de cultura. Acabamos de decir, que la dimensión política no es la prioritaria en la marcha hacia el socialismo; que el socialista no es estatista, sino cabalmente socialista, es decir, que en la sociedad encuentra el ámbito de su actuación. No es el momento para entrar en disquisiciones sobre los posibles contenidos de conceptos tan generales y de tan amplia polisemia como sociedad y cultura. Basta recordar que en la concepción que priva en el mundo anglosajón, por cultura se entiende el conjunto de valores, símbolos, representaciones mentales, pautas de comportamiento, así como instituciones económicas, sociales y políticas que configuran a una sociedad. Desde este sentido global de «cultura», se sostiene aquí que la política es parte de la cultura de un pueblo, como lo son sus instituciones económicas, sus pautas de comportamiento, representaciones mentales o creencias religiosas.

Pero además de este concepto global de cultura proveniente de la antropología, en el lenguaje cotidiano hablamos de cultura referida a esos saberes inespecíficos, que posee una persona que llamamos culta. Hablamos de alguien como una persona de mucha o poca cultura. Con ello, por lo común, estamos aludiendo a la cantidad y variación de sus lecturas —cultura libresca, humanística— pero también estamos significando conocimientos y experiencias, que se reputan positivos para el desenvolvimiento de la personalidad. Si en el primer sentido, todo ser humano pertenece a una cultura, y no cabe ser humano sin cultura, en esta segunda acepción, distinguimos muy bien entre gentes cultas e incultas, valorando positivamente el tener cultura.

Necesitamos aún una tercera acepción, cultura como producto cultural, es decir, la obra filosófica, literaria o artística, que consume el hombre culto, y cultura, equivalente a mundo cultural, referido a los creadores de cultura, escritores, ideólogos y artistas que crean los productos culturales y protagonizan la vida cultural de un país. En cuarto

lugar tendríamos que referirnos a los «aparatos culturales», es decir, a las instituciones estatales o paraestatales que se ocupan de la reproducción del sistema ideológico-cultural y por último, los medios de comunicación social, incluyendo a los mecanismos, institucionalizados o no, de control ideológico y cultural.

La problemática que implica la relación socialismo y cultura, exige el manejar por lo menos estas cuatro acepciones. Sin el concepto antropológico de cultura, no podemos definir algunos conceptos claves, como el de «cultura burguesa» o «cultura socialista». Pero tampoco podemos hacernos cargo de aspectos sustanciales de esta relación socialismo-cultura, sin el concepto más tradicional de cultura, como creación espiritual, que no cabe identificar sin más, con los saberes y técnicas instituciones y formas de vida, que precisa una sociedad para reproducirse. Cultura, como creación excedente, en cierto modo superflua y afuncional al sistema, pero imprescindible para el desarrollo cabal de la personalidad de cada uno, que justamente, por lo que tiene de creación espontánea e imprevisible, se ve sometida a los mecanismos de control de la sociedad y del Estado.

Empecemos por los dos conceptos clave de cultura burguesa y cultura socialista. Llamamos cultura burguesa, a las formas de pensar, sentir y comportarse que surgen en Europa con el desarrollo del capitalismo y el ascenso de la burguesía a clase dirigente. Durante los siglos XVII y XVIII las ideas dominantes, las creaciones culturales que importan, son las de la burguesía. Desde mediados del siglo XIX, junto al ulterior desarrollo de la cultura burguesa, es decir, de aquella que encaja, legitima o profundiza las relaciones sociales establecidas, surgen nuevas ideas, nuevas creaciones culturales, que critican conscientemente las relaciones de poder dadas, o que resultan incompatibles con ellas. A lo largo de nuestro siglo, las ideas compatibles con relaciones capitalistas de producción, van cediendo el paso a creaciones culturales que aspiran a su transformación. El sistema socioeconómico establecido va perdiendo así legitimación ideológica: las ideas dominantes van dejando de ser las de la clase dominante.

Por descontado, que la expresión «ideas dominantes» que aquí utilizamos, no incluye tan sólo formulaciones conceptuales muy elaboradas, sino también y sobre todo, actitudes, mentalidades, valoraciones, formas de sensibilidad, modos de vida, etc. que se modifican en relación con los cambios efectuados en el sistema productivo, implicando

a su vez estos cambios. La interdependencia de todos los procesos que se producen en la «base» y en la «superestructura» es el supuesto fundamental de la noción englobilizadora de cultura.

Comprobamos, pues, una profunda crisis de legitimación del capitalismo: las ideas dominantes son críticas o resultan incompatibles con el sistema. Pero también tenemos que dejar constancia de su capacidad fabulosa de asimilación: una vez que la cultura burguesa ha dejado de ser la cultura sin más, y el capitalismo ya no se identifica con la economía pura y simplemente, la burguesía se resguarda en el pluralismo ideológico, que correspondería a una sociedad tan compleja como la industrial. No podemos más que formular la cuestión: el pluralismo ideológico, corresponde a una situación de transición entre dos formaciones sociales, o es más bien, como requisito de la libertad, expresión definitiva del grado de complejidad alcanzado. Por mi parte, me inclino a la segunda respuesta, y no creo que, al afianzarse las «asociaciones libres» en que consiste el socialismo, —«una asociación, en la que el desarrollo libre de cada uno, sea la condición del desarrollo libre de todos»— tengan que disminuir las diferencias ideológicas. Lo contrario me parece lo cierto: lo que hay que reprochar a nuestra sociedad es lo limitado de su pluralismo, es su «unidimensionalidad» uniformadora. Conviene irse librando de una imagen homogeneizadora del socialismo, como si la igualdad social a la que aspiramos, fuera la tumba, y no el fundamento, de la libertad de cada uno.

La cultura burguesa ha dejado de ser la dominante, porque en la sociedad capitalista está surgiendo la cultura socialista, que prefigura el futuro. En la cultura burguesa, el individuo se afirma frente a la sociedad, presentando, en último término como contradictoria, la relación individuo sociedad, aunque en la prosecución egoísta de metas individuales, se descubra la realización del bien común, si se respetan unas cuantas reglas elementales, que cabe resumir en la protección de la integridad física del individuo y de su propiedad. De este modo el individuo resulta libre frente a la sociedad, únicamente en cuanto propietario. De ahí que la propiedad aparezca como el fundamento de la libertad, con lo que implícitamente se arrebatara la condición de libres a los no propietarios. Los socialistas intentan devolver la libertad a todos los ciudadanos, suprimiendo, o desplazando de su pivote central, a la propiedad privada. Únicamente entonces, la relación individuo-sociedad aparece como complementaria, en cuanto el

individuo sólo lo es plenamente en sociedad, y la sociedad no tiene otro fin que posibilitar y garantizar la libertad de cada individuo.

La primera cuestión es, si realmente, de forma embrionaria, está surgiendo ya una cultura socialista, capaz de ir, poco a poco, sustituyendo a la burguesa. ¿Cabe que se vaya desarrollando y consolidando una cultura socialista, en el seno de una sociedad capitalista? De transcendental importancia es la respuesta que demos a esta pregunta, dadas las implicaciones políticas que conlleva. Si aceptamos rutinariamente el dogma de que las ideas dominantes son siempre las de la clase dominante, y nos empeñamos en afirmar que, mientras existan relaciones capitalistas de producción, no podrá desarrollarse otra cultura que la que permita y encaje en el sistema, y que, por tanto, primero habría que acabar con el capitalismo, y luego, surgirán los elementos nuevos de una cultura socialista, entonces, muy negro me parece el pronóstico sobre un posible socialismo.

En la Historia, nada se construye desde la nada, y habría que denunciar al socialismo como una pía ilusión, si en el interior de la sociedad capitalista, al socaire de sus contradicciones, no fuera cuajando un orden social nuevo, capaz de sustituirlo. La cultura burguesa floreció en el período de la Monarquía absoluta, cuando dominaba una economía agraria y no habían desaparecido todavía los privilegios feudales. También la cultura socialista está germinando ante nuestros ojos, en el seno de la sociedad capitalista avanzada, en los recovecos y vacíos que deja el sistema sin cubrir. Hay que desplegar una especial sensibilidad para diferenciar lo nuevo de lo viejo, y descubrir lo nuevo allí donde menos lo esperábamos: donde la solidaridad sustituye a la competitividad, donde el trabajo colectivo se descubre como experiencia de libertad, donde la democracia empieza por vivirse en formas nuevas de convivencia, en las que las relaciones de poder han perdido su influencia decisiva. No tengamos pelos en la lengua y digamos lo evidente: la cultura socialista que prefigura el futuro, aparece hoy ya en la forma de una contracultura. Para los contemporáneos, la cultura viva se presenta siempre como contracultura.

Para que el socialismo pueda un día convertirse en realidad, no basta un determinado desarrollo de las fuerzas productivas, sino también una verdadera «revolución cultural», que sustituya los viejos valores burgueses por los nuevos socialistas. Creo que estamos actualmente viviendo esta revolución cultural, cuya expresión más clara fue

el mayo del 68. Habíamos llegado a un desfase enorme, entre las posibilidades técnicas de transformación del mundo, y los valores y mentalidades que siguen socialmente operando. Pero en la última década, hemos empezado a ganar terreno en este camino. Nunca anteriormente los valores burgueses habían estado tan desprestigiados —me temo que estoy olvidando «los felices años veinte» en capas tan amplias de los sectores medios.

Recordemos aquí nuestra anterior afirmación, de que el proceso real de transformación socio-cultural, se produce al margen o en contra de las instituciones estatales o paraestatales. Cuarenta años de franquismo no ha impedido el que hoy en nuestro país, se oigan las mismas voces y se produzcan las mismas reivindicaciones que en Francia o en Italia. El motor del cambio está en la sociedad, y en el análisis de una estrategia global hacia el socialismo, lo decisivo es tener en cuenta además de las modificaciones de la base económica, la dimensión socio-cultural. Sin negar la mutua influencia de estas dos esferas —resulta evidente a largo plazo— en los períodos históricos limitados en los que se desenvuelve la política, los factores a considerar son, precisamente, al desfase entre ambas esferas, así como la autonomía relativa de cada una. En el actual momento, me parece correcto insistir en la prioridad de la «revolución cultural».

Una primera conclusión se impone a estas alturas: si el proceso socio-cultural tiene su propia dinámica y la política sólo puede institucionalizar democráticamente lo que ha adquirido ya un consenso mayoritario, ni al Estado, ni a ningún partido político, corresponde definir lo culturalmente valioso, ni entrometerse en el proceso autónomo de la creación cultural. Ciertamente que un partido como el socialista, que se identifica en su lucha por una sociedad nueva, ha de distinguirse por su especial sensibilidad en descubrir y apoyar los experimentos contraculturales, es decir, la cultura viva, pero ello no quita, que, en cuanto partido, su función consista, fundamentalmente, en defender a todo trance la libertad de expresión para todos y para todo.

En un momento como el actual de cierta inflación política, conviene marcar sus límites y colocarla en su verdadero papel ejecutivo, todo lo importante que se quiera, pero muy distinto de la pura creación cultural. Ciertamente que el apoliticismo a menudo no encubra más que posiciones de derechas, pero no menor destructor y peligroso es un politicismo a ultranza. La reducción a política de toda la vida

cultural y social, termina por destruir las fuentes mismas de donde emana la política. Sin una vida social y cultural creadoras, no hay vida política eficaz. Lo que ya no es cierto, es la proposición inversa.

El socialismo lo estamos inventando día a día, fuera de la política, con nuevas formas de producción, pero también de convivencia; con nuevos valores, basados en la solidaridad y en una nueva sensibilidad para la profunda, radical igualdad de todos los seres humanos; probando nuevas relaciones democráticas de convivencia, oponiéndonos a cualquier jerarquía definitiva y criticando el mito de que los de arriba valen más que los de abajo. Estos cambios de conciencia y de sensibilidad, se están produciendo aceleradamente ante nuestros ojos, mirando las viejas estructuras de poder. Si no logramos canalizarlos en la construcción de un nuevo orden social, cabalmente democrático, pueden también desembocar en un caos, que revierta en la consolidación de nuevas estructuras burocráticas de poder.

En ningún libro sagrado de la Historia está escrito que al final el socialismo triunfará. Todo lo contrario. Cualquier científico social que recoja objetivamente los datos y extrapole las tendencias, pronosticará el robustecimiento de una sociedad burocrática. De ahí que cualquier planteamiento socialista que lo sea de verdad, no se libra de un cierto tufillo utópico. Ahí es nada, hablar de la realización de la libertad, de una sociedad cualitativamente distinta, de un mundo cabalmente democrático, en el que la libertad de cada uno sea el supuesto de la libertad de todos. Pero hay que considerar, lo que significa renunciar a esta utopía. Es aceptar la barbarie, la explotación y opresión del hombre por el hombre, como única ley de vida, y sin el consuelo que tuvieron nuestros antepasados, de esperar que en la otra vida, se recompondrían las injusticias y llegaríamos a ser uno mismo, en amor y libertad, a la diestra de Dios-Padre.

Se nos dirá que estamos rozando continuamente la utopía, y se dirá bien. Pero quiero advertir de inmediato, que no creo que la política sea el campo propio para jugar a utopías. La acción política tiene límites económicos, sociales, culturales bien precisos, y no en vano se considera el realismo, el sentido de oportunidad, una cualidad insustituible del político. Pero como decía, no todo es política, y los utópicos tenemos el campo de la cultura para ejercitarnos. Saltar los límites de lo establecido es lo que se propone cualquier artista, cualquier escritor, cualquier creador de cultura. En su labor, el intelectual de

verdad es siempre utópico y revolucionario. Podrá no serlo en sus ideas políticas, esto importa poco, pero lo es en el campo que cultiva, y ello acaba por influir en la sociedad, y a más largo término, también en la política.

Justamente, este carácter utópico del intelectual, y el realismo, a menudo demasiado a ras de suelo del político, provoca no pocas tensiones entre políticos e intelectuales, aunque se sientan comprometidos con la misma utopía socialista. No hay, desde luego, que exagerar, pero tampoco minimizar estos conflictos. Creo que en la historia de nuestro partido, las relaciones entre dirección e intelectuales no han sido siempre las debidas, con consecuencias negativas para ambos. El partido, en algunos períodos de su historia, ha dado muestra de una gran pobreza ideológica, que, naturalmente, ha repercutido de forma muy negativa en sus planteamientos políticos. Los intelectuales, sin la integración democrática en organizaciones que sirvan de correctivo a sus cavilaciones, tienden a refugiarse en un elitismo exclusivista, en un individualismo tan infantil como trasnochado. Creo que las relaciones entre partido e intelectuales mejorarían, si los políticos aprendieran a respetar las opiniones de los intelectuales —desde su óptica, a menudo desmesuradas e inoportunas— y aquellos aguantasen que no siempre se les haga demasiado caso. Entre el utopismo y el realismo, tiene que mantenerse un buen término medio en la tensión de ambos extremos, sin que necesariamente se rompa la cuerda.

Hasta ahora hemos hablado de cultura en su sentido antropológico global, o referida a las obras culturales que producen los llamados creadores de cultura. En la primera acepción, hemos aludido al problema clave del surgimiento de una cultura socialista en el seno de una sociedad capitalista; en la segunda, hemos mencionado el carácter revolucionario y utópico de la obra de creación cultural, así como la relación, tal vez necesariamente conflictiva, entre políticos e intelectuales. En el tema que nos ocupa, dejaríamos aspectos fundamentales sin enunciar —otra cosa no cabe en los estrechos límites de un artículo— si no nos refiriésemos a la acepción más difundida en el lenguaje coloquial, cultura con un saber inespecífico, que en nuestros días incluso algunos reputan inútil, en cuanto en sus formas burguesas, ha dejado de servir de legitimación a la vida colectiva y de orientación al comportamiento individual, para convertirse en mero adorno externo o distintivo de clase.

Es preciso distinguir, por tanto, entre saberes específicos con una aplicabilidad técnica inmediata que, para el que los posee, supone el ejercicio de una profesión, de aquellos saberes inespecíficos de carácter general, filosófico, literario, que cuestionan al hombre y al mundo, pero para los que no existe una demanda social. Desde el momento que el orden social ha dejado de legitimarse teológica o filosóficamente, la cultura humanística, ha perdido su función social. La discusión mantenida estos últimos lustros sobre los planes de enseñanza, reproducen el mismo dilema: preferir una educación técnica, adaptada a las exigencias de la producción capitalista, o una fundamentalmente humanística, que tenga que ver con la formación de hombres libres, como propugnó la burguesía en su período revolucionario, y pienso tienen que seguir defendiendo hoy los socialistas una vez que se purifique de sus elementos idealistas, al vincularla al mundo del trabajo.

Para explicar lo que quiero decir, voy a la terminología de Rudolf Bahro, precisamente encarcelado por ser marxista en un país, que como la República Democrática Alemana, se reclama del marxismo. Bahro distingue entre «conciencia absorbida» y «conciencia excedente». La primera es la energía sicosocial que precisa la reproducción de la sociedad, a cambio de la cual se obtiene un precio en el mercado de trabajo. El individuo plenamente adaptado es aquél que logra invertir toda su energía síquica en este tipo de actividades: es el empresario, el profesional, por completo volcado a una tarea socialmente reconocida y económicamente recompensada. Pero con la excepción de unos cuantos «neuróticos del trabajo», la mayor parte de la población realiza un trabajo insatisfactorio, que no consume más que una parte marginal de la energía síquica disponible. La conciencia excedente es esta energía que queda sobrante, al no ofrecérsenos una actividad social y humanamente razonable en qué volcarla. La sociedad capitalista no sólo deja sin empleo a una parte considerable, los parados, sino que emplea mal a la gran mayoría, dejándonos la sensación típica de que está todo por hacer y no se puede hacer nada. Nuestra capacidad de comprender y de actuar, nuestro afán de entrega, de gozo, de sacrificio, nuestra inteligencia y sensibilidad, quedan sin empleo, flotando en el vacío. El orden social impide realizar socialmente lo mejor de cada uno, dejándonos, en el mejor de los casos, con nuestra conciencia excedente a cuestas.

Justamente, para reabsorber esta conciencia excedente que puede cristalizar en una conciencia crítica emancipatoria, y entonces sí se sabe lo que hay que hacer —luchar por humanizar las relaciones sociales, transformando la sociedad— el sistema crea «intereses compensatorios», es decir, maneras de ocupar la conciencia excedente, de modo que no termine por cuestionar el orden social. Los intereses compensatorios abarcan una extensísima gama, que va desde el egoísmo familiar, a las aficiones y diversiones a que nos entregamos en el tiempo libre. El vacío creciente que conlleva un trabajo enajenado, subordinado y dependiente, viene compensado por la industria del ocio. El hombre unidimensional del capitalismo tardío vive entre la conciencia absorbida de las horas de trabajo y los intereses compensatorios de las horas libres.

La producción cultural —literatura, teatro, cine— quiere rebajarse en el capitalismo, seamos de ello conscientes o no, a una forma más de intereses compensatorios, con que ocupar la conciencia excedente. Otra cosa, es que lo consiga siempre.

Por perfectos que parezcan los mecanismos del mercado y los controles sobre los medios de comunicación social, lo cierto es que los intereses compensatorios no logran absorber por completo la conciencia excedente, ni de los creadores ni los consumidores de cultura. Esta función compensatoria la cumplirán no pocas de las obras que pasan por culturales, pero las que cuentan, se caracterizan precisamente por sus contenidos emancipadores. No cabe desdeñar ni menospreciar el valor liberador de la creación cultural. Es uno de los pocos hechos sociales, en que podemos fundamentar cierta esperanza.

Cuando la conciencia excedente se transforma en emancipadora, las viejas cuestiones sobre el sentido de la vida humana, lejos de parecer inútiles por no admitir respuesta, adquieren su verdadera dimensión práctica. Algunos llegan a la conclusión, de que sólo vale la pena vivir en libertad, conscientes de que la libertad de cada uno supone la libertad de todos. Entonces la lucha por la libertad da sentido y justifica una vida. Este tipo de hombres que han encontrado el sentido de sus vidas en la lucha por la libertad, resultan incómodos en todos los partidos, se los ridiculiza de diferentes maneras, han sido las víctimas en las persecuciones blancas o rojas, pero lo sepan o no, constituyen la vanguardia de ese esfuerzo colectivo por la realización de la libertad, que llamamos socialismo.

Seamos sinceros, a poco que nos paremos a reflexionar sobre las dificultades de una política consecuentemente socialista, encontraremos mil modos de postergarla a un futuro tan lejano como impreciso, acomodándonos mientras tanto en el orden dado, que también ofrece su rinconcito caliente para los socialistas que no sean demasiado impacientes. Ahora bien, una política socialista, por mucho que tenga en cuenta los condicionamientos objetivos y el necesario sentido de oportunidad, lo es de verdad, sólo si involucra en su acción diaria esta dimensión futura de una sociedad distinta, que, en último término, impone una determinada actitud ética. Con la larga tradición de nuestro partido a este respecto, no haría falta subrayar el talante moral que, entre nosotros, distinguió a los socialistas. El mismo afán de justicia y de libertad lo encontraremos en los grandes creadores de cultura. Es una misma actitud ética, lo que, en fin de cuentas, vincula al socialismo con el mundo de la cultura.

Para terminar, una consideración práctica. Si el ámbito en el que se desarrolla el socialismo es la sociedad y no el Estado, si la conquista del poder político no significa ningún cambio trascendental, mientras que la sociedad no haya organizado nuevas formas de producción y de convivencia, si la labor de un Gobierno socialista no puede ir más lejos de lo que permita la sociedad sobre la que actúa, entonces la labor principal de un partido que aspira al socialismo, no se agota en el Parlamento ni en el Gobierno. No desconocemos lo que para el progreso social puede significar el llegar a influir sobre los poderes del Estado. No los infravaloramos; señalamos simplemente sus límites. Pero que nadie crea que el socialismo es un regalo que nos puede hacer un día un Gobierno socialista. El socialismo se hace desde la base, creando, desarrollando organizaciones democráticas, en todas las esferas de la vida económica, social y cultura, o no habrá socialismo. Por lo menos en este punto, tienen que quedar las cosas claras.

El espacio electoral del PSOE

ENRIQUE GOMARIZ

Entre nuestros técnicos electorales, nuestros parlamentarios y nuestros compañeros de dirección, cuando se piensa en próximas confrontaciones electorales, comienza a repetirse la idea de que para incrementar nuestro cauce electoral hemos de ganar votos por la derecha. Tal idea encuentra resistencia entre algunos de estos compañeros, por lo que no se deciden a explicitarla. Ahora bien, entre los que ya la han convertido en frase de uso corriente cabría distinguir a quienes la usan partiendo de la preconcepción de que el PSOE tendría que girar hacia posiciones políticas socialdemócratas, de quienes la dicen sin partir de presupuestos previos, únicamente después de echar una rápida ojeada a los resultados del pasado 15 de junio. Porque, efectivamente, no hay duda de que una lectura de los datos globales correspondientes a las pasadas elecciones obliga a concluir que, en general, la citada idea se ajusta bastante a la verdad.

Si, como es de esperar, el PCE está dispuesto a defender con uñas y dientes sus modestos votos —y naturalmente a incrementarlos— y si es posible afirmar que los votos obtenidos por el PSP (una buena parte del 4,34% obtenido por el frente PSP-FPS no integrada) ya están sumados de hecho, después de consumada la unidad socialista, sólo cabe coincidir en que un incremento significativo del cauce electoral difícilmente podrá venir en el futuro de los votos que, al margen del

PSOE, ha obtenido la izquierda el 15 de junio. Dicho de otra forma, es cierto que nuestro crecimiento electoral habrá de hacerse arrebatando a la derecha los votos que en las pasadas elecciones han ido a parar a sus partidos y en particular a UCD.

Ahora bien, esta simple comprobación empírica tiene suficiente peso específico como para no tratarla de forma superficial, especialmente cuando la utilizamos como dato en el lenguaje común y corriente. Es necesario saber exactamente qué se quiere decir cuando se maneja este dato. Desde luego, no cabe duda de que se precipitan quienes piensan que la necesidad de «ganar votos por la derecha» significa que el PSOE tiene que correr sus posiciones políticas hacia la derecha. Naturalmente, como suele suceder, quienes se precipitan en ese sentido son los que ya partían desde el principio de tales posiciones. En realidad, los mismos que aseguran que el electorado que tiene la izquierda española en general y el PSOE en particular es bastante moderado, al menos lo suficiente como para que exista una excesiva distancia entre las actitudes políticas de nuestro electorado y las de nuestros militantes.

Vale la pena aclarar de partida este asunto. Es algo lógico que los militantes de cualquier partido tengan una mayor motivación política que los electores de ese mismo partido. El problema queda pues reducido a saber si esa distancia es tan enorme que pudiera plantearse una verdadera disociación entre ambos universos. Los que están demasiado asustados con esta idea, repiten hasta la saciedad que «después del 15 de junio, el PSOE no sólo se debe a sus militantes sino también a sus electores». La enunciación de esa idea no pasa de ser una obviedad, y aunque sea bueno recordar obviedades de vez en cuando, cabría preguntar a los que ponen demasiado énfasis en ella quién hace los programas electorales del PSOE.

Porque si la respuesta es que los hace el partido colectivamente, no caben entonces miedos al despegue. Es decir, si es el partido quien presenta sus opciones ante el pueblo y éste —a pesar de las circunstancias desfavorables— exige esas proposiciones, resultará gratuito pensar después que el partido está excesivamente separado de sus electores. En realidad, este problema sólo puede presentarse si el colectivo partidario miente en la campaña electoral, lo cual resulta francamente difícil, o si las proporciones electorales surgieran de un grupo autónomo dentro del partido y no del partido en tanto tal. Pero

en ese caso el problema queda reducido a una cuestión de democracia interna. Es decir, si el partido conserva su funcionamiento democrático no hay ninguna razón para temer una separación de sus electores.

Esto nos parece suficientemente probado en las pasadas elecciones. En efecto, las proposiciones políticas presentadas el 15 de junio, partieron de las resoluciones del XXVII Congreso y fueron aprobadas por el Comité Federal. Dicho brevemente, fueron las opciones del partido. Por supuesto que sintetizadas, cristalizadas en consignas, explicadas en un lenguaje muy básico y utilizando las técnicas de comunicación que imperan en este momento en la sociedad, pero planteando un programa mínimo socialista que responde a las necesidades más sentidas, atacando públicamente al poder establecido y ofreciendo una alternativa no sólo de carácter coyuntural sino con una carga suficiente de futuro, referida a la lucha por una sociedad cualitativamente distinta. Y con esas proposiciones —pese a los temores de muchos, dentro y fuera de nuestras fronteras— el partido obtuvo el éxito electoral por todos celebrado.

Sin embargo, meses más tarde la derecha española se lanzaba a una campaña para explicar al país que el voto del PSOE era sumamente heterogéneo, volátil, por supuesto interclasista, y, desde luego, claramente liberal si acaso con algún tinte socialdemócrata. Y la campaña —que apenas tuvo efectos en el pueblo como lo muestran los sondeos de opinión que continúan favoreciéndonos— tuvo un cierto impacto en algunos de nuestros compañeros, especialmente entre los siempre dispuestos a encontrar algún *sex appeal* a la verdad que emana del poder. Según el guión de esa campaña, existía el inminente peligro de que el PSOE se despegara de sus electores si antes no entraba en un curso de moderación política(1).

Un examen mínimamente detenido de la composición sociológica de nuestro electorado y sus condiciones actuales de vida demuestra hasta qué punto ese guión es falso, si es que no fuera prueba suficiente

1. Naturalmente, la derecha ya ha dejado saber lo que quiere del PSOE: «Harian mal —dice un portavoz de UCD— los estamentos conservadores de este país si se alegraran de una incoherencia y un radicalismo que perjudicará notablemente las posibilidades electorales del PSOE. Este país necesita un socialismo fuerte, democrático, que acepte plenamente las reglas del juego parlamentario y que pueda constituir una *verdadera* alternativa de gobierno. Pero para ello hace falta que el PSOE pase su Dab Godesberg particular...», y se hacían otras observaciones acerca de la necesidad de que un partido socialdemócrata español que aceptara plenamente la economía social de mercado etc. etc. y que sirviera para llenar el vacío cuando la derecha perdiera atractivo electoral.

el hecho mismo del éxito electoral. Naturalmente, no existe una relación rígida entre la situación social de nuestro electorado y su aceptación de unas determinadas propuestas políticas. En el electorado existe una capacidad receptora amplia que admite una banda de frecuencias ideológicas, que puede oscilar como colectivo entre proposiciones más moderadas y más radicales sin pasar en ningún sentido de un cierto límite. La cuestión consiste en saber cuál es la capacidad receptora de nuestro electorado y si está en disposición de valorar positivamente ciertas actitudes radicales (que la derecha ha llamado «rabieta del PSOE» en muchas ocasiones) y ciertas proposiciones ideológicas, con las cuales el partido pueda ir cumpliendo esa función educadora de lo que habla tan a menudo Luis Gómez Llorente.

Sobre nuestro actual electorado.

Los datos que se conocen sobre la composición sociológica del electorado que ha votado al PSOE el 15 de junio de 1977 no permiten establecer conclusiones nítidamente perfiladas, pero sí hacer aproximaciones de suficiente utilidad. El equipo técnico del PSOE ha tabulado los resultados en correspondencia con ciertos índices por provincia, en la forma que expresan los cuadros I y II. De ellos obtenemos informaciones con las que trabajar.

La primera observación de todos conocida es que los socialistas son fuertes en las principales capitales, donde por lo demás la izquierda ha obtenido tantos o más votos que UCD y AP juntos. A la vista de la fuerte correlación entre población activa agrícola y éxitos electorales de la derecha no puede sino concluirse que la derecha y el centro tienen sus pilares electorales en el campo.

Ahora bien, los socialistas han obtenido éxitos electorales en determinadas provincias agrícolas. Como sucedió en el pasado (en las elecciones del 36) destacan entre ellas las provincias más afectadas por la desigualdad regional y por tanto, las que peor enfrentan la crisis económica. Los bastiones rurales de derecha continúan siendo de dos tipos: las provincias pobres, latifundistas de Castilla y las provincias de pequeña propiedad, tanto las ricas del valle del Ebro como las pobres de Galicia. En la zona de Levante, también como en el pasado, la pequeña producción se divide entre el radicalismo democrá-

tico dispuesto a acompañar políticamente a la clase obrera y el pequeño burgués conservador.

El índice de actitudes más claro es el correspondiente a la práctica religiosa. La fuerte correlación entre provincias de poca práctica religiosa y éxitos electorales del PSOE obliga a pensar que el electorado que nos votó el 15 de junio recoge la población menos religiosa del país. Resulta interesante la excepción de Valladolid, pero la explicación de este caso puede perfectamente estar referida al fuerte proceso de industrialización de la provincia y el hecho de que, como se sabe, Valladolid ha sido una de las canteras más importantes de los cristianos de izquierda del país.

La otra correlación más notable es la que existe entre alto porcentaje de paro y mayor porcentaje de votos. No parece haber duda de —como es lógico— los sectores sociales más afectados por la crisis económica han vuelto su mirada a los partidos de izquierda y en concreto hacia el PSOE. Esto nos lleva inmediatamente a interesarnos por el carácter de clase del voto socialista. Respecto a las provincias rurales no se tienen demasiados datos (en los casos en que la organización ha estudiado el asunto seriamente en su provincia, como es el caso de Sevilla, no hay dudas de que los sectores más populares han votado hacia partidos de izquierda e incluso a partidos de extrema izquierda), pero en el caso de las grandes capitales se tienen al menos datos fiables sobre Madrid (donde la izquierda obtuvo el 53,4% de los votos). Como por otra parte Madrid puede ser sociológicamente más representativo del resto de las capitales de provincia del Estado español, que capitales más cosmopolitas e industrializadas como Barcelona, el análisis que se haga sobre Madrid nos puede dar una idea general de lo que ha sucedido con el voto urbano.

La información que nos entrega el cuadro III no permite demasiados despistes. Como ya se ha dicho, UCD y AP han obtenido sus mayores porcentajes en los barrios de mayor status y los menores porcentajes en los barrios más pobres, *exactamente lo contrario* de lo que sucede con el PSOE y el Partido Comunista. Algo que es importante repetir es que esa orientación social del voto es la misma para el PSOE que para el PCE, a pesar de que aquí no hemos desglosado los distritos más pobres en barrios para el caso del PCE. Es decir, que manteniendo constante la relación 3/1 favorable al PSOE, nuestro partido tiene un electorado con la misma proporción de votos obreros

que el PCE. Algo que los que se veían a sí mismos como *el* partido de la clase obrera todavía no han sabido encajar.

En suma, sobre la composición sociológica de nuestro voto es posible afirmar que se trata de obreros, empleados y un sector de propietarios autónomos en las ciudades, y de obreros y campesinos individuales en el campo. Respecto a su situación socioeconómica, la fuerte correlación entre éxito electoral y gran índice de paro, hace pensar que entre nuestros electores existe una componente reivindicativa notable. Así pues, trabajadores, en un ambiente reivindicativo, poco religioso. Es posible que no puedan sacarse conclusiones categóricas sobre nuestro electorado, pero no hay a la vista ninguna prueba de que los millones de hombres y mujeres que nos votaron el 15 de junio se puedan asustar por las supuestas actitudes radicales que adopta, y pueda adoptar el partido. Su banda de frecuencias ideológicas alcanza perfectamente cotas sobre las que incluso cabría preguntarse si el partido podría emitir, dadas la crisis económica y la rigidez que todavía presentan los aparatos de Estado. Los temores a que pudiera darse una separación entre el partido y sus electorado no parecen en absoluto justificados, y quienes los enfantizan muestran sus verdaderos objetivos: girar todo lo posible a la derecha la orientación política del partido.

Ahora bien, en tanto alternativa de poder, nuestro partido no está dispuesto a atrincherarse en ese treinta por ciento de los votos que con la fusión del PSP tenemos ya teóricamente adquiridos. Con la mira puesta sobre la mayoría absoluta, nuestro partido debe aumentar su cauce electoral para resultar en las próximas elecciones la primera minoría del país con resultados que alcancen o sobrepasen el 35 por ciento. Ahora bien, un partido capaz y revolucionario no tiene por qué perder calidad ideológica para obtener éxitos electorales(2). El éxito electoral es la consecuencia inmediata de la adecuada acción política —tanto técnica como educadora— que desarrolla el partido. Esa, al menos, debe ser la perspectiva electoral de un partido que «reafirma

2. Los historiadores coinciden progresivamente en que el Congreso de Bad Godesberg del SPD alemán, tuvo mayor incidencia en cuanto a la aceptación de SPD como partido de gobierno por parte de los poderes nacionales y, en especial, internacionales, que en cuanto al incremento de su cauce electoral. Según esta tesis, el crecimiento electoral del SPD hubiera tenido lugar de igual forma. Lo prueba el que ese crecimiento se manifestó —incluso con mayor fuerza— antes del Congreso de (dos años antes de Bad Godesberg). Bad Godesberg: en 1949 el SPD conquistó 131 escaños y en 1957 tenía ya 182 asientos.

su carácter de partido de clase y, por lo tanto, de masas, marxista y democrático» (XXVII Congreso).

En esta vía cobra correcto sentido la idea de que esos votos que engransarán nuestro cauce electoral, difícilmente podrán proceder de los obtenidos por el resto de la izquierda el 15 de junio y que, por tanto habrán de llegar de los que han ido a parar a los partidos de derecha. Entre los compañeros que piensan que esto significa forzosamente que el partido tiene que adoptar posiciones políticas de derecha, hay que distinguir entre quienes lo hacen sin argumentaciones serias de carácter electoral y quienes creen haber encontrado una prácticamente irrefutable. Esta argumentación consiste en afirmar que el PSOE ha llegado a su techo en cantidad de votos populares y que los próximos a ganar son fundamentalmente de clase media. A nuestro juicio esa tesis no sólo es técnicamente incorrecta en tanto previsión, sino que conlleva un serio peligro político: el cambiar el eje social de nuestras alianzas de clase. Una rápida ojeada a la estructura social española facilita la comprensión de lo que acabamos de decir.

El espacio electoral de un partido de izquierda.

En el cuadro IV se ofrece la imagen de la estratificación social española más aceptada por los sociólogos de nuestro país. Evidentemente, esa imagen no se corresponde exactamente con la de la población electoral. Los datos básicos están obtenidos de las encuestas de población activa del Instituto Nacional de Estadística y son de 1970. Sin embargo, no sería exagerado decir que ese universo, que incorporaba en 1970 una población total de 22 millones de personas entre activos, «Sus labores» y base reproductora mayor de 14 años, sea en buena medida el mismo del censo electoral de 1977, que incorpora a 22.400.349 personas. En suma, los índices de error que indicarían la falta de correspondencia entre ambas imágenes no son lo suficientemente importantes como para no poder utilizar cómodamente los datos del cuadro expuesto.

En dicho cuadro aparecen cuatro estratos fundamentales, en una proporción que podemos considerar como la normal de una formación social de capitalismo desarrollado. El estrato «clase alta» ocupa el 5 por ciento tradicional que se encuentra en los países europeos

después de la segunda guerra mundial. En él se sitúan los poseedores de los medios fundamentales de producción y sus apoyos sociales dentro y fuera del Estado. A continuación, aparece ese cuarto de la población que ha formado regularmente la llamada *clase media*. El 70 por ciento restante está formado por dos sectores en alguna medida diferenciados: un primer 30 por ciento integrado por pequeños propietarios individuales, empleados y obreros calificados, todos ellos con una cierta capacidad de consumo. El 40 por ciento restante lo forman el grueso del campesinado familiar pobre (8%) y los trabajadores no calificados (32% restante) con más problemas económicos.

Las elecciones del 15 de junio han demostrado que el *electorado natural* de la izquierda está referido a este 70 por ciento de la población, que socialmente y a pesar de su heterogeneidad interna, forman lo que regularmente ha sido llamado el bloque social popular⁽³⁾. El hecho de que durante la expansión de la economía mundial que siguió a la segunda guerra, el estrato superior de este bloque haya podido participar sensiblemente del consumo, ha conducido a los sociólogos conservadores al error de considerarlos como el estrato bajo de la clase media, que se dividiría así entre la «clase media-alta» y la «clase media-baja». Y es cierto que durante la expansión económica, los partidos socialdemócratas europeos han tratado de representar mucho más a esta «gran clase media» que al «bloque popular», cuyo estrato inferior en ciertos países ha sido arrastrado hacia partidos populistas de derecha. Esta sería quizás una de las diferencias centrales entre los países del norte y sur de Europa, ya que en estos últimos, la cohesión sociológica y política del bloque popular es mucho mayor, acentuada claramente por el actual retroceso económico, lo que se traduce en una estratificación social del voto como la manifestada en España el 15 de junio: el bloque popular vota mayoritariamente hacia los partidos de izquierda.

Si la idea de que el Partido Socialista Obrero Español es «un partido de clase» tiene algún sentido sociopolítico, éste no puede ser otro que el referido a que se trata de un partido que defiende principalmente (no solamente) los intereses del bloque popular, y que entiende ese bloque como el eje de la alianza de clases con la que

3. Sobre los factores que intervienen en la diferenciación social interna de la clase trabajadora expuse algunas notas en «Las clases dominadas ante la crisis política», en ZONA ABIERTA núm. 7, Madrid 1976.

formará el bloque histórico ascendente, necesario para la conquista del poder político. Naturalmente, en esa perspectiva defiende también los intereses de los pequeños empresarios y de la «intelligentsia» frente a la dominación del gran capital, pero no confunde por ello la hegemonía social de la alianza de clases trabajadoras. Por otra parte, si el PSOE quisiera cambiar de eje social tendría que hacerlo contrariando la tendencia electoral de nuestras clases populares, cuya orientación se ha puesto claramente de manifiesto el 15 de junio, como acabamos de ver.

Ahora bien, el hecho de que las elecciones pasadas reflejaran el contenido de clase de cada política partidaria no puede hacernos perder de vista una cuestión fundamental: *a pesar de la polarización social manifestada el 15 de junio, el principal partido de la derecha, la UCD, ha obtenido casi un 50 por ciento de sus votos entre las clases populares.* Este dato fuerza inmediatamente la hipótesis de trabajo más útil a la hora de hacer cálculos técnicos: si es cierto que el cambio de actitudes electorales tiene lugar siempre siguiendo la línea de la menor resistencia, no hay duda de que siempre será mucho más fácil que cambien su orientación electoral hacia el PSOE estos votos populares de UCD que los votos *clase media* que optaron por ese partido. Es decir, que el incremento del cauce electoral de nuestro partido se mantendrá dentro de lo que hemos llamado el *espacio natural de la izquierda*. De hecho, es muy significativo que los muestreos de opinión que han realizado diferentes empresas españolas hablen de un descenso muy notable de la intención del voto hacia UCD. No tenemos conocimiento preciso de la estructura social de ese voto defraudado, pero todo lo que conocemos nos hace pensar que se trata del que emitieron las clases populares.

En suma, la clave de nuestro próximo éxito electoral reside en hacer realidad ese posible giro de los votos populares hacia la izquierda. Aclarado que se trata de la modificación de las actitudes del voto popular y no del cambio de centro de gravedad social y electoral, tratando de convertirnos en un partido de la clase media, el problema consiste ahora en saber si para cambiar esa actitud de los votos populares es necesario enfocar nuestras próximas campañas haciendo proposiciones de derecha.

Cómo ganar los votos populares.

La necesidad de que se profile una política electoral de izquierdas no responde sólo a consideraciones coyunturales, sino al convencimiento de que para la izquierda europea no cabe otra vía de acceso al socialismo que la democrática, en la que el éxito electoral es la pieza *sine qua non*(4). Esta exigencia y, en general, la de tener el conocimiento más técnico posible del funcionamiento de la administración, han de ser componentes fundamentales del pensamiento de la izquierda de nuestro tiempo, además de nuestro necesario bagaje ideológico.

Desde esta perspectiva pueden hacerse una serie de consideraciones acerca de cómo ganar los votos populares para la izquierda. Exponemos a continuación las que entendemos más urgentes.

Responder a las necesidades y expectativas del pueblo. —No resulta mal hipótesis de trabajo considerar que el principal factor que ha incidido en la pérdida de imagen que señalan las encuestas de opinión respecto a UCD, ha sido la falta de respuesta gubernamental a las preocupaciones crecientes en las capas populares ante la crisis económica. En otros términos, los votos populares que obtuvo UCD el 15 de junio se sienten en buena medida defraudados y presentan una serie de reivindicaciones que sólo parecen encontrar eco en los partidos de izquierda.

Responder a esas reivindicaciones de forma clara, pegándose estrechamente al sentir popular será el mejor dividendo electoral —y no el hacer proposiciones políticas de derecha— en las próximas campañas electorales. La crisis económica tendrá una duración considerable y nuestras proposiciones electorales no pueden ser exactamente las mismas que para un período de bonanza económica. Todo esto no significa que el PSOE haga ofrecimientos demagógicos que luego serían imposibles de cumplir. Es suficiente —de sobra— que el partido encare las preocupaciones populares y ofrezca soluciones lo más favorable que se pueda en función de la coyuntura económica y política. Contrariamente a lo que se piensa, el pueblo español es bastante razonable y no es necesario ofrecerle la luna para ganar su confianza: se trata simplemente de no ofrecer una solución a la crisis enteramente

4. Sobre la vía democrática de acceso al socialismo puede encontrarse un guión de análisis en «*Teoría Socialista del Estado*», Mañana Editorial, S. A., Madrid 1978; en donde se editan las discusiones sobre el tema habidas en la Escuela de Verano de 1977.

a favor del gran capital como quieren los partidos de derecha. En suma, pegarse a las demandas populares son la clave técnica del éxito electoral.

Impulsar la democratización del Estado y en especial de los poderes locales.—La democratización del Estado siempre permitirá una mayor transparencia del proceso político y hará más nítidas ante el pueblo las opciones de la derecha y la izquierda. Esto no puede —como indicaron los resultados del 15 de junio— sino favorecer a los partidos obreros. Pero la democratización en especial de los poderes locales tiene una importancia capital para arrebatar las capas populares del campo de las manos de los partidos de derecha. Por esta razón impulsar el proceso autonómico y exigir las elecciones municipales tienen una importancia de relaciones de fuerza a nivel de todo el Estado.

Desarrollar la actividad del PSOE entre las masas.—Si de acuerdo con nuestra historia y nuestros principios, el partido evita caer en el electoralismo, nuestras campañas electorales no pueden ser algo desconectado de nuestra actividad permanente. Los éxitos electorales deben suponer un fortalecimiento del partido entre el pueblo y, a la inversa, el desarrollo del partido y su presencia creciente en todas las organizaciones de masas y en especial en el mundo sindical constituyen el reaseguro de nuestro avance electoral. De esta forma, el partido irá cimentando ese bloque social ascendente, cuya solidez permitirá dirigirse con mayor seguridad al conjunto de la «clase media-alta». Ese bloque histórico será la fuerza sobre la que el PSOE habrá de operar para avanzar en la progresiva democratización del Estado, hasta permitirnos el planteamiento de objetivos más ambiciosos.

Ganar la batalla de los mass media.—Si hubiera que jerarquizar los factores del avance electoral, éste ocuparía el segundo lugar si no el primero. En la sociedad de nuestro tiempo los medios de comunicación social están sobredeterminando el cambio de actitudes políticas del ciudadano. No sería exagerado decir que, aún mateniendo la misma ley electoral, las elecciones francesas hubieran dado la victoria a la izquierda si los medios de comunicación social y en especial la televisión hubieran sido utilizados por la izquierda en la misma medida que la derecha.

Para subrayar la importancia de los *mass media*, el caso chileno es uno de los mejores ejemplos. Se ha dicho ya que la reacción militar

Enrique Gomariz

dio el golpe porque la derecha chilena había perdido la esperanza de derrotar a la Unidad Popular por la vía electoral, pero no se ha puesto el énfasis en la misma medida sobre el análisis de los factores que llevaron a UP a obtener en 1973 un éxito electoral en medio de una crisis económica y de la paralización —mediante el boicot— de la actividad productiva y de comercialización. Lo que supuso que la UP aumentara su 36%, obtenido en 1970, al 44% alcanzado en 1973 —el primer gobierno en la historia de Chile que no perdió votos durante su mandato— fue en buena medida el cambio en la correlación de fuerzas dentro del mundo de los medios de comunicación. En la UP se asegura hoy que no se utilizó la televisión como hubiera sido conveniente. Aún aceptando que eso fuera así, la irrupción mínima en ese y otros medios, como la radio, de un nuevo discurso ideológico tuvo un impacto difícilmente calculable en la sociedad chilena. Respecto a la prensa escrita, la polarización política de los periódicos tuvo el efecto de aclarar la supuesta objetividad de estos medios. Pero además, la edición de «comics» y folletos explicativos sobre el funcionamiento de las reformas institucionales; la edición de textos en varias decenas de miles —que conseguían agotarse— hicieron el efecto de romper la dominancia de una cosmovisión desarrollada por la derecha. Ni siquiera puede decirse que la nueva cosmovisión en ascenso llegara a alcanzar la hegemonía, y sin embargo la puesta en cuestión del discurso conservador en la *mass media* fue suficiente como para que el pueblo chileno cambiara sustancialmente sus actitudes políticas, a contramano del clima electoral que creaban las dificultades económicas.

La importancia de los *mass media* ya se ha puesto de manifiesto en procesos políticos mucho más próximos, como los de Portugal e Italia. En nuestra actual situación política, la batalla de los medios de comunicación se anuncia encarnizada. El gobierno de la UCD parece estar dispuesto a todo con tal de controlar los medios de comunicación. Además del control político que ejerce sobre la TVE, está lanzando, a través del partido, a una operación de adquisición total o parcial de los principales diarios y semanarios, mientras que una operación similar se prepara con la radiofonía. Quizás sea porque el actual jefe de Gobierno fue Director de Televisión Española bajo el régimen de Franco, por lo que la UCD entiende tan bien que ejercer un control aceptable de los *mass media* significa tener una plataforma privilegiada para alcanzar el éxito electoral.

Resumiendo: trabajar en la dirección que apuntan estas consideraciones generales para conseguir la victoria electoral no aparta en absoluto a nuestro partido de las tareas propias de un partido de masas, que cumple adecuadamente con su cometido fundamental: devolver a los trabajadores la libertad de elegir su propio destino, la confianza en sí mismos como colectivo, que la dictadura luchó sistemáticamente por destruir.

Antes de concluir conviene formular una puntualización más acerca de la idea general que se expuso al comienzo. Decíamos que era cierto, *en general*, el presupuesto de que para incrementar nuestro cauce electoral hay que arrancar votos por la derecha, y ya puede estar más claro qué es lo que esto significa. Pero incluso esta idea es sólo válida *en general*, porque existen provincias o incluso regiones y nacionalidades en donde deja de serlo. Cataluña y ciertas provincias andaluzas son un claro ejemplo. En estos lugares el incremento de nuestro cauce electoral también puede llegar de los votos obtenidos por otros partidos y grupos de izquierda el pasado 15 de junio. Y si actuamos en la perspectiva de ganar los votos populares de la derecha, estaremos también combatiendo por los votos que fueron a parar a otros partidos de izquierda. Seguir otra política conduciría al PSOE a ofrecer gratuitamente espacios crecientes en el bloque popular que ocuparían otras corrientes de izquierda y en particular el PCE. Y dadas las condiciones sociológicas y políticas de un país de Europa del sur, nuestro partido deberá discutir seriamente si le conviene hacerlo.

CUADRO I
PROVINCIAS EN LAS QUE EL PSOE HA OBTENIDO
MAYOR PORCENTAJE DE VOTOS

	° de votos	° poblacion activa agricola (1)	° poblacion activa industrial (1)	° Paro (1)	Renta per capita provincial (miles de ptas.) (2)	Practica religiosa (asistencia a misa dominical) (3)
Málaga	39,1	19,4	16,8	15,1	74,6	30-40
Jaén	38,8	47,9	16,0	3,7	67,4	20-30
Alicante	38,3	14,9	38,3	5,1	89,4	50-60
Valencia	36,8	14,9	35,4	3,8	95,3	20-30
Sevilla	36,3	22,0	22,6	13,0	78,0	20-30
Cádiz	35,6	22,7	19,3	11,6	71,0	15-20
Murcia	34,4	25,2	26,1	5,4	76,1	30-40
Badajoz	33,9	43,2	12,2	11,6	64,2	20-30
Córdoba	33,6	34,3	19,1	8,9	70,5	20-30
Huelva	33,1	24,1	24,3	12,5	69,0	15-20
Granada	32,1	41,0	13,9	12,4	68,1	30-40
Ceuta	32,1	—	—	—	—	15-20
Oviedo	31,9	29,4	29,1	3,8	85,3	40-50
Madrid	31,5	1,6	25,8	5,7	118,2	15-20
Valladolid	31,4	9,8	31,5	7,3	88,2	+60
Barcelona	30,4	2,3	44,3	4,3	109,5	15-20

(1) Instituto Nacional de Estadística. *Encuesta población activa. Avance primer trimestre de 1977.*

(2) *Informe sobre la Renta Nacional de España y su distribución provincial del Banco de Bilbao.*

(3) Rogelio Doucastella. *El mapa religioso de España, en Cambio social y religión en España.* Fontanella, Barcelona, 1975, pág. 137.

CUADRO II

PROVINCIAS EN LAS QUE EL PSOE HA OBTENIDO MENOR PORCENTAJE DE VOTOS

	% de votos	% población activa agrícola (1)	% población activa industrial (1)	% Paro (1)	Renta per cápita provincial (miles de ptas.) (2)	Práctica religiosa (asistencia a misa dominical) (3)
Lugo	12,4	65,3	8,5	1,5	60,1	40-50
Orense	12,9	62,4	10,8	2,2	79,7	50-60
Avila	14,1	44,8	10,3	4,9	65,6	+60
Palmas, Las	14,4	21,2	10,1	11,0	78,4	20-30
Pontevedra	15,0	41,4	21,2	1,9	84,8	40-50
Teruel	17,2	45,2	19,5	1,3	75,1	+60
Soria	17,5	36,9	21,8	2,7	83,0	+60
Coruña, La	17,5	36,7	19,6	1,9	76,0	30-40
Palencia	18,4	27,7	21,8	5,1	75,7	+60
Zamora	19,2	57,6	6,9	1,8	67,7	+60
Santa Cruz de Tenerife	19,5	24,5	9,7	7,8	73,2	20-30
Navarra	20,4	18,0	35,4	4,4	95,3	+60
Guadalajara	20,8	31,1	23,1	4,2	82,8	20-30
Segovia	20,9	41,3	15,6	3,4	77,6	+60
Salamanca	21,9	29,1	18,6	7,5	70,7	+60
Cuenca	22,0	45,2	16,2	3,9	72,3	40-50

(1) Instituto Nacional de Estadística. *Encuesta población activa. Avance primer trimestre.*

(2) *Informe sobre la Renta Nacional de España y su distribución provincial* del Banco de Bilbao

(3) Rogelio Duocastella. *El mapa religioso de España, en Cambio social y religión en España*. Fontanella: Barcelona 1975. pág. 137.

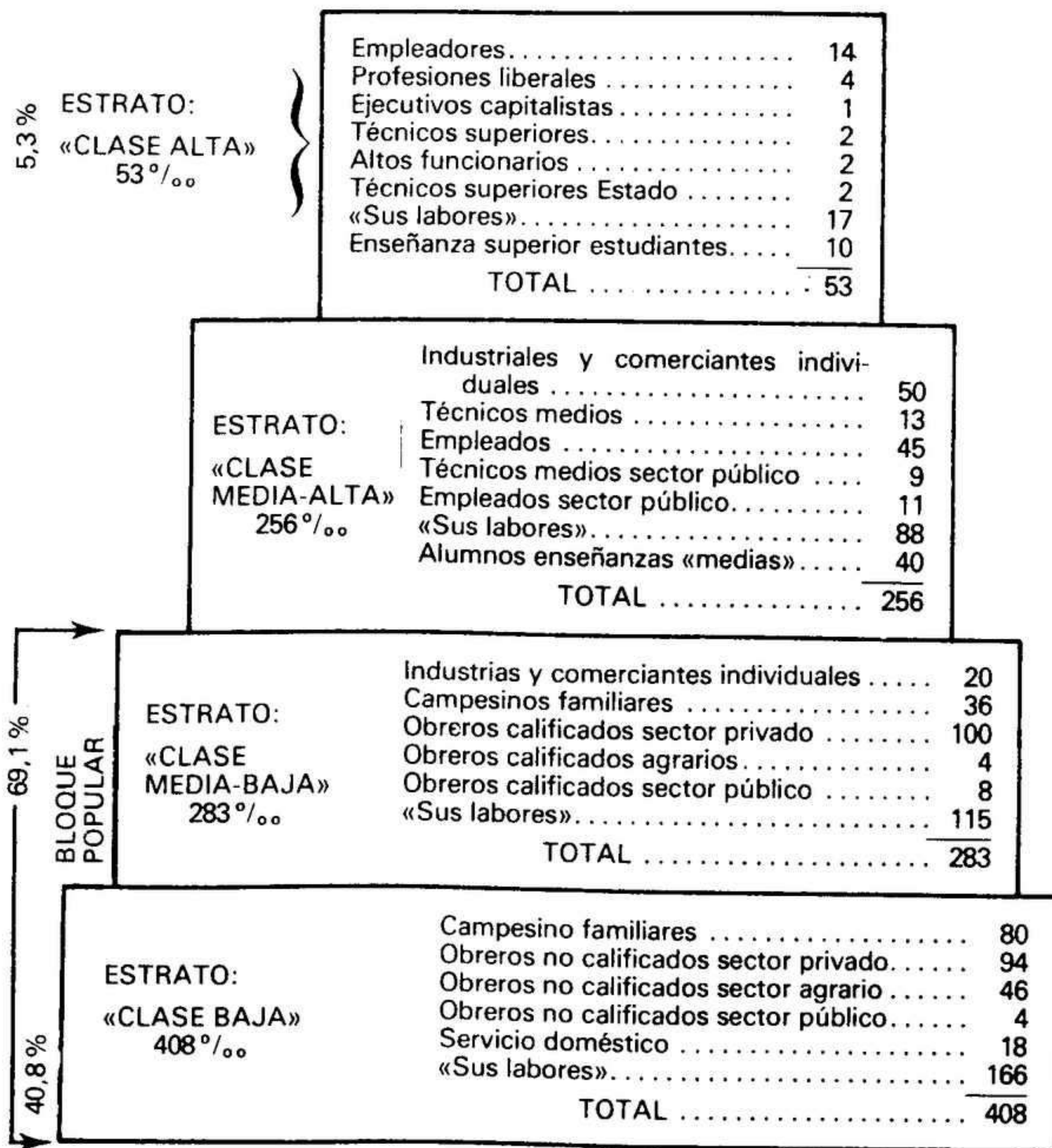
CUADRO III
LA ESTRATIFICACION DEL VOTO EN LOS DIFERENTES
BARRIOS MADRILEÑOS

	PSOE	PSP	PC	UCD	AP
Barrios de medio y de alto status					
Salamanca	13,7	8,9	4,4	36,9	28,4
Chamberí	14,7	15,5	5,0	36,6	26,4
Chamartín	15,6	10,8	5,3	36,3	23,7
Moncloa	19,4	10,6	6,8	43,6	20,3
Retiro	16,8	10,5	5,7	38,5	20,8
Barrios con importante presencia de clases medias					
Centro	12,5	8,8	7,3	36,6	17,5
Arganzuela	23,3	11,4	8,5	37,7	12,8
Tetuán	27,5	9,5	8,7	34,5	12,4
Ciudad Lineal	28,0	10,6	9,4	36,3	8,4
Barrios habitados mayoritariamente por trabajadores					
Moratalaz	34,1	9,9	10,8	32,9	5,1
Hortaleza	34,7	10,9	10,9	31,3	5,2
Carabanchel	30,6	11,8	11,0	33,1	6,1
San Blas	39,9	7,5	15,2	25,6	4,0
Villaverde	37,3	8,5	16,0	27,9	3,7
Vallecas	44,8	6,5	16,5	25,2	2,7
Mediodía	45,7	6,4	19,9	19,7	1,9
Ciudades-dormitorio cercanas a Madrid y habitadas casi exclusivamente por trabajadores manuales					
San Sebastián de los Reyes	53,7			18,9	
Móstoles	51,8			25,5	
Alcobendas	49,8			24,2	
Leganés	46,1			21,7	
Torrejón	45,1			26,1	
Arganda	42,2			27,7	
San Fernando de Henares	41,0			19,3	
Alcorcón	40,1			27,4	
Getafe	38,8			23,9	

SIN DESGLOSAR

CUADRO IV

ESTRATIFICACION «FORMACION SOCIAL ESPAÑOLA»
AÑO 1970 (2)



Nivel ideológico: «Sociedad Civil»

Indicadores de estratificación: Consumo - instrucción - prestigio, las cifras son relativas (tantos por mil). La base es 22.000.000 habitantes: Activos, sus labores y base reproductora mayor de 14 años.

Ignacio Fernández de Castro; «Las clases sociales en España en el umbral de los 70». Siglo XXI. Madrid, 1973.

Criterios previos para una valoración de la Constitución

JOSE RODRIGUEZ DE LA BORBOLLA

Introducción.

La Constitución española está siendo —y va a ser más todavía, en el futuro— objeto de estudios, juicios, análisis y valoraciones diversas. Juicios que parten de los más variados puntos de vista —corrección lingüística, progresismo o conservadurismo, ambigüedad o claridad, etc., etc.— y que llegan a muy distintas conclusiones. Sin pretender hacer una valoración exhaustiva de la Constitución —sin perjuicio de que dicha valoración sea necesaria y de que un día sea abordada con profundidad— estas notas pretenden enunciar una serie de criterios que habrían de ser tenidos en cuenta a la hora de enfrentarse con nuestro texto constitucional.

Son criterios referentes a la situación política, universal y española, en cuyo marco esta Constitución se produce. Son criterios aplicables a la hora de pensar qué significa, hoy, la Constitución para el pueblo español y qué consecuencias generales se pueden derivar de ella en el futuro. Son criterios que habría que utilizar antes de pronunciarse sobre qué futuro es previsible en España, en términos globales, con esta Constitución en vigor. Son criterios, por otra parte, que no prejuzgan nada para el momento de hacer análisis concretos de las distintas materias reguladas en la Constitución, ni presuponen metodologías específicas para efectuar dichos análisis.

Son criterios, sin embargo, que hay que utilizar para valorar, desde una posición socialista dialéctica, ya sea la actuación del PSOE y de los otros grupos políticos con referencia a este tema, ya sean las posibilidades que, a partir de la Constitución, existen para iniciar un proceso de transformación de la sociedad española.

Lo que no se puede hacer, si se quiere hacer una valoración realista —dialéctica— de la Constitución española de 1978, es utilizar, para juzgarla, el exclusivo criterio de la adecuación o inadecuación del texto constitucional a los ideales teóricos y principios programáticos sustentados por el Partido Socialista: si la Constitución fuera muy próxima a nuestros ideales sería una Constitución buena y aceptable; si no recogiera nuestras aspiraciones teóricas y programáticas sería una Constitución mala y, por tanto, rechazable.

No cabe duda de que el criterio anterior debe ser, también, utilizado. La contrastación finalista de todas nuestras acciones y de los medios de que disponemos para actuar es algo que ha de estar siempre presente en cualquier toma de postura del partido. Sin embargo, no es la única valoración a hacer. Ha de estar completada por el análisis de todo un conjunto de circunstancias más inmediatas que son las que a fin de cuentas, condicionan la acción cotidiana de los socialistas. Paso a enunciar algunas de las más evidentemente relacionadas con la Constitución.

Constitución y sistema social.

Es preciso empezar por recordar que el Derecho —aun cuando en parte pueda ser considerado como un instrumento para transformar la sociedad— se limita fundamentalmente a levantar acta del estado previo de la realidad social y a ordenar dicha realidad. Ordenarla, precisamente, con base en los criterios que, con anterioridad incluso a la producción de la norma jurídica, son corrientes y operativos en el seno del sistema social. Ya decía Marx, en la Crítica al Programa de Gotha, que «el derecho no puede ser nunca superior a la estructura económica ni al desarrollo de la sociedad, condicionado por aquélla».

Si esto es verdad para el Derecho en general, también lo es para toda Constitución. O, al menos, para toda Constitución acorde con la sociedad en que se produce y que pueda desempeñar unas funciones

Criterios previos para una valoración de la Constitución

reales de ordenación social. Ha habido, y hay, constituciones meramente «ideológicas» —como las llama Jorge de Esteban— que se limitan a ser una pura enunciación de principios, con independencia de que dichos principios sean o no operativos en el seno de la sociedad real. Una Constitución debe ser el marco general de la vida social, política y económica de un país y, por ello, debe, como primer dato, levantar acta del estado actual de evolución del país en que se encarna y de los rasgos generales que configuran su sistema social.

España es un país neocapitalista, un país ordenado con base en los criterios del capitalismo maduro, como se ha dado en llamar por algunos a la actual fase de desarrollo económico occidental. Un país que, por el momento, va a seguir siendo así. La Constitución, pues, tiene que producirse en este marco. Si se hubiera realizado ya una revolución política la Constitución sería uno más entre los instrumentos a utilizar para impulsar una radical transformación social, lo más rápida posible. Pero no es ésa la situación.

Sin embargo, admitiendo que la Constitución española no podría, hoy, hacer otra cosa que fijar las normas generales de convivencia en una sociedad capitalista como la nuestra y que, por ello, no puede ser, en principio, muy diferente del conjunto de las constituciones europeas de nuestro tiempo; sin embargo, decía, caben distintas posibilidades concretas dentro de los límites que marca la actual configuración de la sociedad española. Por citar sólo dos posibilidades extremas, cabría, por un lado, la posibilidad de que la Constitución se convirtiera en el supremo medio de defensa y perpetuación del vigente estado de cosas; cabría la fijación en el texto constitucional de una serie de criterios que pretendieran hacer *obligatoria*, por decirlo de alguna manera, la continuidad del orden actualmente existente. Nos encontraríamos así ante una Constitución meramente conservadora, una Constitución en la que prevalecerían los impulsos de mantenimiento del orden establecido en todas sus manifestaciones. Una Constitución que sería como la que han intentado conseguir todas las derechas del mundo para sus respectivos países.

Cabría, por otro lado, una solución radicalmente diferente. La solución de que en la Constitución se impusieran una serie de límites a las distintas consecuencias de injusticia y de falta de libertad que produce el sistema social, de un lado, y que se introdujeran, de otro, nuevos criterios de ordenación social que significaran ya, en sí mismos,

el inicio de un proceso de transformación social. Se produciría así una Constitución progresista, el tipo de Constitución por el que han luchado las izquierdas europeas en este siglo.

La concreción real de una u otra de estas dos posibilidades no depende, sin embargo, sólo de la voluntad de las fuerzas políticas en presencia. En efecto, no sólo porque se quiera o se deje de querer la Constitución puede ser de una o de otra manera. La orientación conservadora o progresista de la Constitución depende, por el contrario, de la relación sociopolítica de fuerzas existentes en un momento dado: si la izquierda predomina, dará origen a una Constitución progresista; si prevalece la derecha, la Constitución será conservadora.

Lo normal, sin embargo, y por encima de las concretas relaciones de fuerzas existentes en los distintos países europeos a partir de la postguerra, ha sido que las constituciones del mundo desarrollado hayan intentado basarse, al mismo tiempo, en una doble consideración: de un lado, parten de la prevista supervivencia del sistema o, al menos, de la no ruptura brusca con dicho sistema; de otro, pretenden introducir criterios de transformación política y social, junto con procedimientos y medios a través de los cuales las transformaciones sociales puedan ser un hecho.

La fórmula mediante la cual se ha concretado, a nivel constitucional, esta contradicción social básica es la fórmula del «Estado social y democrático de derecho». Un Estado que, como dice Maunz, «no sanciona en modo alguno las relaciones sociales existentes, pero tampoco las rechaza fundamentalmente, sino que parte del supuesto de que son capaces y susceptibles de mejora».

El art. 1 de la Constitución española dice que «España es un Estado social y democrático de Derecho». Un Estado social que, según García-Pelayo, «no es socialista, aunque dentro de su marco puedan llevarse a cabo políticas cuya acumulación e interacción pudieran desembocar en un socialismo democrático. Es, en realidad, una forma estatal que se corresponde con la etapa del neocapitalismo o capitalismo tardío, del mismo modo que el Estado absolutista se correspondió con el capitalismo temprano y el liberal con el alto capitalismo».

Constitución, transición y transacción política.

La Constitución, como vemos, conceptúa al Estado español como social y democrático de Derecho, que es el modelo de Estado habitual en las sociedades similares a la española de 1978. Pero el concepto de Estado democrático y social puede estar más o menos lleno de contenido. Esto es, puede que los contenidos concretos de la Constitución se correspondan con dicho concepto o que, por el contrario, lo ignoren o incluso lo conculquen. Por decirlo de otra manera, puede que en la Constitución española prime el principio de lo social sobre la defensa de lo individual, el momento colectivo sobre el momento privado; y eso llenaría más de contenido la expresión. O, a la inversa, sería posible que se primaran los valores que supusieran una defensa de la individualidad privada y se restringieran las posibilidades de incremento de las iniciativas colectivas y solidarias, con lo que, más que ante un Estado social y democrático, nos encontraríamos ante una Constitución paleoliberal.

Que se produzca una u otra posibilidad depende de una cuestión previa: de que a la hora de concluir la Constitución haya habido un predominio de las fuerzas liberal-conservadoras o de que hayan sido las fuerzas socialistas las que hayan obtenido la mejor parte en la defensa de sus objetivos.

Teniendo en cuenta, pues, que la mayor o menor plenitud del concepto «Estado social y democrático de Derecho» aplicado en nuestra Constitución depende, en último extremo, de la relación de fuerzas políticas existente en nuestro país; si el mayor o menor grado de avance social depende de cual haya sido la corriente política que mayor influencia haya tenido en la redacción de la Constitución; habrá, entonces, que analizar cuál es la real relación de fuerzas existente entre los grupos políticos en España. Así se podrá comprender mejor el por qué de los contenidos concretos de la Constitución y, además, podrá ser mejor entendido todo el proceso de elaboración del texto.

No pretendo hacer aquí un análisis detallado de la situación política española ni del proceso que se ha seguido hasta llegar al momento presente. Pienso, sin embargo, que se pueden enunciar una serie de afirmaciones. Afirmaciones que, por otra parte, son ya

patrimonio común en cualquier análisis dialéctico del proceso político español.

a) En primer lugar, en España se está produciendo un proceso de transición política atípico. Si bien a la muerte de Franco había dos proyectos políticos claramente enfrentados, la Reforma y la Ruptura, hoy se puede decir que se ha producido una síntesis entre ambos. Según Felipe González, «cuando hemos hablado de síntesis entre reforma y ruptura, nos referimos sobre todo al hecho trascendental de que, sin haberse hundido el aparato del Estado y sin haber sido las fuerzas emergentes hacia la democracia las que ocuparan el vacío que este hundimiento debiera haber producido (ruptura en la forma), sin embargo las elecciones del 15 de junio pusieron de manifiesto la voluntad mayoritariamente arrolladora de que se dotara al país de instituciones plenamente democráticas, liquidando todo el tinglado constitucional de la dictadura (ruptura en el contenido). Por consiguiente, no se ha producido la ruptura en la forma de tránsito, sino la reforma. Pero aunque esa reforma en el modo preveía también una reforma en el contenido, éste último ha desbordado abiertamente las previsiones reformistas, quebrando este modelo para pasar a uno de contenido típicamente rupturista».

b) Este proceso de transición atípica, proceso en el que ninguna opción política cuenta con la fuerza suficiente como para imponer decididamente su propia alternativa de gobierno y de sociedad, está forzando —evidentemente, sólo hasta el momento en que culmine la transición política permanente. Lo más importante es que el proceso culmine —que se institucionalice la democracia— los grupos parlamentarios importantes han valorado que sólo podrá culminar adecuadamente merced al acuerdo de todos en los aspectos fundamentales. Dicho proceso culminará con la aprobación y puesta en vigor de la Constitución. Constitución democrática y Ruptura democrática son, así, expresiones sinónimas.

c) El Partido Socialista ya había previsto este proceso cuando, en marzo de 1976, lanzó la idea de la ruptura negociada, primero, y cuando en octubre de 1976 concretó dicha idea en el lema de «compromiso constitucional». El objetivo, más tarde asumido por el XXVII Congreso, era el de intentar conseguir que todos los grupos políticos democráticos se comprometieran a hacer Constituyentes las primeras Cortes elegidas tras el franquismo, y que en esas Cortes se aprobara

Criterios previos para una valoración de la Constitución

una Constitución democrática. Una «Constitución —decía la Resolución Política del XXVII Congreso— que garantice las libertades fundamentales». Simplemente. Nada menos y nada más que una Constitución Democrática. Este era el objetivo de los socialistas y la concreción, desde nuestro punto de vista, de la ruptura democrática.

Sin embargo, este era un objetivo que estaba ganado aún antes de la Constitución formal de las actuales Cortes, por la celeridad con que se ha desarrollado el proceso histórico en nuestro país y por la clara expresión del deseo de cambio real expresado por el pueblo. Así, ese primer objetivo se pudo recualificar y, así, pasamos del objetivo de conseguir una Constitución democrática al de intentar lograr una Constitución española lo más progresista posible.

Aquí entraba de nuevo en juego, una vez más, la necesidad de valorar la relación de fuerzas existente en nuestro país. Nuestra presencia en las Cámaras no nos permitía imponer una Constitución tan evidentemente progresista como deseábamos. La composición del Parlamento y la división clara del país en dos grandes bloques socio-políticos obstaculizaba también los intentos de UCD de hacer una Constitución al servicio de las fuerzas conservadoras. Se hacía preciso, pues, montar una estrategia dirigida a conseguir una Constitución que, como ha dicho Felipe Gonzalez, «sea un marco adecuado en el que los programas de las fuerzas políticas reales puedan llevarse a la práctica sin necesidad de cuestionarlo permanentemente».

«De nada valdría que hoy —sigue afirmando Felipe— algún sector tratara de ofrecer garantías partidistas a su clientela, de tal manera que si en el futuro más o menos próximo otro sector obtuviera la mayoría, fuera precisamente la Constitución el impedimento para la realización de las reformas sociales, económicas, políticas o culturales contenidas en el programa que lo lleve al poder. Esta actitud sólo conduciría a fragilizar el texto constitucional, obligando a los partidos que en el mismo observan obstáculos insuperables a incluir en sus programas la remoción de esos obstáculos. Necesitamos un texto sólido y flexible que permita el uso alternativo a que hemos hecho referencia».

Este objetivo, desde nuestro punto de vista, sólo podría conseguirse mediante lo que se ha dado en llamar el consenso. En realidad, mediante la transacción política, mediante el compromiso sobre la regulación de los distintos aspectos de la vida comunitaria. Al llevar adelante esta política se ha cerrado el círculo de nuestras iniciativas en

la transición: del compromiso constitucional se ha pasado a la constitucionalización del compromiso; del pacto para lograr hacer una Constitución se ha pasado a una Constitución pactada. Una Constitución en la que había que lograr que no sólo se garantizaran las libertades políticas, sino que incluyera, asimismo, mecanismos que posibilitaran un avance hacia la igualdad, hacia la democracia social.

Constitución, suelo mínimo y posibilidades de cambio social. El libre juego de las fuerzas sociales.

Llegados a este punto, habría que valorar los preceptos constitucionales concretos. Habría que analizar esos preceptos para ver si, en efecto, el concepto «Estado social y democrático de Derecho» es un concepto lleno o vacío de contenido. Un análisis que habrá de llevarnos a la valoración de cuál es el margen de maniobra que se concede a las fuerzas impulsoras del cambio social para que puedan llevar a buen término sus propósitos y concretar sus ideales.

En este sentido, habrá que hacer una triple valoración:

a) Si existen o no suficientes garantías para el ejercicio de las libertades básicas, tanto individuales como colectivas, reconocidas como tales por el común de los países democráticos del mundo y por los textos internacionales.

b) Si existen o no garantías de que los órganos representativos de la voluntad popular van a tener primacía sobre los demás órganos del Estado. En resumidas cuentas, si el Parlamento va a ser o no el elemento decisorio en la configuración de la política del Estado y, además, si va a tener un poder de control sobre los demás órganos.

c) Si existen posibilidades de ampliar el ámbito de las libertades básicas y si existen mecanismos que permitan ir eliminando los obstáculos para el ejercicio de las libertades y, en consecuencia, para ir implantando criterios de igualdad.

Hay que valorar, en fin, si encuentra acogida constitucional el principio de solidaridad; si prima —o, al menos, si puede primar— el momento de lo colectivo sobre el momento de la individualidad; si, como decía Hermann Heller, «el orden existente no se reconoce ya como justo en principio, ni tampoco se admite que la sociedad, como si fuera básicamente autónoma, esté sustraída a la intervención estatal».

Criterios previos para una valoración de la Constitución

Resumiendo, hay que analizar la Constitución española para concluir si de ella se puede afirmar lo que Wolfgang Abendroth, teórico alemán que fue expulsado del SPD, decía en 1954 de la Constitución alemana: «En la formulación del principio de la estatalidad de derecho democrática y social, la Constitución ha pretendido, sin duda, asegurar un mínimo de ideas sobre el contenido de aquel principio, a saber, las ideas sobre las cuales estaban de acuerdo las fuerzas que intervinieron en el compromiso. Pero, además de eso, la proclamación del principio tenía el sentido de mantener abierto el futuro desarrollo hacia la democracia social, para que ésta se pueda realizar en la medida en que lo determinen las mayorías que se den en cada caso en los cuerpos legislativos (...). La Constitución no ha querido (ni podido) tomar una decisión material y definitiva entre las filosofías sociales en pugna de las fuerzas que estaban presentes en el Parlamento (...). La Constitución se ha limitado a preservar la libertad de acción de esas fuerzas para traspasar al orden social su voluntad transformadora en el marco de la democracia política».

En definitiva, el papel de la Constitución depende de las fuerzas a las que el pueblo apoye en cada momento, y de la voluntad de cambio que esas fuerzas trasplanten a la acción de gobierno.

Constitución y legislación alternativa.

«La Constitución tiene varias lecturas». «La Constitución puede ser interpretada de diversas maneras»... Son frases que se repiten mucho al referirse a la Constitución. Lo importante de la Constitución, para los socialistas, no es eso. Lo importante es que la Constitución pueda ser *utilizada* de distintas maneras. Lo importante es que sea posible una *utilización alternativa* de la Constitución.

Así se toca una cuestión que también ha sido criticada desde una presunta izquierda científica y que ha servido para que los socialistas seamos calificados, cuando no de ignorantes, sí de ingenuos. Se ha dicho que después de diez años de experiencia de «uso alternativo del Derecho» en Italia tal estrategia se ha revelado totalmente ineficaz para transformar la realidad italiana y que, por tanto, no cabe poner ninguna esperanza en una utilización alternativa de la Constitución española como vía de progreso para nuestro país. Más o menos, hay

quien llega a la conclusión de que, por no ser *nuestra* la Constitución, no puede ser nuestro el futuro.

Hay que empezar por aclarar que, cuando los socialistas hablamos de «Utilización alternativa» o de «Uso alternativo» de la Constitución, no estamos empleando la expresión en el mismo sentido en que se ha entendido en Italia durante la última década. En efecto, la estrategia del uso alternativo del derecho se entendía como la posibilidad de que, dada una norma jurídica concreta, los jueces y los teóricos del derecho la interpretarán, primero, y la aplicarán, después, de la manera más progresiva posible, de la manera más favorable a la defensa de los intereses populares. Como ha dicho Mancini, la estrategia del uso alternativo «se basa sobre una alianza entre el movimiento obrero y un sector minoritario de magistrados, la cual es políticamente incongruente y, por naturaleza, frágil y sujeta a rupturas frustrantes para la una y la otra parte».

Esta interpretación italiana del «uso alternativo» tiene su origen, seguramente, en la realidad política del país transalpino. En Italia no era previsible el acceso a corto plazo de la izquierda al gobierno. No era previsible, por tanto, una actividad legislativa decididamente transformadora de la realidad social y eliminadora de injusticias, dirigida a conseguir mayores igualdades concretas. En consecuencia, los juristas pusieron sus esperanzas de avance y cambio social en la actividad práctico-interpretativa de los operadores del Derecho. Pretendieron sustituir a los políticos, al no ser para éstos posible —dada la relación de fuerzas existente en Italia— una labor protagonista de cambio social. Así entendido, comparto la idea de que la estrategia del «uso alternativo» es un camino lleno de frustraciones y esperanzas marchitas.

Nosotros, por el contrario, cuando hablamos de «utilización alternativa» estamos refiriéndonos a la posibilidad de una *legislación alternativa*. A la posibilidad, esto es, de que las leyes ordinarias que tengan que desarrollar los preceptos constitucionales sean unas u otras, a tenor de cuál sea la mayoría legisladora en cada caso. Nos estamos refiriendo a la posibilidad de que la Constitución sea desarrollada, mediante la legislación ordinaria, en un sentido progresista, social e incluso socialista. Para que esto sea posible hace falta que se produzcan, al menos, dos circunstancias:

Primera.—Que la Constitución contenga, por una parte, precep-

Criterios previos para una valoración de la Constitución

tos susceptibles de ser interpretados y desarrollados de distinta manera, según cuál sea la matriz política de quienes tengan que interpretarlos y desarrollarlos (por ejemplo, el famoso artículo 25, sobre la enseñanza); que, por otra parte, contenga preceptos distintos, complementarios y, según algunos, casi contradictorios, que, aplicados prioritariamente unos u otros den origen a líneas de producción legislativa radicalmente diferentes (por ejemplo, la protección de la libre empresa en una economía social de mercado —art. 34— y el reconocimiento de la iniciativa pública económica, con la posibilidad de socialización y planificación en aras del interés general y las necesidades colectivas —arts. 122 y 125—); y por último, que no se constitucionalice la regulación pormenorizada del ejercicio de ciertos derechos de contenido no igualitario, sino que dicha regulación sea otorgada a la legislación ordinaria.

Hay que contar, además, con el hecho de que nuestra Constitución contiene un precepto genérico corrector de desigualdades y posibilidades de una legislación progresista, como es el artículo 9, el cual, aplicado correctamente, pueda dar enorme impulso a una legislación de transformación social.

Segunda (y fundamenta).—Que sea posible el acceso al poder político de las fuerzas representativas del cambio social y que esas fuerzas estén firmemente decididas a gobernando con base en la Constitución, utilizar ésta en el sentido alternativo al que nos estamos refiriendo. En España no sólo es posible, sino previsible, incluso, a corto plazo, la concreción de la alternativa socialista de poder. Más previsible, si cabe, dada la constitucionalización (en el art. 63) de la proporcionalidad como criterio rector de las convocatorias electorales. Y el Partido Socialista, una vez en el poder, piensa utilizar la Constitución como marco para iniciar una política legislativa de transformación social.

Hay que destacar, además, que la *legislación alternativa* no puede concebirse sólo desde un punto de vista estático. Esto es, no se puede limitar sólo a ser una legislación que configure unos criterios de ordenación social distintos a los actualmente existentes y que pretenda, así, configurar una sociedad definitivamente distinta. Ha de ser una legislación dinámica, una *legislación de apoyo* a los movimientos sociales, políticos y sindicales generadores del cambio para que sean éstos, con su acción cotidiana, los que vayan elaborando y aplicando en la prác-

tica los principios y criterios por los que haya de regirse la sociedad futura. Una legislación, en fin, que permita que el protagonismo vaya siendo progresivamente asumido por la sociedad misma en sus diversos ámbitos. Y que todo ello sea posible sin necesidad de recurrir a la modificación permanente de la Constitución, sin necesidad, esto es, de poner en crisis permanente la organización política de la sociedad española.

Conclusión. Ambigüedad y progresismo.

La Constitución española es ambigua, han dicho muchos insignes guardadores de los sellos de la ciencia. Pues bien, justamente por eso puede ser progresista. Lo ambiguo es contrapuesto a lo delimitado, a lo previamente fijado. En política —como en el arte, como en la naturaleza— lo fijo e inmutable está condenado a muerte de antemano. La pretensión de fijar la vida, los hombres y las reglas de convivencia de una sociedad en un momento histórico dado podría ser, cuando no conservadurismo, sí expresión del miedo a la libertad y de la pretensión de evitar un proceso de cambio basado en la espontaneidad social.

Las ciencias sociales, desde Marx, se basan justamente en la ambigüedad, en las contradicciones internas de los seres, las relaciones entre ellos y las leyes que regulan esas relaciones, no sólo como criterio de interpretación de la realidad, sino, concretamente, como instrumento para impulsar el cambio y la transformación de la realidad.

La ambigüedad de la Constitución es un valor positivo. Revela que existe un enorme número de decisiones, una gran cantidad de opciones políticas concretas que todavía no han sido realizadas. Permitirá que esas decisiones se tomen y que esas opciones se concreten, en cada momento, a resultas de la voluntad del pueblo. Concretamente, según cuál sea el papel que obtenga cada fuerza política merced al voto popular.

El pueblo español tiene ante sí su futuro. Y la Constitución española no va ser un obstáculo para que lo construya a su gusto. El juego no se va a jugar en el Olimpo de los textos fundamentales, sino, en la arena social.

Política exterior y neutralidad, I

EMILIO MENENDEZ DEL VALLE

(Comisión Internacional del PSOE)

El proceso de transición del franquismo a la democracia, híbrido entre ruptura y reforma, tiene como uno de sus principales componentes la llamada política de consenso. Clara plasmación de la misma constituyen los pactos de la Moncloa. Sin que ello suponga la renuncia a los objetivos y postulados del socialismo, no cabe duda de que una política de consenso aplaza provisionalmente cierto tipo de enfrentamientos políticos entre la derecha y la izquierda. Deber de la izquierda —y esencialmente del PSOE— es la construcción de una sociedad socialista. Lógica de la derecha es preservar la sociedad capitalista. Por eso el consenso (independientemente de que no todo el camino recorrido desde junio de 1977 pueda calificarse de consensual) ha de tener necesariamente un límite. Límite coincidente en mi opinión con la consolidación de la democracia formal, que a su vez puede quizás situarse en un momento inmediatamente posterior al referendo de la Constitución (1).

1. Por supuesto, los socialistas asumimos plenamente las libertades democráticas formales (de ahí nuestra insistencia en favor de un Estatuto de las Libertades Públicas). Considero superfluo el uso reiterativo de la expresión «socialismo democrático» porque es una tautología. El socialismo —el verdadero socialismo y no el implantado en determinados lugares del globo— consiste en la profundización de la democracia. Obviamente, no hay socialismo sin democracia. Pero tampoco auténtica democracia sin socialismo. Es precisamente la «derecha civilizada» quien —asumiendo las libertades formales— pretende detener en ellas el progreso hacia la democracia real.

Es normal e inevitable que tras el consenso haya disenso o que se den parcelas u objetivos consensuales y otros disensuales. Lo que hay que lograr es que el disenso se manifieste pacíficamente. Y en la historia de España, al menos en la reciente, no ha sido la izquierda la que ha esgrimido el disenso con la fuerza de las armas. Nadie deberá pues rasgarse las vestiduras cuando, según vayamos avanzando en la vía democrática, los límites del consenso entre la derecha y la izquierda queden reducidos a sus justos términos y vayan perfilándose con mayor nitidez las formas de disenso. Disentir es normal e inevitable desde el momento en que se postulan diferentes concepciones ideológicas de organización social. No deseo teorizar aquí sobre el consenso pero sí insistir en que probablemente el límite del mismo habrá que hacerlo coincidir con el carácter pacífico y democrático (gana la mayoría respetando a la minoría) que toda iniciativa socio-política emprendida por unos u otros debe poseer. Quien pretenda traspasar ese límite (y el PSOE, marxista y no leninista, no lo pretende) debe meditar previamente sobre las graves consecuencias de la acción.

En las peculiares condiciones de esta primera etapa del postfranquismo es la llamada derecha civilizada quien detenta el gobierno en España. El gobierno y sólo *parte* del poder real, ya que hay aún otros sectores de poder en manos derechistas todavía «menos civilizadas». La derecha en el gobierno viene realizando cierta actividad gubernamental y parlamentaria. Pero es la izquierda quien lleva a cabo mayores y mejores iniciativas en y fuera del Parlamento, aún habiendo aceptado la política de consenso.

Tanto desde el punto de vista de la derecha como desde el de la izquierda, política interior y política internacional son inseparables. La derecha española quiere preservar la sociedad capitalista (o llegar a constituir una *moderna* sociedad capitalista) y la izquierda quiere transformarla en socialista. La derecha está en gran parte ligada al capitalismo internacional, preferentemente norteamericano y europeo, y sabe que la mejor manera de modernizar el capitalismo hispano es en estrecha conexión con quienes ya lo han modernizado. De ahí que las relaciones internacionales de la derecha española y la política exterior del actual gobierno busquen la integración en el bloque político-militar «occidental» construido para la defensa y garantía del capitalismo internacional, esto es, la OTAN.

Para el socialismo, la correlación resulta más difícil dado que

desea conseguir la sociedad socialista sin vincularse —por razones obvias— al bloque de los actualmente llamados países socialistas de Europa oriental. Por eso, el PSOE —que dice no a la OTAN— dice igualmente no al Pacto de Varsovia. Por eso el PSOE propone una política de *no vinculación* a bloque militar alguno.

Cuando, tras la muerte del dictador, la derecha comienza a ensayar la política de consenso con la izquierda⁽²⁾, se plantea extenderla al campo internacional. Carente el país durante muchos años de una verdadera política exterior, el gobierno Suárez no destaca tampoco en este aspecto. Sólo cuando determinados temas candentes de política internacional o virtualmente internacionalizados (Sahara, Acuerdo de Pesca con Marruecos, Canarias) alcanzan momentos álgidos parece notarse la existencia de un ministerio de Asuntos Exteriores, si bien más por los aspavientos y reacciones tremendistas que por la exposición y público debate de su programa político. Más por el ruido que por las nueces.

Política exterior e «interés nacional».

La derecha, en el gobierno o fuera de él, ha querido trasladar a lo exterior la política de consenso practicada hasta ahora, al parecer, para consolidar la democracia. Sin embargo, con la excepción de unos contados casos de muy definida naturaleza territorial y que afectan a la soberanía (Canarias, Gibraltar), el Partido Socialista no debe prestarse al juego —al sofisma— del «consenso necesario» en la política exterior y en las relaciones internacionales del Estado.

Todo Estado se halla integrado por partidos políticos y clases sociales diferentes e incluso antagónicos. Y la lucha de clases no es un concepto caprichoso, sino una lamentable realidad *no* inventada por la izquierda. Si internamente los intereses de las diversas clases sociales *no* coinciden en lo fundamental (ya que existen explotados y explotadores), resulta igualmente *acientífico* sostener la posibilidad de que los partidos o grupos que aspiran al poder político, social y estatal mantengan un perfecto acuerdo sobre la política exterior del Estado.

2. Naturalmente, tan sólo porque no tiene otro remedio a causa de la nueva correlación de fuerzas que resulta crecientemente desfavorablemente a la derecha. Con Franco, buena parte de la derecha no pactaba con la izquierda. Cuando menos, la encarcelaba.

Porque en numerosos temas el enfoque, sentido y fines de dicha política exterior dependerán del partido o partidos que ocupen el gobierno en un momento dado. La actuación exterior del Estado español sería obviamente contrapuesta (o lo habría sido en el caso del Sahara) en temas como el de la OTAN o la cooperación al desarrollo del Tercer Mundo, por ejemplo, en caso de que detentara el gobierno Alianza Popular o el PSOE. Normalmente, no sólo la política interior condiciona o determina (según los casos) la exterior (y viceversa) sino que, además, el tipo político-económico de sistema existente condicionará o determinará (también según los casos) la actuación exterior.

Naturalmente, si la izquierda «se porta bien» y juega al consenso *también* en política exterior, tanto mejor. La situación es ideal: ambiente óptimo para la «consolidación de la democracia» y mejor ambiente para la *consolidación de la derecha*, a quien le gustaría hacer discurrir plácidamente su paulatina pero decidida integración en el «mundo occidental y libre», esto es, en la OTAN. Quien perturbe la placidez de tal proceso (¿y quién si no la izquierda va a hacerlo?) atenta contra... el «interés nacional»(3). Se quiere evitar así —en vano— la «disidencia» en lo exterior. Cierta derecha se elige en intérprete auténtico y único de *lo nacional* y quisiera prohibir por decreto, como en los viejos tiempos, la interpretación de *lo nacional* por la izquierda. Desde las elecciones del 15 de junio, la táctica de esa derecha ha consistido en querer hacer aparecer a la izquierda y al «interés nacional» como *antagónicos*(4). Desde esa fecha y debido a la general preocupación por la buena marcha de la transición interna no ha habido muchos temas de política exterior a debate. aún así, dos de ellos sobresalen: el del Sahara y el de nuestro ingreso o no en la OTAN. Este último aflora a principios de 1978 y al análisis de las

3. El viejo truco para eliminar «pacíficamente» toda disidencia durante los famosos cuarenta años —en política nacional o internacional— consistía en tachar de «anti-española» a toda fuerza social o persona que pudiese o se atreviese a desafiar el «consenso» franquista. Parcialmente democratizado ahora el escenario político español ya no sirve la etiqueta «anti-español» aplicada a las actividades anti-régimen o anti-gubernamentales. A pesar de ello, y como veremos más adelante, persisten algunos recalcitrantes.

4. Independientemente de la relatividad del concepto «interés nacional» (interés ¿de quiénes? ¿de los explotadores o de los explotados? ¿existe alguna fórmula aceptable por ambos de la que pueda derivarse tal interés nacional?), ha sido a menudo históricamente la derecha la más *anti-nacional*. Y hoy en día continúa siendo gran parte de la derecha la más anti-nacional, aunque sólo fuera por su propia entrega y la de un buen sector de la economía *nacional* al capital «no nacional», al capital internacional.

actitudes de la derecha al respecto dedico unas cuantas páginas de este artículo. El del Sahara es sin embargo el primer pretexto utilizado por la derecha española para atacar a la izquierda —y en concreto al PSOE— por rechazar el «consenso» en este tema. Por no plegarse a la política de entrega del Sahara, el Partido Socialista resulta así ser «anti-español». Dejemos que hablen los protagonistas.

En un inefable editorial de significativo título(5), a propósito de las sesiones sobre la descolonización del Sahara habidas en la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso, *ABC* dice: «No han tenido pudor nuestros partidos políticos, especialmente los marxistas, en lavar ante los ojos del mundo los trapos tristes más que sucios del remate de nuestra peripecia sahariana... en muchas de las preguntas formuladas primaron más razones ideológicas de naturaleza internacionalistas que el cuidado de preservar a todo trance los supremos intereses nacionales... En lo que corresponde al PSOE ¿quién puede no pensar que su interés en este problema es menos por el de la buena imagen de España que el de los intereses de una nación cuyo régimen es correligionario suyo?». Naturalmente, *ABC* se refiere a Argelia. Sin comentarios.

Ello no obsta, sin embargo, para que —también desde la derecha— se elogie al PSOE cuando éste lleva a cabo alguna acción internacional que agrada a esas derechas y no va «contra el interés nacional». Por ejemplo, la adoptada a finales de febrero de no acudir a la reunión de la Internacional Socialista de mayo en Dakar como protesta por la actitud de Senegal en la reunión de Trípoli sobre Canarias. En este sentido, es de verdadera antología el comentario de Luis Blanco Vila en *Ya*(6): «Porque queremos ser la voz de la conciencia nacional que está por encima de las ideologías temporales y oportunistas de los partidos (sic), creemos que cuando se trata de defender la continuidad de la Patria debe surgir espontánea y resueltamente la solidaridad de todas las fuerzas políticas...».

Para continuar diciendo: «No sólo en el asunto de Canarias hace falta que el PSOE adopte posturas nacionales». Con lo que el ilustre Blanco Vila quiere inducir al lector de *Ya* a pensar que —salvo en el asunto canario— el PSOE actúa de manera *anti-nacional*.

5. «Los marxistas y el Sahara», Madrid, 16-3-1978.

6. «Un buen paso del PSOE», Madrid, 1-3-1978.

La lección de ciencia política del señor Blanco Vila concluye así: «No es aceptable esta concepción «honorable» de la oposición si la oposición se convierte en oposición a los verdaderos intereses nacionales. Y en política exterior, casi todo lo que es oposición al gobierno perjudica a los intereses nacionales». (sic). Sin comentarios.

Pero ya con anterioridad se había insistido en tan preclaro periódico a propósito de las actitudes «anti-españolas» de los socialistas. Comentando un editorial de *El Socialista*, el diario de la Editorial Católica afirmaba a su vez: «Nuestros flamantes grupos de izquierda están demostrando una clara preferencia por sus afinidades ideológicas en un problema (el del Sahara) en el que están en juego los intereses nacionales»(7).

Vemos, pues, los esfuerzos que los diferentes representantes de la derecha hacen para meter a la izquierda en el cajón de sastre etiquetado con el «interés nacional». El sastre es la derecha y quiere aplicar ella sola las medidas. Permite un único traje y que la izquierda no intente coser... Por otro lado tan acosado se halla últimamente el Gran Sastre de la Política Exterior del Reino, don Marcelino Oreja, que otro representante de la alta costura le dedica todo un elogioso y personal artículo(8). Con el propósito de animar a Marcelino Oreja, Josep Melia se lamenta en los siguientes términos: «Y en un país en el que la política de partido prima por encima de la política de Estado, en el que no hay una posición unánime compacta de todas las fuerzas políticas ante la vida internacional, en donde los esquemas responden a afinidades ideológicas y no a intereses nacionales, resultaba imposible hacer las cosas mejor». (¿Nostalgia del *ancien regime*?).

También Licinio de la Fuente intenta una excursión por el tema en el diario *Levante*: «No sé si será posible que los partidos discutan y traten de elaborar uno de sus famosos «consensos» sobre las líneas maestras de esa política. Pero si hay una materia en que ese «consenso» es fundamental es en política exterior»(9).

Creo que en este asunto tiene el lector a su disposición suficientes muestras de cómo un sector de la derecha española quiere hacer tragar a la «mayoría silenciosa» (afortunadamente en España ni la «mayoría»

7. «Prejuicios sobre el Sahara», Madrid, 17-11-1977.

8. «Para Marcelino Oreja», *El Imparcial*, Madrid, 21-3-1978.

9. «Una política exterior nacional», Valencia, 24-3-1978.

lo es tanto ni la pretendida minoría guarda silencio) la burda identificación izquierda = anti-España / derecha = interés nacional(10). Derecha española que, por cierto, coincide en este aspecto con otras derechas foráneas. Así, por ejemplo, durante la última campaña pre-electoral en el vecino país, el Presidente francés quiso etiquetar a la izquierda de similar manera: «En vísperas de la campaña oficial para las elecciones legislativas de marzo próximo, Giscard d'Estaing advirtió a los franceses sobre el peligro que correría «el alto nivel conseguido por nuestras relaciones internacionales» si gana la oposición de izquierda»(11). Lo que equivale a mantener que la izquierda atentaría contra el «interés nacional» de Francia en caso de dirigir desde el Palacio del Elíseo la política exterior.

La «imposible neutralidad».

Decíamos más arriba que en el corto período histórico de nuestra «pre-democracia» prácticamente tan sólo dos temas de política exterior han tenido (o tienen) suficiente discusión ante la opinión pública. Y se trata de dos temas de «disenso»: el del Sahara y el de la OTAN(12). Nos ocuparemos ahora de este último, que constituye propiamente el objeto de este artículo. No exactamente de la OTAN sino de la alternativa que el PSOE propone al ingreso de España en la OTAN, es decir, la neutralidad. Pero en este número de *Leviatán* quiero tan sólo (en la línea y según la estructura elegida para este artículo) reflejar la actitud de esa cierta derecha española a que vengo aludiendo ante la alternativa *neutralidad*. No llevaré a cabo, pues, en esta ocasión (queda para una ulterior) un análisis del contenido, forma grado y condiciones que a mi juicio puede implicar tal neutralidad. Me limitaré a exponer cómo la derecha contempla —entre burlona, indig-

10. Como es fácilmente advertible, en la mayoría de los comentarios que hemos reproducido, no sólo se da esa identificación derecha = interés nacional; sino que incluso se sigue manifestando un repudio —consciente o subconsciente— del sistema de partidos, del pluralismo político. Algún que otro adalid de las causas perdidas quiere incluso situarse por encima del bien y del mal, esto es, de los partidos políticos.

11. *El País*, Madrid, 11-2-1978.

12. El otro gran tema de política exterior —nuestro ingreso en la Comunidad Económica Europea— no es aquí motivo de comentario porque, aunque la derecha y la izquierda parlamentarias enfonquen nuestro papel y condiciones de entrada en la CEE de forma diferente, ambas desean la adhesión.

nada e inquieta— dicha alternativa. Y cómo, frecuente y conscientemente, pretende —al igual que en el caso del «interés nacional»— deformar la realidad.

Resulta sintomático constatar cómo la derecha se ha lanzado resueltamente a través de los medios de comunicación de masas contra la alternativa de neutralidad meramente enunciada por el PSOE en su XXVII Congreso. No hay agresividad (que justifique la desplegada dialécticamente por la derecha en este tema) cuando los socialistas aprueban en dicho Congreso que «una España democrática estará en condiciones de marcar su independencia frente a los bloques militares (OTAN y Pacto de Varsovia) que se reparten las zonas de influencia en el mundo y de adoptar progresivamente una política de neutralidad activa en cuanto contribuya a la causa del socialismo»(13). Quizás los nervios de la derecha tengan explicación por su lectura del último párrafo que cierra los documentos del XXVII Congreso socialista: «Una España socialista, consciente de sus responsabilidades internacionales y con unos claros objetivos de ayuda a todos los pueblos progresistas, con una política de activa neutralidad superadora del falso dilema URSS-EE. UU. y trabajando decididamente porque también a escala europea, los valores del socialismo y la democracia triunfen, será sin duda, una pieza fundamental en la necesaria superación a escala universal del mundo capitalista y en la entrada de lleno en el período en el que la administración de las cosas no suponga el gobierno y la explotación de unos hombres por otros. La libertad, la paz, la justicia y el progreso sólo se conseguirán plenamente con el triunfo del socialismo a nivel mundial»(14).

¿Qué pretende la derecha? ¿Acaso que mediante el «consenso» renunciemos los socialistas a la construcción de la sociedad... socialista? ¿No le basta a esa derecha nuestra renuncia a la violencia para conseguir tal sociedad? ¿Podrá por otro lado la derecha limitarse a preservar y modernizar la sociedad capitalista, también pacíficamente? ¿Ha renunciado la derecha a la violencia? Naturalmente, el papel de la derecha estriba en evitar el «triunfo del socialismo a nivel

13. XXVII Congreso del Partido Socialista Obrero Español, «Programa de transición», capítulo sobre Política Internacional: «La España democrática en el mundo de hoy y de mañana» y en concreto el apartado a) «La recuperación de la independencia y la integridad territorial».

14. Idem, apartado d) «La contribución a la lucha mundial por la paz, la justicia y el progreso».

mundial» y, al parecer, en propiciar el falso dilema URSS-EE. UU. En mi opinión, el papel y el deber de los socialistas estriba justamente en lo contrario.

Son diversos los representantes de la derecha que están llevando a cabo de manera notoria una campaña contra la alternativa neutralidad. Desde principios de 1978 hasta el momento de redactar estas líneas son abundantes las muestras aparecidas en la prensa nacional. Y ello sin que por parte del Partido Socialista Obrero Español se haya producido «provocación» alguna, al menos no provocación suficiente o proporcional.

Como veremos en las páginas que siguen —que recogen fielmente las opiniones de los principales intérpretes de la operación— se persiguen dos objetivos fundamentales: 1) desprestigiar la postura de *neutralidad*; de diversos modos, pero nunca aduciendo razones de peso ni realizando un análisis crítico de la misma. 2) ligar a la izquierda —y en especial al PSOE— con la tesis de la neutralidad en política exterior, con lo cual se pretende (al presuponer que se va a convencer a la opinión pública del carácter nocivo de tal postura) desprestigiar a la izquierda y al Partido Socialista.

Consecuentes con la filosofía de que el fin justifica los medios, todo tipo de artilugios, sofismas y falacias se esgrimen con este fin: neutralidad es igual a «tercermundismo»; la neutralidad atenta al interés nacional de España; la neutralidad favorece los intereses de la Rusia soviética; la neutralidad es una utopía socialista; la neutralidad es una irresponsabilidad de los socialistas; la neutralidad implica la falta de política exterior... y otras lindezas por el estilo.

Me propongo suministrar al lector un conocimiento amplio de la tramoya anti-neutralidad que se está montando. Con la sola exposición de las opiniones de los tramoyistas. Alguna de ellas caen por su propio peso tras su simple enunciación. No merecen ni un comentario. Otras son, no tanto burdas como sofistas o falaces, pero no resulta muy difícil mostrar su verdadera intención. En ocasiones, la opinión resulta de por sí significativa. En otras, más bien por quien la emite. Unas veces destaca más el contenido que la forma. Otras, el estilo, el título de un artículo periodístico o incluso el uso de uno u otro adjetivo denota el tinglado psico-político de sus autores. A modo de ejemplo, tomemos los casos de dos prohombres de la derecha, Fraga y Areilza. En sendos artículos publicados en diferentes medios, uno y otro se

sirven de un factor común que delimita de entrada la concepción que ambos poseen de las relaciones internacionales. Es una concepción de campo de batalla, de enfrentamiento y de zancadilla al enemigo, ni siquiera al adversario. Y hablo de los aspectos diplomático y político de las relaciones internacionales, no de una de sus posibles últimas consecuencias, la guerra caliente. Por si fuera poco —sobre todo para Fraga— el tema se reduce a una historia de buenos y malos: respectivamente, los EE. UU., angelicales criaturas que no agreden y los soviéticos, que son monstruosos y que tienen engañado a todo Occidente.

Así, don Manuel Fraga, en pieza literaria titulada «La transición de España y la jungla internacional»(15), construye un apocalíptico relato (variante internacional del catastrofismo interno que tanto disgusta) en el que al menos las tres cuartas partes del planeta resultan devoradas por los soviets y, muy recientemente, Africa que «está siendo sucesivamente apartada de sus contactos europeos y americanos». Fraga debe entender por «contactos» la tradicional presencia (de rapiña) colonialista y neocolonialista del capital occidental en Africa desde hace largas décadas. Naturalmente, no hace la menor alusión a los amistosos «contactos» que los USA mantienen en América Latina. «Que existe un plan para la hegemonía mundial soviética no es ninguna suposición», dice Fraga. Pero guarda silencio sobre el plan hegemónico de la otra gran potencia. En claro reflejo condicionado, Fraga traslada su famoso «carácter enérgico» de lo doméstico a lo internacional: «Se nos habla por unos de desarmar el Estado o de suprimir la pena de muerte; por otros, de pacifismo, de distensión, de neutralidad». Pues sí, don Manuel, los socialistas estamos por la abolición de la pena de muerte, por la distensión y por la neutralidad, entre otras razones, porque no creemos —como usted cree— que «la vía internacional es más que nunca una jungla».

Curiosa coincidencia la de Fraga con don José María de Areilza, quien por su parte escribe que «de viajes solamente, por mucho que reluzcan, no se subsiste en *la selva de la competencia exterior*»(16). Pero del conde de Motrico nos ocuparemos *in extenso* más adelante.

15. *El País*, Madrid, 22-4-1978.

16. «Lejana y sola», *ABC*, Madrid, 14-3-1978. Lo de cursiva es mío.

En la última parte de este artículo y en relación con la oposición, directa o indirecta, abierta o camuflada, de la derecha a la alternativa neutralidad, consideraremos los diversos sofismas o falacias utilizados por ese sector político.

Sofisma núm. 1: Neutralidad es igual a «tercermundismo».

Es uno de los más extendidos, conscientemente propalados por la derecha. Todas las personas que a continuación cito disponen del suficiente coeficiente de inteligencia como para saber perfectamente que cuando la izquierda —y en concreto el PSOE— habla de *neutralidad* no está preconizando el *tercermundismo* para España. Afirmar tal cosa es o una estultez o un deliberado y consciente propósito de *deformar la realidad*.

Don José María de Areilza, en conferencia pronunciada en Málaga a primeros de abril, afirma que España no puede hacer una política exterior independiente y que «de las tres opciones que se presentan: Pacto de Varsovia, OTAN y tercermundismo», la mejor, en su opinión, es la segunda(17). No sólo no es serio reducir a tres las posibles opciones existentes, sino que además el señor conde lleva a cabo una deliberada suplantación de identidad: *neutralidad* por *tercermundismo*. Inexacta es la reducción a tres, pero en ese supuesto, la tercera opción es *neutralidad*. Y bien lo sabe el señor conde de Motrico.

Y no era la primera vez que nuestro noble protagonista reincidía: «El tercermundismo económico no corresponde como modelo estimulante a nuestro sistema productivo de país industrialmente desarrollado. Ni el neutralismo exterior es conveniente para nuestro interés nacional»(18). De lo que se deduce que... «tercermundismo» es igual a neutralidad. (*Neutralismo* es un término utilizado por la derecha con sentido peyorativo; a medio camino entre *neutralidad* y *tercermundismo*, que, como estamos comprobando, constituye el «vade retro Sata-nás» de su escala de valores internacionalista).

17. *El País*, Madrid, 8-4-1978.

18. En «Neutralismo», *ABC*, Madrid, 19-2-1978.

Apenas un mes después, Areilza insiste: «Se habla de neutralismo y de tercermundismo como ideales que pudieran llenar nuestro horizonte futuro»(19).

Con su ya habitual y conocida «ecuanimidad», don Abel Hernández se pregunta en *Informaciones*: «El eventual triunfo de la izquierda marxista en nuestro país en unas próximas elecciones ¿nos va a condenar a hundirnos en una especie de «tercermundismo» africano?». Probablemente, el señor Hernández está convencido de que los «moros» maquinan la reconquista de Granada e incluso hacer del Tajo su río navegable. De ahí que don Abel se desespere: «Es inconcebible, dígase lo que se diga, que todavía no estemos en la OTAN»(20).

Josep Melia no podía faltar en este coro de lamentos y se duele de los grandes «perjuicios producidos por las espinillas tercermundistas de nuestra izquierda»(21). «Yo me siento europeo, atlantista» (o sea que no hay más cáscaras: o se es atlantista o no se es europeo). Los millones de suecos, finlandeses, irlandeses, austriacos, suizos... son automáticamente desnaturalizados por el silogismo de Melia. Claro que inmediatamente se le comprende cuando se lee esta frase suya: «La OUA es una piña de nacionalismo, visceralmente anti-europeo y radicalmente tercermundista». Marcelino Oreja, amigo de Melia, debería tenerlo a su lado como Director General de Asuntos de Africa, ahora que, para beneficiar nuestros intereses nacionales, iniciamos nuestra luna de miel con Africa.

Un último ejemplo: Javier Tusell se empeña en el diario *Ya* (tercermundismos aparte y tan sólo para abrir la boca) en hacer gala de su antisocialismo: «Nadie negará al grupo (¿no quedaría mejor «grupúsculos», Tusell?) que hoy acaudilla Felipe Gonzáles un pasado irreprochable en defensa de lo que en Europa occidental significa la democracia... Sin embargo, desde su escisión (?) a comienzos de los años setenta, el PSOE mostró una reticencia clara al Mercado Común». Sorprendente. Por si esto no bastara, también para Tusell «el PSOE cae en un defecto que ha sido común a cierta izquierda intelectual del mundo occidental: el tercermundismo, que viene a ser

19. En «Lejana y sola», *ABC*, 14-3-1978.

20. *Informaciones*, Madrid, 27-2-1978.

21. *El Imparcial*, Madrid, 1-3-1978.

lo mismo que la apología de los indigentes»(22). ¿Qué hacemos, Tusell? ¿Acabamos con todos ellos de una vez?

Sofisma núm. 2: la neutralidad es una maniobra soviética. Apoyar la neutralidad es apoyar a Rusia.

Citemos de nuevo al señor Areilza, uno de los más entusiastas defensores de la OTAN y que, congruentemente, se define: «La civilización democrática y liberal del Occidente tiene, hoy por hoy, un soporte articulado de protección, definido, y preciso. *Se llama la fuerza militar de los Estados Unidos*. Y se denomina en Europa Alianza Atlántica». Imposible exigir mayor claridad. «Que el neutralismo hace el juego descarado a uno de los dos poderes, en perjuicio de la otra opción (Areilza ya ha reducido aquí las opciones a dos) es algo transparente para cualquier observador objetivo que se asome a la problemática exterior de España»(23). De lo que se infiere que el PSOE —que no parece entusiasmado con los Estados Unidos— hace el juego a la URSS.

Pero para que don José María de Areilza no se sienta solo en su cariño por la «civilización democrática y liberal de Occidente», esto es, la «fuerza militar de los Estados Unidos», el propio *ABC* le acompaña editorialmente: «Tan opuesta a la entrada de la OTAN es Argelia como, naturalmente, el propio PSOE y la misma URSS» (todos en el mismo cajón)... «Tiene el PSOE, pues, su propia política exterior, sus pactos y sus compromisos. Y en la nube de las fraternidades e internacionalismos socialistas se diluyen y borran los límites entre lo que es propio y es ajeno. En su dialéctica se extravía la misma noción de injerencia si ésta, como hipótesis, se produce desde el campo socialista»(24).

El señor Cantarero del Castillo coincide con el *ABC*, el mismo día y de la misma manera, en ver con nitidez indiscutible las asechanzas soviéticas sobre Canarias: «La maniobra-chantaje 'neutralización o Canarias' está planteada y dirigida por el Este... ¿qué hace el señor

22. *Ya*, Madrid, 3-3-1978.

23. En «Neutralismo», *ABC*, 19-2-1978. (Lo de cursiva es mío).

24. 5-3-1978.

Oreja en Belgrado, justamente la capital desde la que Tito dirige la operación de pretendida incorporación de España al neutralismo?»(25).

Mientras tanto, Abel Hernández prosigue su certero rastreo de la convivencia PSOE-URSS: «La izquierda española parece que juega a eso. Su oposición a nuestro ingreso en la Alianza Atlántica y su apoyo a los movimientos de liberación del norte de Africa (hoy mismo hay representantes socialistas y comunistas en Argel coreando al Polisario) son indicios ciertos de que, más o menos conscientemente, *están jugando la carta de Moscú*»(26).

O bien: «Hasta ahora el principal punto de concordancia entre socialistas y comunistas está en la concepción de la política exterior, sobre todo, en el tema de la OTAN. En esto *coinciden con la política de Moscú*»(27).

No menor brillantez analítica exhibe Josep Melia al escribir sobre la izquierda y «su *tácita alineación con los intereses estratégicos de la URSS*»(28). Lleva Meliá algún tiempo obstinado en el asunto: «El problema de España es que sus fuerzas políticas no tienen una posición internacional común. La izquierda quiere jugar a la neutralidad, o sea al antiatlantismo, *que es lo mismo que decir al prosovietismo*»(29).

Cerramos este apartado con una última, tajante y clarificadora afirmación de Javier Tusell: la neutralidad de España «no ayuda a la distensión sino a Rusia»(30). Abajo la distensión, vivan los bloques.

Sofisma núm. 3: la neutralidad o el «neutralismo» revelan una falta de política exterior.

Se trata de otro de los muy queridos argumentos de la derecha. Tras apurar el recurso de «tercermundismo» igual a *neutralidad* o el de

25. *El Imparcial*, Madrid, 5-3-1978.

26. *Informaciones*, Madrid, 27-2-1978. (Lo de cursiva es nuestro).

27. En «La izquierda y la OTAN», *Informaciones*, 26-4-1978. (Lo de cursiva es mío).

28. *El Imparcial*, 1-3-1978. (Lo de cursiva es mío).

29. En «Marejada en los caladeros», *Destino*, Barcelona, 23-2-1978. (Lo de cursiva es mío)

30. *YA*, 3-3-1978.

¡que vienen los rusos! (con desembarco en las playas de Alicante en cuanto nos descuidemos) pocas argucias les quedan a nuestros derechistas. Algo socorrido es el que describimos en este tercer sofisma, pero no tanto como los dos primeros.

Así, Ramón Herмосilla, convencido de que «no podemos ser neutralistas», se pregunta: «¿Que por qué nos obliga nuestro contexto geopolítico a salirnos del neutralismo y *ejercer una política determinada?*...»(31). Ejercer una política determinada... Aquí se pretende que la neutralidad no construye política exterior. Otra pretensión más...

Recurso asimismo esgrimido por Areilza: «*El neutralismo consiste en no tomar partido. En considerar indiferente para los intereses nacionales el que una u otra concepción del Estado, de la vida y de la economía prevalezca en nuestra colectividad*»(32). No, señor conde. La neutralidad que propugnamos los socialistas consiste claramente en tomar partido, pero no el de los Estados Unidos ni tampoco el de la Unión Soviética. Creemos precisamente que los intereses nacionales se protegen al quedar al margen de cualquiera de los dos *bloques militantes*.

Hasta aquí la flor y nata de los sesudos argumentos desplegados por la derecha en los medios de comunicación para desvirtuar la realidad y las intenciones de los socialistas. Hay otros de menor cuantía («el PSOE es irresponsable por apoyar la neutralidad», «Canarias a la deriva por no estar integrados en la OTAN», «España está naturalmente llamada a entrar en la OTAN», etc.) que no merecen ser ampliados aquí. Otro señuelo a menudo esgrimido tampoco resiste el análisis: la CEE es igual a democracia; la OTAN es el aparato defensivo de la democracia europea; luego; CEE es igual a OTAN. España pretende entrar en la CEE luego debe hacer lo propio con la OTAN. (Como comentario marginal, hay que recordar que mientras se nos ofrece una entrada en la OTAN, nadie ve perspectivas de adhesión a la CEE antes de un buen manojito de años, es decir: además de entrar en la OTAN, estaríamos contribuyendo a la defensa (desde la OTAN) a algo (la CEE) de lo que ni siquiera formamos parte).

31. En «Una política exterior de fotos y sonrisas», *El Imparcial*, 14-3-1978. (Lo de cursiva es nuestro).

32. *ABC*, 19-2-1978.

A este respecto y olvidándonos ahora de los países europeos neutrales o *no vinculados* a bloque militar alguno ya mencionados, hay que decir que ni son todos los que están ni están todos los que son: Irlanda es miembro de la CEE, pero no de la OTAN; Noruega lo es de la OTAN, pero no de la CEE. Y además que la OTAN no es necesariamente igual a democracia. La dictadura salazarista en Portugal —aún más ferrea que la franquista— fue miembro de pleno derecho de la OTAN con el pleno apoyo de la organización atlantista. Y los coroneles que durante casi una década amordazaron a Grecia, país miembro del Tratado Atlántico, contaron también con el respaldo de la organización. Razones «estratégicas» justificaron el apoyo a ambas dictaduras...

Como indicaba al principio, con este trabajo no he conseguido sino lo que él mismo refleja. La exposición detallada de una teoría de la *neutralidad* o de la *no vinculación* a bloque militar alguno, tal como los socialistas la entendemos, queda para un segundo artículo.

Baste por ahora resaltar que el Partido Socialista Obrero Español soberanamente decidió en su XXVII Congreso apoyar tal alternativa para nuestro país. En clara concordancia con el Congreso, el primer secretario rubricó recientemente dicha fórmula en su discurso público, a primeros de año, en el Club Siglo XXI de Madrid. Dijo Felipe González: «Queremos que nuestro país adopte una posición de neutralidad activa, al margen de la política de bloques, que favorezca auténticamente la política de distensión y de paz internacional... A nuestro juicio, el papel de España va estar directamente condicionado por la concepción que el país tenga en materia de defensa y por el destino que quiera darse en la política de distensión y de paz internacional. Si somos capaces de mantener una política de neutralidad, que no olvide la posición geográfica y la vinculación a Occidente, nuestra incidencia y nuestra respetabilidad crecerán enormemente en los países del Tercer Mundo, como los africanos y los latinoamericanos. Ello nos lleva a afirmar que España *no debe incorporarse a la OTAN*, aunque busque algún procedimiento para homologar sus sistema defensivo con el de los vecinos europeos».

REVISTA DE LIBROS

PAUL PRESTON: LA DESTRUCCION DE LA DEMOCRACIA EN ESPAÑA. Reacción, Reforma y Revolución en la Segunda República. Ed. Turner. Madrid, 1978.

El profesor Paul Preston, en esta obra que hoy comentamos, ofrece al lector español un sugestivo y meditado estudio sobre la Segunda República, culminando así una serie de inteligentes trabajos publicados en diversas revistas sobre el mismo tema.

El argumento básico del libro, que el profesor Preston tiene el acierto pedagógico de incluir en las primeras páginas, consiste en basar el conflicto central de la República, y la causa principal de la guerra, en la lucha entre el PSOE y la CEDA «para imponer sus respectivas formas de entender la organización social en España por medio del control del aparato de Estado» (pág. 10). Ambos procuraron controlar los medios legales para dar a la República un contenido legislativo favorable a los intereses de sus seguidores. Y aquí nacerá el conflicto, pues la labor de un socialismo reformista en un momento de crisis económica puede provocar los mismos efectos que un revolucionarismo total, es decir, el intento de imponer un Estado fascista o corporativo. Sobre este conflicto central girarán las actitudes del PSOE y la CEDA, pasando a segundo término la actividad de los extremistas,

pues tanto cedistas como socialistas estaban seguros que el aparato represivo del Estado podía hacerles frente. A partir de aquí el profesor Preston irá desarrollando en siete apretado capítulos, la evolución de los dos partidos, tanto en sus dinámicas internas, como en sus relaciones mutuas, de cara a la tesis central expuesta.

Preston critica el concepto teórico que justificaba la participación socialista en el gobierno: el de revolución burguesa por hacer, que llevó al PSOE a la colaboración en 1931-33, al triunfar la tesis de Prieto (imposibilidad burguesa para hacer su revolución; por tanto hay que ayudarla), con la ayuda pragmática de Largo Caballero (pensando en las ventajas inmediatas que ofrecía para el socialismo) y contra Besteiro (hay que dejar a la burguesía cumplir sus tareas). El error consistía en no ver que la burguesía y los terratenientes formaban un conjunto en el que los latifundios no eran residuos feudales, sino una parte del sistema capitalista. La colaboración sólo podía justificarse por un progreso social ininterrumpido, que justificara la contención de la base, al tiempo que tranquilizaba a las clases medias, para realizar las reformas necesarias. Así el congreso de 1931 aprobó un extenso programa de reformas que justificaba la colaboración. Pero la crisis económica convirtió este reformismo en verdadera alteración del poder económico y social existente, provocando el asalto a estas reformas. Esto provocó el cambio de rumbo socialista, acuciado además por el miedo de perder militantes en beneficio de la CNT y el PCE.

Este bloqueo fue dirigido por Acción Popular-CEDA, basándose en la teoría del accidentalismo de las formas de gobierno. Aceptaban éstos el juego democrático con el fin de controlar la República y privarla así de su significado reformista. Partían de la conciencia de la debilidad política de la derecha y del convencimiento de que sus intereses podían defenderse mejor dentro de la legalidad. Para ellos el fin fundamental era defender el tradicional orden económico y social, dejando en segundo lugar la forma política del Estado. En este orden jugaba papel esencial la defensa de la Iglesia, como aglutinante ideológico de los intereses de clase y como bandera de enganche de más extensas masas. Por todo esto, los accidentalistas rechazaron la violencia, no por convencimiento, sino por conciencia de la propia debilidad, que les hacía preferir la conquista de la vía republicana legalmente como medio de obtener sus objetivos finales, que «eran incompatibles con una existencia significativa de la República» (pág. 66). Así Preston

ve en las declaraciones de Acción Nacional y de las JAP en 1931 (junio y diciembre) una declaración de guerra a todo lo que la República significaba de cambio, pese a las protestas de accidentalismo. La táctica rindió sus frutos en 1933, tanto por el ascenso de masas de la CEDA, como por la ofensiva patronal contra el reformismo, que confirmaban el éxito del legalismo en el bloqueo de las reformas.

Lo anterior motivó el giro socialista, iniciado en 1932 y que tomó cuerpo en el verano de 1933. El fracaso relativo del reformismo disoció las diversas posturas. Largo expresó esta frustración, pero de forma contradictoria, mezclando amenazas revolucionarias con su actual labor reformista desde el ministerio. Besteiro defendió una ortodoxia aislacionista que no era más que un reformismo puritano. Prieto aceptaba el fracaso, pero comprendiendo la enorme fuerza del ataque conservador, y dudando de la capacidad socialista para resistirlo, defendía la colaboración en las tareas de gobierno, como escudo que parara la embestida conservadora. Analizando Preston los motivos de la radicalización caballerista dice de ella que «por encima de todo fue una respuesta al estado de ánimo de la base» (pág. 137), inquieta por la lentitud del reformismo y los piropos derechistas al fascismo. El móvil fundamental de Largo era el no desconectarse de la base, por miedo a perderla, lo que motivó la acusación de seguidismo: «la táctica social demócrata de flanquear a la vanguardia verbalmente para neutralizar su militancia» (pág. 199). Pero también era cierto que la República se identificaba con su reformismo, y sin él el régimen perdía su esencia. A partir de aquí Preston estudia las diversas posturas, comparándolas con sus concreciones políticas y los resultados obtenidos. La radicalización caballerista aumentó la agresividad de la derecha, y dada su fuerza económica y política en 1933, dicha radicalización dio mayor justificación a sus bríos. Por ello, y porque el revolucionarismo caballerista estaba lastrado por una táctica reformista tradicional, que lo único que buscaba era contentar a su base y atemorizar a las derechas en su corporativismo, Preston encuentra la posición de Prieto mucho más realista.

A partir de aquí el profesor Preston entremezcla inteligente y meditadamente la subida de la CEDA, sus connotaciones fascistas y la reacción socialista. Sobre el posible fascismo de la CEDA resalta las ambigüedades de Gil Robles, que aunque no era fascista, no sacó a su partido de la nebulosa que suponía el radicalismo fascitizante de

las JAP, la benevolencia de «El Debate» hacia el fascismo italiano y las concomitancias del programa cedista con el de Dollfus, adobado todo con declaraciones poco democráticas hacia el parlamentarismo en beneficio de un futuro corporativismo. Si a ello se añade la reducción en las reformas sociales, se entenderá mejor la identificación CEDA-fascismo que los socialistas realizaron.

Desde este momento el PSOE empezó a hablar de revolución para detener al fascismo, aunque diferenciándose la postura de Prieto, que limitaba el movimiento a la defensa de la República, de la de las Juventudes Socialistas, que lo extendían a la implantación del socialismo. Critica Preston la marcha hacia Octubre porque no se hizo nada para preparar la revolución, dejando que la provocaran las derechas cuando les convino. Los resultados son conocidos: fracaso socialista y triunfo del legalismo cedista, que conseguía entrar en el gobierno y desde él hacer lo que desde fuera de la República no se había podido: destruir el movimiento socialista. Para lo que sirvió Octubre fue para detener el avance hacia el corporativismo, pues el realismo de Gil Robles comprendió que no podía implantarlo sin una acción militar, que por el momento era imposible. «El tan alabado legalismo de Gil Robles no fue en esos momentos más que el resultado de la imposibilidad de una línea de acción alternativa» (pag. 250).

A partir de aquí, la anulación de las reformas, la creciente fascis-tización de las JAP y la misma ambigüedad doctrinal de Gil Robles, impulsaron la bolchevización socialista. Estudia Preston los límites de ésta, que ni abarcó todas las zonas de España, ni donde se impuso lo hizo fácilmente. Destaca la eliminación de los besteiristas, centrándose la lucha contra los centristas. Puntos claves de esta pugna fueron las responsabilidades de la pasada revolución, viendo Preston en el revolucionarismo de los caballeristas y las juventudes una autojustificación de su fracaso en el propio feudo madrileño. Sobre esta polémica se planteó el problema de las futuras elecciones. Prieto volvió a ser el más realista: había que reconstruir la coalición con los republicanos, pues un exclusivo bloque obrero —como querían los caballeristas— fracasaría ante una derecha unida, como había pasado en 1933. Preston muestra que Prieto llevaba razón: el PSOE había fracasado haciendo la revolución, por lo que fuera del poder no podía esperarse ningún cambio. Prieto, de camino, atacaba el extremismo juvenil y su notas dictatoriales. La respuesta caballerista la articuló Baraibar.

Esta se basaba en la creencia de que sólo la revolución podía cambiar las estructuras sociales, acusando a Prieto de mantener las esperanzas en una democracia burguesa desacreditada. La gran parte de razón de esta crítica no invalidaba el argumento de Prieto sobre la necesidad de ganar las elecciones; más aún cuando el extremismo caballerista no pasaba de ser verbal, que lo único práctico que conseguía era asustar. En este contexto hay que entender la sorprendente dimisión de Caballero como presidente del PSOE, para refugiarse en la radicalizada UGT, desde donde dirigió sus ataques a Prieto.

El resultado de las elecciones separó más las posturas. Largo negó la participación socialista en un gobierno de coalición, esperando que el agotamiento republicano le daría el poder en bandeja; pero al seguir con su extremismo verbal lo que conseguía era atemorizar a las masas republicanas. Lo único activo que hacía era preparar la unidad sindical, pero con el propósito de absorber a la CNT y a los comunistas. Por ello Caballero, al hablar de una revolución que en realidad ni pensaba, no consiguió ni prepararla, ni fortalecer al gobierno, que era tanto como allanar el camino a la reacción. Mientras Prieto preparaba su gobierno, pero al frustrarse por la oposición caballerista, se encontró que como él había proyectado a Azaña a la presidencia, ahora nadie existía con talla suficiente para dirigir el gobierno.

En el otro extremo el fracaso electoral de la CEDA suponía la derrota del legalismo en la conquista del poder, acrecentado además por la propia propaganda electoral, que había presentado la posible derrota como el inicio del holocausto. La posterior defensa del legalismo por Gil Robles, la ve Preston como falsa, puesto que ya había contactado con los militares en busca de una solución de fuerza. Su actitud es clara: aparente defensa de la legalidad, para utilizar el Parlamento como altavoz de un desorden público falsamente aumentado y azuzado por las derechas, con el fin de desprestigiar a la República y aterrorizar a las clases medias, para justificar el levantamiento.

Así el revolucionarismo artificial de Caballero hacía el juego al catastrofismo derechista, y al no aceptar el gobierno prietista paralizaba dramáticamente al PSOE, que no podía ni abortar el golpe, ni hacer la revolución. Además, las clases medias no podían comprender que las amenazas de Caballero sólo eran verbales, por lo que cuando en junio se produjo un alza de los moderados de Prieto ya poco significaba. Así las espadas iban a caer. El reformismo había sido blo-

queado, pero la situación no había vuelto a 1931, como deseaba la oligarquía. La situación violenta entraba en juego.

De entre las múltiples sugerencias que este libro me suscita, me limitaré a destacar algunas. Aceptando la lúcida tesis central, hay un punto discutible, sobre todo desde el papel político del PSOE en el gobierno: la confianza en dominar a los extremistas mediante el poder represivo del Estado. Los socialistas tenían que combatir dos frentes: el de la oligarquía más reaccionaria y el del anarcosindicalismo. Respecto a la primera, si se la podía aplastar, no había más problema, pero respecto a la segunda el cantar ya es otro. La CNT era diemetralmente opuesta al PSOE-UGT. Cualquier reformismo desde el Estado era sistemáticamente negado por ella. No dudo que un poder socialista consolidado volvería a encontrar una total resistencia anarcosindicalista. Por tanto el poder del PSOE encontraría la limitación primero, y la posible oposición luego de la CNT. Por ello la confianza en poder dominar a los extremistas habría que matizarla en este caso. Pero para seguir aceptando esta tesis habría que conocer mejor de lo que hoy se conoce la organización y efectividad de las fuerzas represivas del Estado. No está de más recordar que Mola, cuando salía de la DGS tenía que llamar a un taxi. Citaremos otro ejemplo: en Sevilla en 1931, para una población de 230.000 habitantes había 49 policías y una sola comisaría; pero hay más: en la Delegación de Servicios Documentales de Salamanca se encuentran las peticiones de muchas comisarías, tales como ficheros, porque tienen las fichas encima de las mesas, un coche para no tener que desplazarse a los lugares de conflicto en tranvía, etc. Creo que para confirmar la validez de esta afirmación se hace necesario un estudio de las fuerzas de seguridad del Estado, si no queremos admitir que un medio normal de control debía ser la presencia constante del Ejército en la calle.

Con respecto a la CEDA noto la falta de un estudio sobre sus divisiones internas, tal como se hace con el PSOE. ¿No pudieron ser éstas las que condicionaron la ambigüedad de Gil Robles? Es claro que la CEDA fue accidentalista mientras pudo servirse de la democracia, pero creo que no se matizan suficientemente los contactos de Gil Robles con los militares, y esto puede llevar a confusión. Entiendo que un partido en el gobierno, tras aplastar una revolución, que es una forma evidente de salirse de una legalidad, puede contactar con unos militares de una forma, o con un significado absolutamente diferente

que cuando pierde unas elecciones. La clarificación la considero necesaria, si se quiere comprender la evolución de la CEDA.

Respecto a la radicalización de Caballero no acabo de comprender el miedo, siempre argumentado, a perder sus bases en favor de la CNT o los comunistas. Lo primero que hay que preguntar es ¿cómo la UGT creció tan enormemente siendo tan reformista? Lo segundo es que en el momento de la radicalización la CNT empezaba a hundirse tras sus cotidianos levantamientos, y con respecto al PC en 1933-34 no representaba una amenaza seria. Dentro de esta radicalización sería interesante pedir al profesor Preston para sucesivas investigaciones —que caen fuera de este libro— que incidiera más en los intentos de Caballero acerca de la CNT en 1936. Ello nos podría aclarar más aspectos de la seriedad revolucionaria de Largo Caballero.

En lo que me permito diferir es en el tratamiento que se da a la cuestión del orden público. ¿Si era una hinchazón propagandística de la derecha, a qué vinieron las advertencias de Prieto en Cuenca? Creo que el tema sigue estando ideologizado, por lo que se suele estudiar no sobre un estudio cierto de los hechos, y sus repercusiones populares, sino sobre la utilización que los diversos partidos hacían de él. En los estudios que último sobre Sevilla pretendo demostrar que el desorden público, sin finalidad revolucionaria inmediata, constituyó un auténtico cáncer. Y aquí no vale la identificación orden público es igual a defensa del orden establecido. No, creo que eso es rodear el problema. El vulgar orden de la calle hay que estudiarlo ciudad por ciudad. Puedo decir que en la capital sevillana he podido contar en la República, como víctimas de tiroteos y agresiones armadas, 200 heridos y 69 muertos. No creo que se pueda simplificar el problema.

Los comentarios podía ser múltiples, pero sólo he querido señalar algunos aspectos que el magnífico estudio del profesor Preston me ha sugerido; lo que es muy de agradecer, ante tanto trabajo neopositivista que se limitan a narrar en vez de articular los hechos en ideas que nos ayuden a comprender nuestro pasado, como hace Paul Preston.

José Manuel Macarro Vera

SANTOS JULIA: LA IZQUIERDA DEL PSOE EN LA SEGUNDA REPÚBLICA (1935-36). Ed. Siglo XXI. Madrid, 1977.

La aparición de libros que tratan de forma monográfica la historia del PSOE no es, desgraciadamente, un hecho tan frecuente como para que podamos pasar por alto el de Santos Juliá(1). Claro que una excesiva parcelación del tema, así como una posición hipercrítica por parte del autor, —cosas ambas que se dan en el caso que nos ocupa— puede conducir a ciertas deformaciones no menos peligrosas que las generalidades y las lagunas de los estudios de conjunto. Con todo, y por que no se desprenda de estas palabras iniciales una actitud de rechazo, hemos de adelantar, sin rodeos, nuestro acuerdo con lo fundamental de las tesis del libro acerca de la llamada izquierda del PSOE en los años inmediatamente anteriores a la Guerra Civil.

Sobre la lectura de las páginas de *Leviatán* y de *Claridad*, en esa complejísima etapa de 1932-1936, va trazando el autor lo que llamaremos sus cinco tesis parciales, que le dan estructura formal al libro: la alianza con los republicanos, la unificación del partido bajo la dirección de la «izquierda», la unidad orgánica con los partidos marxistas, la unidad de acción con los anarquistas y, por último, la despreocupación ante el peligro de la reacción. Pero hay una tesis principal, mucho más ambiciosa, que trata de ver la relación entre la teoría y la praxis del PSOE, creyendo incluso poder explicarla estudiando el modelo organizativo y, más lejos aún, la configuración de los grupos dirigentes. Como tales grupos —la llamada izquierda caballerista— están compuestos, según Santos Juliá por intelectuales poco marxistas, de ahí el fracaso de la mencionada tendencia.

Afortunadamente, el propio Santos Juliá advierte en una nota de la página 54 que «todavía no hay estudios que vinculen la ideología socialista a su concreta práctica política». La suya sería, pues, una primera aportación a esta nueva rama de la ciencia política. No entraremos ahora a discutir la validez del método (es decir, el análisis sociológico de los grupos dirigentes para alcanzar la relación entre la teoría y la práctica), que nos llevaría demasiado lejos. A su aplicación concreta, en este caso, sí debemos hacer una objeción que nos parece

1. *La izquierda del PSOE (1935-36)*. Ed. Siglo XXI. Madrid, 1977.

elemental: mientras que el análisis sociológico de un pequeño grupo de hombres no ofrece demasiadas dificultades —y así resulta de los «teóricos» que rodearon a Largo Caballero, con Araquistain a la cabeza—, la cosa se complica extraordinariamente cuando se trata de los grupos de dirigentes locales, principalmente ugetistas, que debían compartir esa tendencia. Pero aquí os poco lo que pueda decirse, a falta de estudios mucho más profundos. Ello explica las cautelas científicas de Santos Juliá en este terreno, y por eso mismo se hace tanto más extraña la facilidad con que, a modo de simple opinión, campea por su libro el concepto «aristocracia obrera», para definir lo que él llama el «pablismo». Sin duda se deja llevar el autor por un prejuicio fatal (fatal para su propio análisis), y no es el único. Suerte que él mismo reconoce dos importantes lagunas en el estudio: las Juventudes Socialistas y el campesinado de la UGT, algo así como los dos extremos con los que limita, metodológicamente, el libro.

Siguiendo con la metodología, aún hemos de poner otra objeción. La rigurosa atención que se aplica al discurso presuntamente revolucionario de *Leviatán* y *Claridad*, llega un momento en que produce sobre esos mismos textos, de forma imperceptible, una lectura contraria a la que se pretendía. De tal manera que lo que en principio no es más que un discurso ideológico, acaba apareciendo como discurso teórico, por la necesidad que el autor tiene de probar su falsedad revolucionaria para poder probar los errores, siempre según él, de la práctica política socialista. En realidad lo que se ha hecho es darle apariencia dialéctica a un vulgar silogismo, cuya primera premisa son las «trágicas carencias finales» del partido, siempre con palabras del investigador.

En definitiva, el abandono de las causas exteriores al proceso de radicalización de aquel sector del partido, la poca consideración al contexto sociopolítico, en un momento de máxima tensión en la vida del país, es la verdadera carencia del método (y del libro, por consiguiente). Santos Juliá acusa su propia inseguridad en un determinado momento, con una expresión claramente contradictoria: «En este punto, *evidentemente*, las causas exteriores *parece* que deben pasar a un segundo plano»(2).

2. Pág. 45. (Lo *evidente* no *parece*, se impone). (Lo de cursiva es nuestro).

A la tesis principal del libro habría que unir, con todo lo dicho y muchas cosas más, una tesis latente, que vendría a ser: nada cabe esperar de una organización cuya ala izquierda se comporta con tal incoherencia, tal ingenuidad y tantas brusquedades en la práctica. Es decir, se trata de un tiro parabólico cuyo blanco final es el PSOE y la tradición socialista española en su conjunto. Ya se podía advertir en el hecho de que la palabra *izquierda* no aparece entrecomillada en el título, como así hacen otros autores(3). Desgraciadamente, los indicios se vuelven evidencia cuando de una forma un tanto sesgada e imprevisible, se dice: «El proceso de la socialdemocracia española se ha indicado ya en las páginas anteriores (...)»(4), y esto casi al final del libro, es decir, dándole apariencia de conclusión a lo que no es más que un conocido y triste prejuicio de sectores poco amigos del PSOE. Otras cosas se dan por indiscutibles a lo largo del libro, como la identificación de Besteiro con la derecha del partido (con Kautsky claramente), y de Prieto con el centro, aunque Prieto recibe un trato mucho más favorable, tal vez por haber mostrado siempre un sentido de realismo político más acusado que los demás líderes.

Pero decíamos al principio que, a pesar de todo, no debíamos ocultar nuestro acuerdo con lo fundamental de la tesis del libro, y ahora es ya de concretar en qué consiste ese acuerdo. Consiste, sencillamente, en que no le es dado a un grupo de dirigentes de la incidencia que tuvo el que rodeó a Largo Caballero, ceder la iniciativa política al impulso desordenado de las masas, por falta de un verdadero programa para conquistar el poder y para gobernar. Lo que ocurre es que esa es en realidad la parte menos original del libro.

Antonio Rodríguez Almodóvar

3. Así, por ejemplo, P. Broué-E. Témine en su libro *La revolución y la guerra de España*, por fin publicado en España por Fondo de Cultura Económica. Madrid, 1977. Libro que recomendamos vivamente.

4. Pág. 292.



EDICIONES CEDIS